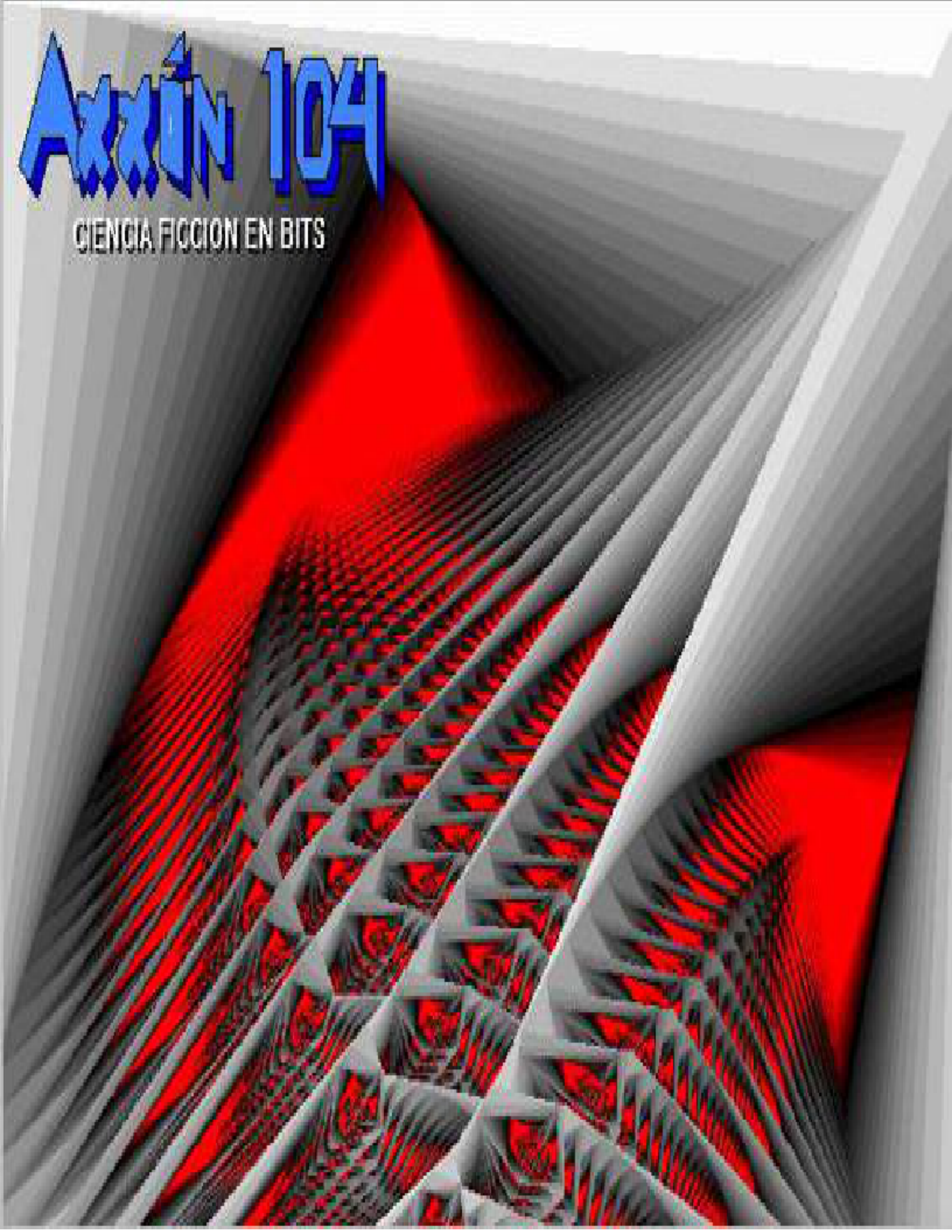
Axxón 104

CIENCIA FICCION EN BITS



Axxón 104 - junio 2002

- **Editorial:** Editorial 104, Aníbal Gómez de la Fuente
- **Ficciones:** El lado oscuro de la luna, Federico Schaffler
- **Ficciones:** Secreto de confesión, Federico Schaffler
- **Ficciones:** El rescate, Andrés Tonini
- **Ficciones:** El hombre del traje gris, H. Pascal
- **Ficciones:** Refriega que derruye mis entrañas, Jesús D. León-Serratos
- **Sección:** El portal fantástico, Carlos Ferro
- **Ficciones:** El invierno de 1311, Alejandro Murgia
- **Sección:** Tour macabro, Martín Brunás
- **Ficciones:** La leyenda de Sam: La noche final, Waquero
- **Letras:** Letras de temas de Venom, Venom
- **Sección:** El ojo y la mano, Sergio Gaut vel Hartman

Acerca de esta versión

Editorial - Axxón 104

Nuevamente Axxón faltó por varios meses. Los motivos son siempre los mismos: cierto tipo de desánimo mezclado con necesidades económicas. Mi tiempo se ve absorbido por las obligaciones laborales. Después de unos gritos de enojo de Eduardo Carletti, desde los colaboradores de la revista, principalmente de Alejandro Alonso, surgió la idea de hacer un mayor reparto de las tareas que hacen a la salida de Axxón. Así será, apuntando a lograr una periodicidad razonable.

Este número, como había prometido, está compuesto de relatos Mexicanos. Vale la aclaración de que los relatos seleccionados no representan la totalidad de la producción de ese país, sino, por el contrario, una pequeña muestra, que esperamos sirva de estímulo para lectores ávidos de nuevos y viejos escritores del género.

Hace ya varios meses, en la lista de correo electrónico Umbrales, comenté mi deseo de hacer un número de Axxón con relatos mexicanos. Quiero destacar la excelente disposición de los escritores que recibieron la idea con entusiasmo. Recibí muchos relatos que no están incluidos en este número y que tal vez vayamos incluyendo en números siguientes. Desde Argentina vemos con gusto la vitalidad que está tomando la producción de los escritores mexicanos.

Volviendo a temas un poco más “caseros”: se agrega una nueva sección a cargo de un viejo amigo de nuestra revista, Sergio Gaut vel Hartman, que nos llevará de la “mano” a especular sobre el mundo de la ciencia y de este mundo que nos toca vivir. A Sergio ustedes seguramente lo conocen, ya sea por haber leído sus ficciones o por sus revistas: Parsec, Potencial y Sinergia. Le damos la bienvenida.

¡Disfruten de la revista!

Aníbal Gómez de la Fuente

El lado oscuro de la luna

Federico Schaffler

Schaffler es creador y director de la revista Umbrales, de México. Encabeza actualmente la lista propuesta para la nueva directiva de la AMCyF, Asociación Mexicana de Ciencia Ficción y Fantasía, en el cargo de Presidente.

MÁS DE VEINTE cadáveres reanimados intentaban entrar a la base lunar, arañando escotillas, forzando esclusas, trepando paredes, golpeando cristales.

De las doscientas dieciocho personas que habitaban la base Bradbury, sólo un puñado sabía lo que estaba pasando. Tan increíble era el asedio como para alarmar a la población o exponerse a que la información se filtrara a los medios de comunicación o a la Tierra.

Por órdenes del Director de la Base, Emanuel Lima, se apagaron los monitores que mostraban el área circundante, eliminando las misiones al exterior del complejo, además de limitar el acceso a los datos a tan sólo a unas cuantas personas. Se argumentó una falla técnica para cortar el contacto directo con la Tierra y las otras dos bases cercanas. Se decretó la necesidad de reducir al máximo el movimiento interno y externo, supuestamente debido a una repentina tormenta solar, suspendiéndose totalmente las actividades oficiales y recreativas durante 48 horas.

Avidos de descanso, los habitantes de la base aceptaron la recomendación sin saber el peligro que les acechaba afuera de la seguridad de los domos de metal y vidrio plastificado. En la cabina de mando sólo había tres personas además de Lima. La doctora Xenia Dimitri, la antropóloga Daniela Roux y Henri Bo, el responsable de seguridad de la base, en sus últimos días de servicio antes de retornar a la Tierra. Los tres estaban de pie, listos para recibir estrictas instrucciones de resolver el misterio cuanto antes.

—No quiero pensar en que es brujería. Es inconcebible a estas alturas del siglo XXI. Debe haber una explicación racional y lógica. Ustedes tienen que encontrarla —exigió Lima a los tres.

—Xenia, estudie las posibilidades de que las sustancias químicas con las que preparamos los cuerpos, antes de enterrarlos en el cementerio, no hayan podido mezclarse con los elementos del suelo lunar causando este efecto reanimador —ordenó para continuar casi sin respirar—. Verifique también si no tuvo algo que ver la lluvia de meteoritos del 2056 que cayó aquí cerca, aunque creo que si en 10 años no hemos detectado ningún tipo de radioactividad o emisiones nocivas, no vamos a hacerlo ahora, pero de cualquier manera, investigue por ahí también.

»Bo, asegúrese que todas las escotillas y accesos estén completamente sellados y que no sea posible abrirlos o pasar por ellos, en ningún sentido. Disponga que haya recursos y medidas de respaldo para todos aquellos sistemas o circuitos que tengan afuera sus fuentes de poder o que dependan de unidades en el exterior. Cuide bien que nadie se entere de lo que pasa. Enfatice la importancia del descanso, incluso anuncie una cuarentena, lo que sea, pero que la gente no salga y no ande por los pasillos o se asome por las ventanas —ordenó—. Daniela, usted quédese, necesito su asesoría. ¡Vamos, a trabajar!. Las dos personas salieron apresuradas, a encabezar a sus equipos compactos de trabajo, cuestionándose en silencio, una vez más, qué diablos tenía que hacer en una base lunar una antropóloga y por qué el Director requería su asesoría privada. —Por favor, dígame que no es brujería —pidió el responsable de la base, una vez que se cerró la puerta de iris, mientras trataba de recuperar la serenidad, invitando a la mujer a que tomara asiento.

—Es brujería. Vudú lo más seguro. Lo siento, no hay otra explicación —dijo Roux con absoluta frialdad—. Todo parece indicarlo. Los cuerpos sin descomponer, la obsesión por entrar, el esfuerzo incansable, la posibilidad de “existir” después de la muerte. No hay que buscar explicaciones científicas, porque no las hay —explicó con extrema paciencia—. Sólo falta que se aparezca el demonio —dijo con una leve sonrisa.

Lima se levantó, nervioso, moviendo la cabeza de un lado a otro, mientras se dirigió a la ventana que tenía a sus espaldas y que había opacado para no seguir viendo las caras de viejos amigos y compañeros de trabajo, ante cuyos cadáveres había tenido que decir unas palabras fúnebres antes de enterrarlos en el traspatio de la base. Permaneció así unos instantes, en silencio, con la mano apenas encima del control que volvería transparente el ventanal irrompible.

—Bujería —musitó—. Brujería en la Luna. En mi base. Brujería. ¿Por qué a mí? Accionó ciertas teclas, para permitir que se viera de adentro hacia afuera, pero no al revés. Al terminar de hacerse transparente el *durastil*, pudo apreciar muy cerca de él, apenas a unos cuantos pies, a dos de los cuerpos, que se movían extraños, a un sexto de G, circulando la base, buscando entrar, con la mirada perdida en la inmensidad. Reconoció a uno de ellos como un técnico que había muerto hacía ya cuatro años.

—¿Por qué está tan segura de que es brujería? —cuestionó a la mujer, al volver la atención a ella y sentarse en su sillón ejecutivo. —Porque hasta el momento, en toda la historia médica de la humanidad, nunca se han podido reanimar cadáveres. Es factible, ahora más que nunca, volver a la vida a quien tiene unos instantes o minutos de fallecido, pero no más. Los daños son irreversibles para el organismo —explicó.

—No entiendo cómo pueden andar así nada más. Ahí afuera, no hay aire, la gravedad es muy baja y nadie, que yo sepa, podría revivirlos, sólo Dios —expresó.

—O el Diablo —completó la mujer—. Es brujería, no hay de otra. Acéptelo —reiteró.

Exhalando un prolongado suspiro, apoyando los codos sobre el escritorio y escondiendo el rostro entre las manos, Lima se hacía a cada momento más pequeño ante el problema. Posiblemente un militar hubiese ya tomado acciones más drásticas, pero él era sólo un administrador, un civil, un producto de las megacorporaciones cuidando una de sus inversiones más preciadas. No estaba, definitivamente, capacitado para enfrentar el problema. —Acepto sugerencias —dijo finalmente, al levantar la cabeza y encarar a Daniela—. Lo que sea, pero ayúdeme a salvar la base y la empresa.

La antropóloga permaneció unos instantes en silencio, buscando en su archivo mental algún camino que seguir; antecedentes, ideas, estudios. Algo que pudiera servir para solucionar el problema, antes de que fuera mayor.

—Exíjale a Bo y a Xenia que encuentren soluciones. Necesitamos trabajar en varios frentes a la vez. Deme acceso a todos los archivos personales, a los manifiestos de importaciones, a los fallecimientos desde que empezamos a utilizar el cementerio hace seis años, a los reportes de incidentes extraños. A todo —pidió mientras se levantaba, lista para ir a su área de trabajo.

El hombre permaneció en silencio unos instantes, dejando que la experiencia administrativa evaluara opciones. No confiaba mucho en la antropóloga ni le agradaba su petición, pero le convenía ponerla a trabajar para buscar una respuesta y solución al problema que los amenazaba. Su responsabilidad, como jefe de la base lunar, lo obligaba a resolver la situación, antes de que la empresa tuviera que enfrentar demandas, presiones mercantiles o políticas o la posibilidad de la pérdida de la concesión. Además, un riesgo como el que enfrentaban en ese momento, haría que el negocio de las otras dos estaciones selenitas, se fuera a pique, junto con la empresa propietaria.

—Está bien. Acceso concedido —expresó con voz tensa el ejecutivo, mientras tecleaba algunos comandos en el tablero integrado a su escritorio. Antes de salir, detuvo a la mujer.

—Una última pregunta: ¿Por qué dijo hace unos minutos que esto podía ser cosa del Diablo? El demonio no existe —aseveró.

—Lo mismo dicen muchos de Dios, pero ya ve, algunos hasta en la Luna o en Marte han encontrado manifestaciones suyas. Es cosa de fe. Es cosa de creer. Usted piense lo que quiera, yo voy a buscar respuestas, donde sea necesario —dijo con firmeza mientras traspasaba el umbral, enfocando su atención hacia el reto a resolver.

Lima permaneció unos instantes en silencio. Apagó las luces, opacó el cristal y desconectó las comunicaciones hacia su privado. Se escondió en la oscuridad y se aisló del exterior mientras un escalofrío recorría su piel y se sumía en sus pensamientos. La formación científica de Xenia Dimitri le impedía aceptar que lo que estaba pasando fuera cosa de brujería, aunque no encontraba ninguna otra explicación. No podía ser de otra manera. Era inconcebible pensar que el demonio pudiera tener algo que ver con el horror que les acechaba desde el vacío. Un terror con cara de amigos.

Pensó en lo que muchos daban por un hecho, desde tiempos de Federico Nietzsche, que “Dios había muerto” y que junto con él desapareció su contraparte. Había quien decía que al contrario, que Dios perdió y por eso abandonó a la humanidad, dejando el trofeo en las garras del ángel caído.

Xenia no sabía cuál de todas las hipótesis podía ser la verdadera. Su mente analítica buscaba soluciones, cotejaba hechos y cifras, accedía investigaciones presentes y pasadas, de distintas partes de la lejana Tierra y de unas cuantas de su nuevo hogar, siempre buscando una explicación a lo que parecía no tener ninguna.

Ahí afuera, con monótonos golpes y frustrados intentos de penetrar la base, estaban sus amigos y familiares que habían fallecido en los últimos seis años, desde que se construyera el cementerio selenita.

El vacío no parecía afectarles. Vistiendo los ropajes, trajes de trabajo o mantos mortuorios con que fueran enterrados, buscaban con afán sobrenatural vencer la barrera que los separaba de los vivos. La preparación química con que fueron bañados, para evitar una deshidratación fulminante en el frío lunar, brillaba como una pátina de plata sobre todos los cuerpos.

Aún permanecían afuera, obsesivos en su intención. Xenia, al igual que Bo, sólo esperaba que no hubiera un desquiciado que tomara la determinación de brindarles acceso. Fugazmente cruzó por su mente la posibilidad de que alguien, quizá una persona con poderes especiales, fuera el artífice del reavivamiento y que esto era sólo el preámbulo de algo peor por venir.

Su cerebro analítico desechó en un instante el pensamiento. No creía en brujos o brujas, aunque en la base había al menos tres personas que fácilmente podrían haber sido acusadas de eso y ya se corría la voz que ellas eran las culpables, y de acuerdo a Bo, las principales sospechosas. Las mujeres que habían adoptado la vieja religión Wicca vestían generalmente en tonos de café, rindiendo tributo a la lejana Madre Tierra, aún para realizar sus tareas científicas o laborales. Utilizaban amuletos, talismanes y objetos encantados. Leían las cartas, los asientos del café, las imágenes fractales y las líneas de la mano. Afirmaban conocer el futuro y poseer poderes para enamorar o causar mal de ojo.

Las normas de comportamiento social fomentaban el respeto a las diferentes formas de ser, pero a pesar de ello, era inconcebible aceptar la posibilidad real de que fueran brujas, sobre todo para los formados con el rigor científico de las ciencias exactas, aunque los sociólogos o antropólogos, como Daniela, consideraban que tal actitud sólo era una tendencia pasajera, un modismo atávico, una manera de reconstruir a su alrededor, un ambiente más humano, o inhumano, según fuera el caso, en medio de la asepsia de la base espacial.

La doctora no podía aceptar que los muertos que habían dejado su tumba estuvieran ahora con vida. Era un milagro científico que requería años, quizá décadas, de estudio y deseaba fervientemente en su interior tener el tiempo suficiente para desentrañar el misterio y la posibilidad de analizarlos de primera mano, pero el comandante de la base había prohibido todo tipo de comunicación y acceso al exterior y le había dado órdenes de desentrañar el misterio cuanto antes.

¿Sería acaso que el suelo lunar, mezclado con los químicos utilizados para evitar la descomposición del cuerpo, como lo sospechaba Lima, lo que hizo posible crear vida donde no la había ya? ¿Sería en verdad brujería, como sospechaban algunos y ella no quería creer? No tenía ninguna respuesta y temía encontrarla. La antropóloga también buscaba respuestas, pero por otros derroteros. Analizó las imágenes captadas de los cuerpos que buscaban entrar. Estudió acercamientos de sus rostros. Trató de descifrar las palabras que salían de sus bocas, pero al no haber oxígeno que transmitiera el sonido, no había manera de escucharlos y además, al ser de diversas nacionalidades, habría que identificar primero los cadáveres para conocer su lengua materna y luego buscar alguien que pudiera leerles los labios.

Buscó otros caminos. Con la celeridad que implicaba la solución, empezó a analizar los perfiles sicológicos de todos los habitantes de la base lunar para tratar de encontrar algún responsable. Accedió información, correlacionó datos, estudió tendencias, documentos y reportes. Analizó afinidades grupales, religiosas, sociales, culturales o deportivas.

Nada.

No encontró ni un solo sospechoso claro, más allá de las seguidoras de Wicca, como lo había detectado el jefe de seguridad.

Pero estaba segura de que sí los había, y que era necesario investigar más y así lo reportó a su superior, al darle un avance de sus estudios. Optó por dejar a un lado su razonamiento científico, cosa muy difícil para quien ha dedicado su vida al estudio y análisis del comportamiento humano, en la Tierra y en el espacio exterior. Trató de pensar no linealmente, abriendo su razonamiento a posibilidades, hipótesis y conjeturas. Los ejecutivos de la base exigían una explicación lógica y esperaban que ella la encontrara, antes de que se tomara la determinación de salir a destruir los cadáveres ambulantes. Las seguidoras del Wicca fueron detenidas por Bo y su gente, y como era lógico, se declararon inocentes. Tenían doctorados en matemáticas, astronomía y biología molecular. Parecerían brujas, pero eran investigadoras y científicas.

—Ellas no fueron —argumentó posteriormente Daniela en una apresurada reunión con el director de la colonia y los cuerpos de seguridad —. Es demasiado obvio.

Xenia concordó con ella, a pesar de las protestas de Bo que buscaba a toda costa quien fuera responsable, sin tomar en cuenta que al detener a las mujeres, implícitamente estaban aceptando que era brujería lo que dio lugar al incidente por el que pasaban.

—Tenemos que seguir buscando. Las bases de datos indican que debe haber al menos una docena de mujeres en este cónclave y sólo hemos encontrado la cuarta parte —señaló Bo ante Lima, quien ordenó que siguieran las pesquisas.

Las tres mujeres fueron interrogadas sin éxito. Nadie creyó sus explicaciones. Suspendiendo sus derechos, fueron encerradas, y el terror en los ojos de sus captores, que estaban acostumbrados a la muerte —porque vivían en medio de ella— se convirtió en un puñal afilado que buscaba en sus pieles, rostros y palabras, alguna salida a la amenaza que se cernía sobre ellos. Ante la perspectiva de que la hipótesis de la brujería pudiese ser la acertada, Daniela regresó a su laboratorio para analizar algunos detalles en esa dirección. No sólo las Wicca tenían contacto o pacto con el diablo, supuestamente, también había otros cultos de la antigüedad que profesaban su veneración por “el maligno” o en algunos instantes tenían algunos puntos de contacto con las “fuerzas del mal”, sin que fuera directamente con Satán. Nigromantes, sacerdotes vudú, druidas, había muchas opciones. Empezaría a analizar culturalmente esos derroteros, mientras los demás harían lo mismo, pero en el ámbito científico.

Una cosa era haber atrapado a las supuestas responsables y otra muy distinta eran los cadáveres que aún intentaban entrar a la base, después de veintiocho horas de asedio. Roux sonrió al asomarse por una escotilla que no había sido bloqueada, observando en toda su magnificencia el círculo completo del planeta azul. Aún había muchas cosas por hacer antes de culminar con la tarea encomendada, pero de momento, había algo más importante que requería su completa atención. Henri Bo se secó el sudor de su rostro moreno. El cabello húmedo, cortado casi a rape, cortado en tres franjas paralelas de distintas alturas, reflejaba el calor de los sótanos de almacenaje. Bajo varias toneladas de rocas lunares, un par de capas de hormigón y varios centímetros de plomo, los alimentos importados de la tierra estaban protegidos de las radiaciones cósmicas. Nada más unos cuantos tenían acceso a las bodegas y sólo él y otras dos personas podían ingresar al cuarto de control y a su departamento anexo, deshabitado desde hacía al menos tres años. Ahí, tenía su santuario. Le había costado mucho obtener todo lo necesario para el ritual del reavivamiento de los muertos. El ecléctico hechizo que finalmente funcionó utilizaba elementos del vudú, santería y varios ritos más. Tan lejos de la Tierra, no podía conseguir todos los elementos necesarios para un solo conjuro, así que tuvo que improvisar. Para su fortuna, logró los resultados esperados, arriesgándose a introducir contrabando a la base. Tenía que hacerlo.

Los momentos en que tenía las visiones que lo conminaban y daban instrucciones de cómo efectuar el hechizo se habían vuelto más frecuentes en los últimos meses y lo habían conducido, paso a paso, por los procedimientos propios de un acto de brujería que levantaría a los muertos. Cuando no estaba poseído por esa ansiedad extraña que nublaba su mente, oprimía su corazón y conducía sus movimientos, realizaba con toda diligencia su trabajo, aunque no fue lo suficiente como para que le renovaran su contrato. Pronto tendría que volver a la Tierra, a una labor de oficina, lo cual no le agradaba en lo más mínimo.

Siguió hurgando entre los paquetes, hasta encontrar lo que necesitaba. Cerró los ojos un instante y cayó en trance. Reconoció a una de las voces que habitualmente le hablaban al cerebro, de manera directa. Escuchó las palabras, vio las imágenes y supo que hacer.

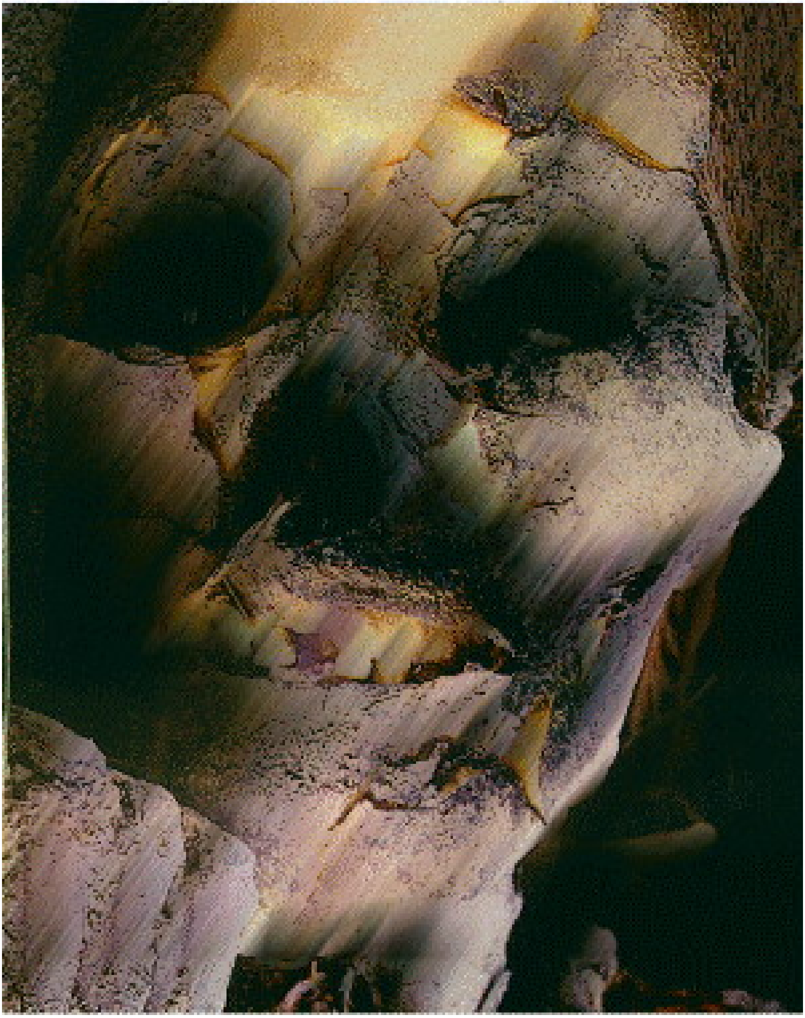
Una sonrisa malévola marcó su rostro, tras percibir la visión y abrir los ojos, mientras pensaba en cómo responsabilizar, sin dejar lugar a dudas, a las seguidoras de Wicca. De hacer un buen trabajo, de lo cual estaba seguro, podría aspirar a mantener su empleo y seguir en la base. Continuó con el hechizo, enfocado a darle más fuerza y determinación a los cadáveres ambulantes. Las tres mujeres habían sido aisladas una de otra. Incomunicadas, esperaban con tranquilidad el desenlace de la situación. Ya no estaba en sus manos. Afuera había otras personas tratando de encontrar culpables, repartir culpas, buscar explicaciones y culminar tareas. Esperaron tranquilas, meditando en silencio, rezando sus oraciones primigenias, esforzándose por no perder el control. Enlazaron sus mentes con las de las otras integrantes de su círculo, aún no identificadas por las fuerzas de seguridad. Cuatro en cada una de las bases vecinas y una cerca de ellas, haciendo avanzar el plan. Era momento de tomar acciones más decisivas. Finalmente, después del desconcierto inicial, la capacitación ejecutiva de Lima se apoderó de su consciente y empezó a buscar maneras de capitalizar el suceso. Dimitri, Roux y Bo se encontraban en el despacho del Director de la base, tanto para reportar sus avances como para escuchar las siguientes instrucciones.

—De acuerdo al informe de Bo, deducimos que estas mujeres, las wicca, son las responsables. No sé cómo, ni ustedes me han podido dar una explicación sensata, pero lograron reanimar a los muertos. Ahora tenemos que negociar con ellas, para que nos den la "receta". Sin duda, habrá un beneficio económico para la empresa, sólo hay que encontrarlo —expresó con tono firme de voz. Lejos estaba el amedrentado hombre que se refugiaba en la oscuridad—. Xenia, deme su reporte.

—No encontré una explicación lógica, tendría que estudiar físicamente a uno de los cadáveres deambulantes, pero hemos detectado que poseen una fuerza más allá de la natural… —¿Por qué no dices mejor "sobrenatural", es lo más apropiado en estos casos —interrumpió Daniela con una mueca sarcástica.

—No quisiera usar el término porque no lo considero científico —contestó la doctora antes de proseguir—. Quiero pedir autorización para intentar atrapar a uno de los cuerpos.

—Petición denegada, de momento, pero muy acertada. Pero primero me va a decir cómo evitaríamos el riesgo de contaminación y cómo lo subyugaríamos para evitar que atente contra los vivos o dañe a la base. Si me dice cómo, lo hacemos. Bo, ¿alguna sugerencia? —pidió.



El jefe de seguridad se removió incómodo en el asiento, miró con parsimonia a los presentes, posando unos minutos la vista en cada uno, hasta que finalmente habló:

—Yo sería de la idea de no intentar atrapar a ninguno de ellos. No creo que podamos aprender nada y sí correríamos muchos riesgos, que como jefe de seguridad de la base no puedo autorizar. Solicito permiso para salir con un grupo de ataque a destruirlos a todos. Si los vaporizamos, eliminamos el peligro. Vivimos un incidente fuera de lo normal que nos pone en peligro. Sugiero acabar con ellos. Completamente —expresó con voz firme.

—Típica actitud de macho bárbaro —bufó Xenia con visible irritación—. Qué fácil, "destruyo lo que no entiendo, porque no tengo cerebro para entenderlo, pero sí músculos para demostrar mi superioridad". Cuántos retrocesos ha padecido la humanidad por acciones animales como esta. No puedo creer que estoy escuchando semejante barbaridad —dijo molesta, sosteniendo la feroz mirada del hombre, que enfrentaba sin moverse la actitud retadora de la doctora.

—Tranquilos, los dos —intervino Lima al desactivar la tensión—. Tampoco es mala la idea de Bo, pero de momento no vamos a destruir nada. Si hay peligro en exceso para la base, física, estructural o en cuestión de imagen, entonces sí los destruimos a todos, menos a uno, que intentaríamos atrapar. Por lo pronto, continúen a la expectativa y estén listos para cualquier cosa. ¿Hay algo que tengas que reportar sobre las sospechosas? —preguntó el ejecutivo, apreciando cómo Roux no había intervenido en ningún momento, pero estaba atenta a todo.

—Sólo que las hemos aislado y seguimos buscando a sus supuestas cofrades, aunque no han aceptado nada, lo cual es lógico —informó Bo al serenarse un poco, intentando controlar su nerviosismo.

—¿No crees que haya otras posibilidades aparte de las mujeres? —quiso saber Emanuel Lima. —No. Estoy seguro. Son unas brujas. Ellas son las culpables.

—¿Y qué motivos pudieran haber tenido para hacerlo? —preguntó finalmente la antropóloga, saliendo de su silencio—. Ya estudié sus perfiles sociológicos y sicológicos, y no tienen ninguna razón para haberlo hecho. Sus costumbres no son más que manías, chifladuras, si lo quieren, respuestas atávicas ante el desarrollo de la ciencia, pero no son peligrosas. Reitero lo dicho antes, no fueron ellas —afirmó categórica.

—¿Por qué lo dices? ¿Tienes alguna hipótesis? ¿Tienes algún otro sospechoso? —inquirió Lima, adelantando un poco el tronco por encima del escritorio, como queriendo escuchar mejor, a pesar de que había una acústica perfecta, sólo interrumpida por los monótonos golpeteos provenientes del exterior, a través del oscurecido cristal.

Daniela Roux exhaló un suspiro mientras tomaba fuerzas para dar a conocer sus conclusiones. Se arregló mecánicamente el largo cabello castaño, bajó la vista unos instantes, unió sus manos sobre el filo del escritorio y finalmente habló, con su característica voz pausada, que inspiraba tranquilidad y confianza.

—Tengo identificada a una persona como presunta responsable. Después de analizar los manifiestos de los embarques que hemos recibido de la Tierra en los últimos meses, encontré una serie de materiales e ingredientes que no concuerdan con las necesidades habituales de la base —explicó.

—¿Quién es? —demandó saber Emanuel Lima.

—Es alguien con acceso, poder y motivos, que ha encontrado un temible aliado, cuyo nombre me cuesta mucho decir, por lo increíble que va a sonar. Esa persona, ha entrado en tratos con el demonio, con Satán, para alcanzar sus fines. Sólo esa puede ser la explicación de que los muertos han cobrado vida e intentan acabar con nosotros —explicó la antropóloga, ante el nervioso asombro de Xenia y la impávida mirada de Bo.

—¿Quién es? De una vez dígame —ordenó irritado Lima—. ¡Dígame su nombre!

—No puedo decirlo en voz alta, por temor a las consecuencias, pero es obvio que no ha revisado mi reporte escrito. Ahí le detallo el resultado de mi investigación, así como una posible solución, nada científica, para resolver el problema. Revíselo por favor —terminó la explicación, acomodándose satisfecha en su asiento, pero sin perder la concentración.

Lima accedió el archivo en su computadora, revisó varias páginas de reportes preliminares y finalmente encontró el nombre que buscaba y la solución propuesta. Levantó la vista con un movimiento súbito, posándola un instante en Bo, deteniéndola un poco más en Xenia y finalmente miró fijamente a los ojos a Daniela Roux.

—¿Está completamente segura de lo que afirma?

—Sí.

Lima dejó ir un poco la tensión que endurecía su cuerpo, cruzó los brazos frente al pecho y recorrió con la vista a las tres personas frente a él. Finalmente accionó un discreto contacto en su escritorio que haría venir cuanto antes a los elementos de su escolta personal.

—La información es cuestionable en el aspecto de la relación demoniaca. Eso muy pocos van a creerlo. Yo mismo dudo que sea cierto, pero no tengo elementos para emitir un juicio definitivo. En cuanto a lo demás, las pistas son claras y apuntan en una sola dirección —explicaba el director de la base cuando se abrió la puerta de su despacho y entraron tres de sus guardias, colocándose uno a espaldas de cada uno de los asistentes a la reunión. Sorprendidos, Xenia y Bo se removieron en su asiento, mientras Daniela permanecía en silencio, con la mirada fija en Lima.

—De acuerdo a su informe, los muertos vivientes reconocerían a quien los reanimó, y si desean entrar, es porque quieren ponerse a su servicio. ¿No es así, Doctora Roux?

—Así es. Según pude determinar por los ingredientes y artefactos contrabandeados a la base, el hechizo es en parte vudú y esos seres deben encontrar a quien los revivió, para hacer lo que se les ordene —explicó.

—¿Qué hacen estos hombres aquí? —preguntó finalmente con voz firme Xenia Dimitri. ¿A qué vienen?

Antes de responder, un ligero movimiento de cabeza de Lima hizo que los guardias desenfundaran y apuntaran a Dimitri y a Bo, a quien desarmaron en un instante. El frío del cañón del arma en la nuca del jefe de seguridad de la base lo conminó a no moverse. En ese momento, el rostro del hombre sufrió una ligera transformación y su mirada se perdió en la inmensidad del cosmos.

—A detenerlos. Uno de ustedes es el culpable y uno inocente. Lo interesante es saber quién es quién. Levántense y acérquense al ventanal, uno a cada extremo, por favor —les pidió mientras los guardias los encaminaban junto al grueso cristal. Lima accionó los controles de opacidad y paulatinamente los volvió transparentes. Los cadáveres que deambulaban en el exterior percibieron, de alguna manera inexplicable, que su amo estaba ahí cerca.

Los guardias arrimaron al cristal al hombre y la mujer, a dos ventanales diferentes, separados por una gruesa columna de metal, de tal manera que sería muy claro ver hacia qué lugar se dirigirían los cuerpos animados. Xenia intentaba desasirse del hombre que la tenía sujeta de los brazos. Bo permanecía impávido, como fuera de sí. Lima y Roux se acercaron para ver mejor.

Poco a poco, con pequeños saltos, los cadáveres se acercaron a los ventanales, dudaron unos instantes, pero finalmente, se arremolinaron alrededor del cristal frente al cual estaba Bo. Xenia suspiró aliviada y las fuertes manos que la detenían la dejaron libre. Sintió un ligero mareo, pero se sobrepuso y evitó desmayarse.

—¿Qué sigue ahora, Roux? —preguntó Lima, sin dejar de mirar fijamente el rostro de Bo, quien no mostraba signo alguno de darse cuenta de lo que le esperaba, o que le preocupara en lo absoluto. Seguía con la mirada clavada en los cuerpos que reclamaban su presencia, del otro lado del cristal.

—Podríamos intentar destruirlos, pero el origen del mal seguiría vivo. Lamento tener que recomendar que envíe al exterior a Bo, para que se enfrente a sus demonios, pero no encuentro otra alternativa. Ha llamado a las fuerzas del mal a la base y tenemos que eliminarlas antes que finquen aquí su morada. Tiene que morir y al cesar su vida, los cuerpos que reanimó volverán a ser cadáveres. Eso dicen los textos que consulté y ante las circunstancias, eso creo yo —dijo con excesiva y pesada seriedad.

—Concuerdo, aunque no me gusta la idea —expresó Lima, quien finalmente retiró su mirada de su ex jefe de seguridad y se volvió a su escolta—. Métanlo en un traje y sáquenlo por la escotilla más cercana, con oxígeno para 30 minutos, nada más. Hagan que parezca un accidente y que no los vea nadie —ordenó con firmeza.

Los hombres sacaron del despacho a Bo, quien dócilmente dejó que lo condujeran. Ni una palabra salió de su boca, ni una exclamación de derrota, una muestra de miedo o una expresión de dolor. Se dejó llevar, ido.

Lima volvió a oscurecer los cristales y tomó asiento. Roux permaneció de pie.

—¿Ahora qué? —preguntó.

—Hay que liberar a las prisioneras, esperar que caigan los cuerpos y después destruirlos, a todos, incluyendo a Bo. No hay que dejar rastros incriminatorios y hay que evitar que se sepa lo que se pasó. A nadie conviene que se piense que en esta base llegó el Demonio. A nadie —dijo finalmente la mujer, mientras se daba media vuelta y salía del despacho, dejando a Lima en medio de múltiples interrogantes y la duda si había actuado de manera correcta. El pequeño altar donde Bo había realizado sus conjuros fue el punto de reunión de las mujeres que habían sido detenidas y de quien las liberó. Un par de monitores planos, colocados en una de las paredes, mostraban a los otros dos grupos de mujeres, ubicados en las bases aledañas. En total eran doce. Las sacerdotisas de la vieja religión, la Wicca, quienes efectuaban su cónclave en la Luna, muy lejos del lugar donde había nacido su culto, alejadas de la Madre Tierra, pero asentadas en su nuevo hogar, la Hermana Luna.

Una de ellas habló por las demás.

—Tuvimos éxito. El control mental del infeliz de Bo fue liberado cuando le quedaban apenas dos minutos de oxigeno y lo rodeaban, casi venerándolo, los cadáveres que había reanimado, siguiendo nuestros oscuros designios. Esos momentos de horror, fueron el detonante para que nuestro hechizo finalmente se lograra y nuestro señor pudiera ascender a esta nueva morada —dijo Roux, en medio de un bajo murmullo de las otras once mujeres, quienes suavemente mecían sus cuerpos y se tomaban de las manos, con los ojos cerrados, como en oración, mientras percibían una siniestra presencia que hacía pesado el aire y lo volvía ligeramente irrespirable.

—Ahora, la Luna también es reducto del Señor de los Infiernos y un día todo el Universo será nuevamente su morada. Este es apenas el primer paso.

Secreto de confesión

Federico Schaffler

Los lectores de Axxón han conocido a Federico Schaffler como escritor hace ya bastante tiempo, en el número 41 de la revista (y también, si están leyendo de modo correlativo, en este mismo número), aunque en todos los casos con temas y climas de muy diferente tenor.

Cuento ganador del Premio Nacional Kalpa de cuento de ciencia ficción, 1997

ERA UN SACERDOTE chapado a la antigua. A pesar de la bula de la Papisa Madonna II estipulando que los prelados católicos podían prescindir del voto del celibato, prefería conseguir su satisfacción de manera virtual, a través de la red, y no con parejas reales de cualquier sexo, como ya estaba permitido oficialmente.

Se despojó de su hábito y se ajustó el traje de polímero y finos hilos de cobre que le permitiría sentir incluso más placer que si estuviera físicamente con alguien. Antes de entrar a la cabina de gel, checó el receptáculo del fluido seminal, la apropiada conductividad térmica y eléctrica de los conductores de sensaciones y verificó que el aparato rectal no estuviera conectado. Menuda sorpresa se había llevado en su última sesión al no interpretar bien una propuesta de su intangible pareja desde el otro lado del mundo. Ante la excitación del momento accedió sin saber bien a qué y el impacto fue brutal. Recordó un mal momento del seminario y prefirió no correr el riesgo otra vez. El tipo de traje unisex que ahora utilizaba le aseguraría un movimiento físico en tres dimensiones dentro de la cabina especial, pero había algunas opciones que podían omitirse, o incorporarse, dependiendo del gusto del usuario.

Ya enfundado en el traje azul, se colocó el casco, asegurando el contacto del cuello para evitar filtraciones del espeso líquido en el cual navegaría. Un par de chispazos ante sus ojos y una suave música envolvieron sus sentidos. Empezó a ver los menús de origen y las indicaciones preventivas de *copyright* y prohibición de copiado ilegal de información y programas. Los saltó con un par de miradas al menú de control que flotaba sobre el lado izquierdo de su vista. Volteó la vista a la derecha y verificó que la alarma del programa que le permitiría sumergirse en el excitante mundo del sexo virtual estuviera programada una hora antes de la misa de seis. *El deber es* *primero que el placer* , se dijo mentalmente con una sonrisa cómplice, de satisfacción múltiple anticipada. A diferencia de las ocasiones anteriores, ahora contaba con un software pirata que le permitiría llegar a esa elusiva y críptica pareja que le tentaba con mensajes eróticos provenientes de extrañas interpretaciones de los textos sagrados de diferentes religiones. Llamó con la vista el icono del programa y lo colocó flotante a un lado de su vista. Cortó el contacto e hizo que la pantalla se hiciera transparente para atender los últimos preparativos.

El sacerdote accionó el teclado exterior de relevo y con dos o tres giros de sus manos y dedos constató que los conectores manuales del traje estuvieran en línea. Navegar por el ciberespacio ahora era algo más que aquellos inicios de fugaces dedos volando sobre teclados. Los nuevos programas interpretaban los movimientos físicos de brazos, piernas, manos, pies, dedos, cabeza, hombros, pelvis e incluso ojos para sumergirse en los bancos virtuales de información o divertimento. Estaban bien. En orden. En línea. Era hora del placer.

Con cuidado entró al enorme recipiente, muy similar a un *jacuzzi*, sólo que con tapa presurizada. El gel llegaba a un nivel que le permitiría no desbordarse al entrar, pero al sellarse se llenaría por completo con el proveniente del depósito subterráneo. Ya flotando, conectó el umbilical que le pondría en contacto con la red y volvió a oscurecer el casco. Estaba listo. Estaba adentro.

Volteó la cabeza hasta encontrar el menú de diversión, giró el puño derecho hacia abajo, cerró el puño y estiró el brazo hacia sí para aumentar su velocidad y entrar al portal. Sin decrecer la velocidad zigzagueó entre las tentadoras imágenes del *Vegas Virtual* de apuestas reales y electrónicas sin límite. Traspasó los llamativos colores del *Total Entertainment System* y así una y otra vez, rehuyendo desinteresado de tantos placeres y tentaciones prohibidas, hasta que a lo lejos vio la conocida silueta del conejo. El más antiguo y respetable centro del placer, ahora a su alcance. Aceleró más y entró al ambiente por el círculo perfecto del ojo. Rasgó la membrana virginal que cubría el inexistente párpado y entró de lleno al ambiente de sensualidad total. Una mano abierta, extendida violentamente, cortó su inercia y se plantó en lo que quería pensar era el centro justo del punto **g** de la libido universal. Flotó unos instantes, dejando que los estímulos electrónicos y eléctricos empezaran a recorrer su cuerpo virtual. Con una explosión de pixeles, se despojó de su indumentaria, quedando vestido sólo con un taparrabos blanco bajo el cual se adivinaba una virilidad que estaba muy lejos de ser la suya, como tampoco era suyo el rostro que ahora portaba. No tenía que verse en un espejo para recordar su imagen ciberespacial, diseñó su rostro y su cuerpo para parecerse al angelical Cristóbal Colón de Dalí y adoptó el nombre virtual de Valentino, más por Rodolfo que por el santo del amor. Entrecerró los ojos y aguzó el oído. Dejó que los cantos neogregorianos lo condujeran a su destino, aún con los ojos cerrados sabía como llegar a su destino, giró suavemente el cuerpo y extendió los brazos, como intentando abrazar ese cuerpo que ya ansiaba y estaba seguro poseería después de tantos intentos fallidos. Siguió así a medida que se incrementaba el volumen, hasta que percibió que estaba ante las puertas del templo. Abrió los ojos y vio una magna construcción que imitaba la puerta de Jerusalén. Era el refugio virtual del sexocatolicismo. Ante la solicitud del nubio guardián de enorme falo que parecía vibrar con vida e inteligencia propia, pagó la entrada al recinto con gotas de sangre que brotaron de su espalda flagelada. En realidad, su línea de crédito, financiada por los cada vez mas raquíticos diezmos, fue la que decreció perceptiblemente con la transacción. Un nuevo chispazo de placer recorrió su entrepierna y amenazaba ya con provocar la erección que esperaba guardar para su oculta y desconocida pareja.

Entró y recorrió las diferentes habitaciones, algunas no eran más que un punto en la pared, pero al traspasarlo se convertían en *tesseracts*, esas habitaciones infinitas que poseen una entrada reducida, inconspicua, pero que al trascender el umbral se convertían en portales hacia otras dimensiones. Avanzó con mediana velocidad, producto de los giros, movimientos y pausas que sus manos y brazos realizaban en el ambiente virtual. Allá afuera, en la realidad *real*, su cuerpo flotaba con suavidad en la cabina del gel y cualquier observador fortuito no dudaría en reconocer el objeto del mismo. Observar un viajero del ciberespacio podía provocar lo mismo una enorme paz que un vértigo horrible, todo dependía del usuario de la red y los programas que accedía.

Valentino encontró finalmente la puerta que deseaba. Los cupidos que volaban alrededor de la misma no eran los dulces bebés con alas que mostraban los grabados antigüos, eran verdaderos demonios, súcubos e incubos, que giraban, subían, bajaban y en vez de atravesar corazones con sus flechas de amor, traspasaban todo tipo de orificios naturales y artificiales que portaban sus compañeros con sus propios instrumentos de amor y sexo. Con un manotazo hizo a un lado a los libidinosos angelitos y entró al recinto reservado con un tálamo de finas cubiertas de seda y decoración victoriana. Avanzó hacia la cama, donde una figura voluptuosa estaba recostada, de lado, dándole la espalda, mostrando su firme cadera y recios glúteos, pero en unos cuantos nanosegundos encontró su cuerpo virtual atrapado por fuertes grilletes y resistentes cadenas que le impedían moverse.

—¿Me deseas? —preguntó la mujer, aún sin voltear esa cara desconocida que adivinaba sería la más bella de todos los universos, virtuales o reales.

—Bien sabes que sí. He estado buscando la manera de llegar hasta ti, de poseerte, pero no he podido traspasar tu programa guardián. Hoy las cosas cambiarán. Finalmente serás mía —le dijo con fuerte tono de voz, exudando feronomas algorítmicos que esperaba excitaran a la mujer.

—¿Estas seguro de eso? —lo tentó nuevamente, mientras movía sus piernas con suavidad, como acariciando su vulva con la satinada sábana.

—Sólo déjame libres las manos para operar mi programa y ya lo verás.

—Está bien. Creo que tu insistencia merece una oportunidad. La última.

Las cadenas que apresaban las manos de Valentino desaparecieron y un teclado ergonómico se materializó frente a él. Operó con habilidad los comandos que soltarían el virus que estaba programado para engañar las defensas de la mujer. Bastante le había costado con los piratas de software y esperaba que sirviera. Pulsó el **enter** y esperó. Era lo único que podía hacer. De tener éxito, sería liberado de inmediato y procedería hasta la cama, donde la mujer tendría que cumplir su parte del trato. Mientras aguardaba el resultado, recorrió con detenimiento todas las curvas apreciables de la mujer, la tersura de su piel, la suavidad de su cabello, la fineza de sus extremidades. Empezaba a excitarse más, pero tenía que controlarse a fin de evitar que su cuerpo físico eyaculara y precipitara el fin del programa, sin disfrutar todo lo que ansiaba hacerlo con la mujer virtual. Se preguntó quien sería ella en realidad y en qué lugar del mundo, se encontraba viviendo sus fantasías sexuales gracias a la red ciberespacial. Pensó que posiblemente era una anciana beata, seguramente soltera y virgen, quien expulsaba así la tensión de la vida diaria real. Sonrió para sí. Una de las ventajas del sexo virtual era que a menos que se deseara, la identidad del participante, e incluso su sexo, sería completamente reservada. No era nada improbable que esa bella mujer, que estaba seguro pronto sería suya, pudiese ser en realidad un hombre que purgaba sus posibles debilidades homosexuales a través de la red, alguna monja o alguna jovencita que accedía el programa sin autorización de sus padres. Podría ser cualquier persona del mundo que estuviera interfasado con la red. Pensaba en ello cuando percibió que una de las cadenas que lo apresaban desaparecía. Después cayó otra. Los grilletes de sus pies se desvanecieron y finalmente su cuerpo quedó libre por completo. Innecesariamente jaló con una mano el taparrabos y dejó al aire su miembro virtual. Con una enorme satisfacción se acercó a la cama. La mujer tendría que recibirlo. Había perdido. Llegó a la orilla de la cama y colocó una rodilla sobre ella, se acarició con suavidad su propio sexo, colaborando en su engrandecimiento. Pronto encontraría acomodo. Pronto aliviaría la tensión. Acercó una mano al hombro de la mujer y finalmente pudo tocarla. Una ráfaga de lo que pensó podía ser electricidad estática lo recorrió. Faltaba poco.

—Pensé que nunca lo lograrías —dijo la mujer, aún sin darle la cara.

—Yo estaba seguro que sí. Ahora, no perdamos más tiempo. Quiero verte —le dijo mientras la jalaba hacia sí, dejando que su espalda se apoyara sobre el lecho. Los cabellos cobrizos aún cubrían parte del rostro. Con suavidad los hizo a un lado, dejando ver las facciones por completo. En un instante los fuegos del infierno ardieron frente a sus ojos. Como repelido por una violenta descarga, se retiró de la cama, cubriéndose el cuerpo inmediatamente con su hábito sacerdotal, que produjo con la subrutina de pudor que tenía ya inserta en su programa. No era propio que lo vieran así. En el instante de confusión, perdió el control sobre su falsa imagen y sus verdaderas facciones coronaron su cuerpo. Se percató de ello y volvió a disfrazar su imagen virtual.

—Su Santidad. Mil perdones —se excusó mientras colocaba una rodilla al suelo y agachaba la cabeza.

—Levántate, hijo. No tengas pena. Exorcizar el demonio de la carne es una necesidad que tenemos todos, incluso los servidores de Dios. No hay por qué pedir perdón. Ven, acércate y gocemos de éstos cuerpos ya que no podemos hacerlo de otra manera. Ven, te lo pide una mujer.

Valentino levantó la vista y empezó a tranquilizarse, haciendo a un lado el acondicionamiento de años. Pensó que la apariencia de la mujer podía ser tan solo una imagen falsa, creada como él lo había hecho y que la representación virtual que lo invitaba a la cama con toda seguridad no correspondería a la verdadera Papisa Madonna II. Era lo más seguro. Se maldijo por ser un soberano estúpido que se dejó impresionar por una imagen irreal. Se despojó nuevamente de su hábito virtual y su cuerpo en la cabina de gel se estremeció previo al coito electrónico que el traje y sus impulsos eléctricos le haría parecer real.

—Perdón, nuevamente. Ahora por ser un tonto. Olvidemos este momento y procedamos a disfrutar en verdad, bella mujer —le dijo mientras se acercaba, la tomaba de los hombros y haciéndola hacia atrás en la cama, se recostaba sobre ella.

—Poséeme. Ansío ser tuya —dijo la imagen virtual.

Valentino empezó el juego previo, despojándose de sus vestigios de moralidad. Ahora, por lo menos, en este lugar, era un hombre que haría gozar a una mujer. El día sería especial. Único, merecedor de pasar a la historia. Esta sesión de sexo virtual no sería como cualquier otra. De eso estaba seguro. Hizo a un lado cualquier otro pensamiento mientras se introducía en la mujer.

En sus habitaciones privadas de Castelgandolfo, una mujer se estremeció.

El rescate

Andrés Tonini

Tonini declara ser "sólo un aficionado, no un escritor". Tiene publicado en la página de "Realidad Cero On-Line", de Benitez, "Al cielo por un momento", que apareció en el número 3 del fanzine Nahual. También publicó este cuento (El Rescate) en Asimov 9. Es estudiante de biología y trabaja en una empresa de desarrollo. Lo presentamos por primera vez en Axxón.

Cruelty has a human heart,
and jealousy a human face;
terror the human form divine
and secrecy the human dress.

The human dress is forged iron
the human form a fiery forge,
the human face a furnace seal'd
the human heart its hungry gorge.

William Blake
(A divine image)

Despiertas.

Tienes frío y estás asustada. No recuerdas nada de lo que ha pasado, ¿dónde estás? No lo sabes. Sólo sabes que tienes miedo y frío. Te descubres desnuda sobre el duro suelo de cemento, desnuda y maniatada. Te duele todo el cuerpo, sientes la boca hinchada y un sabor dulzón en ella, ¿sangre?, quizá, no puedes saberlo. Intentas escupir y entonces te das cuenta de que algo impide tu visión, con desesperación mueves la cabeza y finalmente consigues retirar la bolsa que la cubría. No ha ayudado mucho, la habitación se encuentra a oscuras, no puedes ver si hay ventanas y apenas se filtra un poco de luz por el resquicio de la puerta. Tratas de incorporarte pero no puedes, te mareas y caes. Has hecho ruido, te paralizas, el miedo se apodera de ti, no sabes si te oyeron, porque son *ellos*, ¿verdad? Agudizas tu oído y te parece escuchar algo al otro lado de la puerta, te arrastras poco a poco, tratando de no hacer ruido, despacio. Tienes miedo, pero necesitas saber quién está ahí, dónde está la luz… Además, la oscuridad te aterra, siempre lo ha hecho, ¿o no?; desde aquel día en que caíste en el pozo seco del rancho del abuelo, y las ratas e insectos sobre ti, sobre tu vestido, en tus piernas y en el rostro, recuerdas cómo pensaste que nunca te encontrarían y que morirías ahí…, hace ¿cuánto tiempo?, no lo recuerdas, todo es tan vago… Pero sabes que te accidentaste… ¿o lo soñaste acaso? No.

Has llegado a la puerta. Escuchas murmullos ininteligibles que paulatinamente van cobrando significado. Discuten, sabes que hablan de ti. Parecen ser varios, al menos tres hombres y… espera, ¿una mujer? Sí, definitivamente hay una mujer entre ellos. Intentas escuchar lo que dicen, pero hablan demasiado quedo, no distingues mas que palabras sueltas. Pero esas pocas palabras son suficientes para aterrorizarte. Hablan de muerte, de *tu muerte*.

Tus ojos poco a poco se acostumbran a la oscuridad, ya alcanzas a distinguir algo del contorno del cuarto… No, no hay ventanas, tampoco muebles; es una habitación desnuda, como tú. Al recordar tu estado te sientes indefensa y lloras.

Mal hecho, tus sollozos definitivamente han llamado la atención de tus captores, porque son tus captores, ahora lo sabes. Recuerdas que viajabas en un auto y de pronto hay ruido, mucho ruido, humo y gritos; la última imagen en tu memoria es la cabeza de Eduardo estallando y su sangre y su cerebro sobre ti.

La puerta se ha abierto. Te encoges y cierras los ojos, como si de esa manera no te pudieran ver. Ilusa. Sientes un golpe y aterrada gritas que ya no te golpeen, que no harás nada pero que ya o te peguen. Una voz se escucha y ordena que te dejen en paz. Se alejan y te dejan sola. Pisadas y voces al otro lado de la puerta. Escuchas con atención y te parece que se han ido. estás temblando y oyes que la puerta se abre; te encoges esperando el golpe pero en esta ocasión lo que sientes te sorprende, y al comprender lo que significa te asustas más, si tal cosa es posible… Es una mano que suavemente toca tu hombro. Abres los ojos y alcanzas a ver una silueta antes de que la puerta se cierre de nuevo. La mano baja hacia tus senos, haces el intento de retirarte pero es imposible y decides que permanecerás inmóvil; quieres vivir, no importa lo que pase. Sientes cómo la mano pasa de tus pechos a la entrepierna, tiemblas y te preparas para lo que seguirá. La voz te ordena acostarte y obedeces. Escuchas el roce de ropas y pronto sientes un cuerpo sobre ti, es tan pesado que casi no puedes respirar. Las manos atadas a la espalda te lastiman, sientes unos labios húmedos en tu boca, en tus senos… La náusea te invade pero permaneces quieta, paralizada. Con brusquedad te abre las piernas y en un instante sientes fuego entre ellas. Quieres gritar pero el miedo te lo impide y te muerdes los labios, quieres sacudirte, patearlo, quitártelo de encima pero no puedes hacerlo, no quieres que te golpeen de nuevo. Pronto lo escuchas jadear y estrujándote dolorosamente los pechos, termina.

Después de un momento se retira de ti y lo escuchas vestirse. Al cabo de un instante abre la puerta y al hacerlo alcanzas a verle el rostro y él se da cuenta. Sabes que ha sido un error, que ahora tendrán que matarte. En cuanto la puerta se cierra vuelves el estómago. Otra vez la oscuridad, de nuevo te arrastras a la luz, lo que sea pero no esta oscuridad. Te colocas bajo la puerta y después de un rato alcanzas a ver algunas sombras al otro lado. Sí, los otros han regresado y pronto se inicia una discusión. Parece que no saben qué hacer contigo, la mujer quiere matarte, dice algo de una trampa, un señuelo; que todo ha sido inútil, que ha sido un engaño, no entiendes bien de qué se trata, sólo que ella quiere matarte, ella es tu enemiga. Los demás la apoyan, pero, espera… Alguien se opone, reconoces la voz y descubres asombrada que se trata del tipo que te violó, el mismos al que le viste la cara y al único que podrías reconocer si sobrevives. Y a pesar de eso él te defiende, dice que no son asesinos, que luchan por una causa, un ideal… Te juras que pase lo que pase jamás lo denunciarás. Te das cuenta que gracias a él continúas con vida.

Pero los demás no están convencidos. La mujer parece ir ganando la discusión, que poco a poco sube de tono. *Él* te defiende, implora que te dejen vivir un poco más, que todavía es muy pronto para tener éxito. ¿Éxito?, no sabes a qué se refieren, ni te importa, sólo sabes que han decidido no matarte aún. Estás viva y sólo eso importa.

Continuas escuchando, aparentemente la mujer se ha retirado, pues ya no la oyes, o tal vez sólo se ha dormido, no lo sabes. Ignoras qué es lo que quieren de ti, para qué les podrías ser útil, y entonces recuerdas quién eres. Y maldices a tu padre.

La puerta se abre y alguien entra. Una sombra. No distingues sus rasgos pero sabes quién es. Es *él*. Quisieras decirle que aprecias su intento de salvarte la vida, que le agradeces, pero entonces recuerdas el dolor en tu sexo y le odias por ello. Se acerca y te arroja un zarape. Se retira, pero titubea y regresa para desatarte; algo dice acerca de estar avergonzado, de no saber que eras virgen, ¿virgen?, no eres virgen desde hace muchos años… ¿o no? Pero no lo escuchas, ¿qué importancia tiene eso ahora? No soportas más y te arrojas a sus brazos.

Él está sorprendido. Jamás hubiera esperado esta reacción. Tú sólo lloras y lo abrazas, sabes que sigues viva por él y solamente eso importa. Te aparta con cierta rudeza y temeroso dirige la vista a la puerta entreabierta; no, nadie los ha visto. Se incorpora y desaparece.

Estás sola otra vez. Con una esquina del zarape te limpias el vómito seco y la entrepierna. Asombrada descubres sangre en ella. después, te envuelves en la cobija y tratas de dormir. Imposible, ¿quién podría hacerlo en este estado? Te limitas a dormitar, sollozando y temblando. Pasan las horas. Quisieras estar en tu casa, con tus padres, con Eduardo. Pero Eduardo está muerto, por eso es que estás desnuda, porque trozos de Eduardo estaban sobre ti. Lloras.

Te dices que esto no puede estar sucediendo, tiene que ser una pesadilla, un mal sueño. Sí, eso es, todo es una pesadilla y pronto despertarás. Tu madre se acercará y te despertará con un beso, como cuando eras niña, y tu padre te llevará en brazos hasta el comedor y habrá *hot cakes* y leche fría para desayunar, y más tarde llegará Eduardo por ti y te invitará a salir y esa noche harán el amor, como aquella primera vez…

Pero la puerta se ha abierto nuevamente y puedes ver que no es un sueño, es real. Cierras los ojos, vencida. Alguien se acerca, te arrastras a un rincón, no sabes quién es. ¿Habrán decidido matarte?… Pero calma, no, ya reconoces la voz, es *él*. Se acerca y te acaricia el pelo. Sientes caer una gota de humedad en tu pecho, ¿una lágrima? Con coz entrecortada dice que han decidido matarte. Te ejecutarán al amanecer.

No te has dado cuenta en qué momento se ha ido, ni tampoco sabes cuánto falta para que amanezca. Estás desorientada y no puedes pensar con claridad. Al otro lado de la puerta están discutiendo. La mujer dice que ya te han dado demasiado tiempo, que ya es hora de acabar contigo o será muy tarde. Los demás la apoyan. *Él* está solo y sabes que no tiene muchas posibilidades. ¡Lucha!, ¡haz algo!, ruegas, y como si hubiera escuchado tus súplicas intenta resistirse, lo sabes por el ruido y los gritos. Pero la pelea no dura mucho.

Vas a morir pronto.

Te alejas de la puerta. Quieres esconderte, desaparecer, volverte invisible, lo que sea. No quieres que se abra pues sabes que esta vez la muerta entrará por ella.

Y entonces escuchas el ruido. Al principio no sabes qué significa ese alboroto, luego reconoces el rugir de los helicópteros, las sirenas y el estruendo de armas de fuego. Escuchas aterrada los gritos de tus secuestradores. Después, silencio.

La puerta se abre de golpe y la luz de las linternas te ilumina. Sabes que son tus salvadores, los reconoces por el uniforme de combate que visten y ansías saltar a sus brazos. Pero no se mueven, son dos los policías que te apuntan mientras se miran entre sí, titubeando, sin saber qué hacer. ” Aquí estoy” gimes, ” ayúdenme”. Te ven y enseguida apartan la vista, como avergonzados, como si no supieran qué pensar. Bruscamente son apartados por un oficial. Reconoces la voz tras el pasamontañas, es López, el hombre de confianza de tu padre. Suspiras aliviada y te incorporas lentamente, finalmente te sientes a salvo. Mientras avanzas hacia él le observas reprender duramente a sus hombres. ” A qué López, siempre tan estricto”, te dices casi divertida, estás tan feliz de verlo… Pero hay algo que no está bien, algo dice sobre testigos. Te detienes y le miras a los ojos. Él no aparta la mirada. Nunca le habías visto esa mirada, tan dura y tan fría. Un escalofrío te recorre la espalda y te envuelves más en la cobija… ¿De qué está hablando?, ¿órdenes del Procurador? ¡Si el Procurador es tu padre, por Dios!, ¿qué dice?, ¿sin testigos? ¡Pero si tú eres la rehén! ¿De qué diablos está hablando?

Lo último que ves es a López apuntando a tu cabeza mientras le escuchas decir:

—¡A la chingada con esto, sólo es un pinche clon!

Y antes de morir te das cuenta de que nunca habías vivido.

El hombre del traje gris

H. Pascal

CUANDO HABLO de adicciones, no me refiero a algo que te puedas meter por las venas, por la piel, por el músculo, la boca o el culo. No me refiero a algo que llene tus pulmones o te tope la sangre con una estampida de alfileres.

Veo los ojos de Dios y miro hacia el vacío. El atisbo de Dios. Su falta de presencia, Su ausencia que todo lo consume. Veo a Dios y me miro en Dios.

Soy adicto al vacío.

No puedo dejar de observar esa mirada hueca a través de la pantalla.

No puedo.

Cuando hablo de dioses, no me refiero a un ser viviente, ni a uno muerto. No me refiero a algo que gravita en el espacio imaginario de tu mente. Hablo de algo real. Sí, está ahí afuera. Y flota. Es algo que se ve a través de los muros de acero. Y repta. Es algo que te observa como lo hace un ciego. Y cuando descubres esa mirada, te deja marcado para siempre.

Dios está hecho de miradas. Está hecho de silicio. Está hecho de memorias. De luces, también. Parpadea hacia ti cuando el cursor se queda fijo en algún punto.

Estoy casi sin rostro. Y a mi edad, pálido como la crema del pastel de tres leches. Insufrible. Repugnante. Desnudo de todo pudor. Y como carne todos los días.

Siempre lo he hecho. Ayer hablé de ti y les dije que estás viva. No les dije que seguramente estás bien jodida y yerma. Y un musgo acre crece entre tus muslos. No les hablé de tu rostro de flores grises, ni del bosque que ahora habitas.

—Se fue de viaje y no regresará.

—¿A dónde?

La gente es curiosa. José Juan no tanto, pero Brabda, siempre ha deseado saberlo todo, enterarse de los detalles. ¿No le ha dicho nadie que la sabiduría pone límites al conocimiento? Por supuesto, ella no es una mujer sabia, pero sí lista, lo cual la hace más peligrosa.

La brisa artificial del restaurante de comida prefabricada contrastaba con el sudor de un par de niños que miraban por el ventanal hacia dentro. Muriéndose de ganas por comer aquel pastel, aquella hamburguesa. Muriéndose de ganas por beber esa cocacola con hielos, o esa naranjada con un gran gajo de fruta incrustado en el labio del vaso. O simplemente muriéndose y alucinando que veían sus ojos sudorosos una especie de cielo prefabricado, pero mejor que el calor insoportable de la calle, que el hambre de la calle, que la mugre y la muerte de la calle.

—Se fue a Uruapan. —Lo dije arrastrando quedamente la última palabra.

—¿A Europa?

A José Juan le había llamado la atención la charla.

—No güey, a Uruapan, a Michoacán.

A Brabda le gustaba corregir a José Juan, cuando le era posible, que casi nunca.

Luego me miró:

—¿Y qué chingados tiene que hacer en Michoacán?

—Yo qué sé. Es por un trabajo de cultura. Es porque estaba cansada del smog. Es porque se le hincharon los ovarios y se largó de esta ciudad…

Sorbió su naranjada. José Juan había perdido todo interés en la conversación y buscó en su mochila algún libro para distraerse. Pero Brabda seguía mirándome.

—Supongo que aún está en la red.

No dijo La Red, sino la red. Entonces no lo sabía. Aún no lo sabía.

—Supongo que no, pues no dejó dirección de ningún tipo. Quizás ni siquiera se fue a Uruapan.

—¡Chale!

¿No me creía? ¿Quizás era sólo una expresión para demostrar su disgusto? Perdía a una amiga, según ella; tal vez.

Yo le di vueltas a mi café, ya tibio. Tomé la taza y absorbí a tragos lentos pero seguros todo el contenido. Miraba hacia la ventana. Hacia los niños. Sudaban más, quizás, pero ya no veían hacia adentro, a pesar de permanecer muy cerca del cristal. Estaban observando hacia la avenida. Hacia una figura vestida de gris, con gabardina completa a pesar del calor. A un lado, se le marcaba al andar un objeto largo, un tubo, la silueta esculpida en tela del cañón de una escopeta.

—Creo que yo me voy.

—Creo que nosotros también.

José Juan tenía la vista fija en el hombre. De su mochila no había sacado un libro, sino una especie de garfio de un material oscuro, posiblemente duraluminio con fibra de carbono.

Eché sobre la tabla de plástico un micro con créditos suficientes para pagar cuatrocientas tazas de café o doscientas treinta naranjadas. O quizás sólo un vaso de agua.

—Por allá.

Me siguieron hacia la cocina. Brabda aún no comprendía e intentaba resistirse, detenerse para recibir alguna explicación. Pero José Juan le mostró con el garfio la figura del hombre de gris, que se acercaba. A paso rápido hacia la puerta del restaurante. Desde sus lentes oscuros no podía saberse si nos veía.

—T'á güeno.

Corrió ella también, entrando a la cocina justo en el momento en que la puerta giratoria del lugar se abría.

Mientras esquivábamos los insultos de los cocineros, pinches y demás personal, busqué un espejo en la mochila de cadera. Un garfio y un espejo. No eran armas suficientes, pero de algo servirían. Mi tacto localizó el objeto: una sensación de fuerza. Un repiqueteo de caricias agresivas.

—Sí, con esto tiene que bastar.

—No mames, un espejo mágico no sirve de nada contra las balas.

Brabda sacaba de su bolsa de mano una fusca de balas explosivas de plástico.

—Esto sí.

Un par de cocineros canadienses, altos y rubios, de ojos azules y piel clara, nos cerraban el paso hacia la salida en la larga cocina. El otro personal había desaparecido bajo las mesas o tras los muebles de acero inoxidable.

Interpuse el espejo mágico, para convertirlos momentáneamente en ranas. Se los lancé. Pero después de dispersarse el humo, salieron saltando un par de cucarachas güeras, grandotas, agresivas, brillantes como cubiertas por un barniz de baba. Y gordas como marranos.

—Uta, qué asco.

José Juan les aventó el garfio. El instrumento giró como un bumeráng, llevándose con la punta una antena de la cucaracha más cercana y se clavó en la minúscula cabeza de la otra. El insecto que nos iba a atacar comenzó a dar vueltas sobre sí mismo, desesperadamente, y el otro, con el arma destripándole los sesos, se convulsionó. Un flashaso más con vapores anaranjados y vimos cómo uno de los cocineros se movía, loco de dolor, tapándose la sangre que brotaba de su ojo cercenado. Se convulsionó para luego caer sobre el cuerpo muerto del otro, que llevaba, como una diadema de sangre, el garfio clavado en medio de su güera cabellera.

Un escupitajo de plomo al rojo vivo sonó a un lado. José Juan estaba herido, aunque sólo superficialmente. Pero ya Brabda iba tras nuestro atacante. Le lanzó varias balas del plástico con relleno explosivo.

—¡No mames!

Era un grito desesperado, porque vimos cómo las balas traspasaban al hombre del traje gris y se estrellaban en uno de los anaqueles de acero inoxidable, estallando, rompiéndolo en fragmentos de metralla. Una astilla de metal pegó en el arma de Brabda. Ella, con la mano sangrante, intentó sostenerla. Pero era inútil.

—No mames.

Recuerdo que pensé “hierro, necesitamos hierro contra esa puta magia”. Pero sólo veía aluminio y plástico. Bajo uno de los muebles había un trasto olvidado, una cacerola. Las cucarachas pululaban dentro de ella. Arrastrándome, mientras esquivaba otro escopetazo, me hice del trasto. Lo agité para deshacerme de los insectos y tras el correteo de decenas de patas, cayó algo viscoso y repugnante, una especie de gelatina con hilos como nervios. En medio de toda aquella vasca había un ojo, un ojo humano, con una parte de los músculos oculares. Era verde, del mismo color de los tuyos, de ti, que reposabas sin ningún sobresalto en cierto lugar secreto.

Parecía el ojo vacío de Dios.

Parecía una sonrisa sin boca.

—Guácatelas… ¿Qué chingados haces removiendo mierdas si nos están matando…?

Pero la voz de Brabda se perdió entre un par de percusiones más. Una de las postas de los escopetazos rebotó para llegar hasta la piel de una de mis piernas, al traspasar con su velocidad al rojo vivo la tela de los jeans.

—¡Ah, qué la chingada!

Quise quejarme un poco más. Sin embargo me sobrepuse, a güevo, y calculando que el hombre del traje gris recargaba su escopeta, me alcé para lanzarle el cacharro de hierro. Esta vez no traspasó el cuerpo de nuestro adversario. De hecho chocó como si se topara con una muralla de gel sólido. El hombre tembló, dejando escapar la escopeta de sus manos. Pero no logré más con ese golpe.

—¡Vámonos! ¿Qué chingaus estamos esperando?

Era José Juan. De algún modo se había puesto una servilleta de papel en la herida, para detener la hemorragia, e intentaba quitar el cuerpo de los dos cocineros, que obstruían el paso.

—¡Ayúdenme, cabrones!

Demasiado pesados. Dos canadienses de ligas mayores. Dos cabrones muertos, con todo el peso de su muerte pegándolos al suelo. Inamovibles.

—¡Cuidado!

José Juan esquivó la primera ofensiva del hombre del traje gris. Ahora parecía una especie de gelatina con esqueleto. Pero no dejaba de atacar. Tenía en cada mano un cuchillo cebollero, de esos que son como para cortar cebollas diseñadas genéticamente para quitarle el hambre de cebolla a la mitad del mundo.

No tardó en acorralarnos en la puerta trabada por los dos cuerpos de los canadienses. Se acercaba el fin. Y lo peor era que moriríamos juntos, después de haber peleado a medias algunas peleas, sin convicción. Nos veíamos como los hombres de la retaguardia estúpidamente gloriosa del ejército de Carlomagno, tratando de no dejar el pellejo en el antiguo País Vasco.

—Qué pinche mala suerte.

José Juan parecía leer mis pensamientos, ¿o qué?

Quizás lo peor era morir sin mirarte otra vez, sin poder decirle a nadie más que estabas viva. Morir junto a un güey y una cabrona con los que existía una brecha emocional demasiado grande como para que compartir la muerte con ellos fuera algo más que una grotesca casualidad.

El hombre de gris gesticuló desde su cara hecha de fluidos sólidos. De su boca extraña brotaba un chorro de sonidos como si fuera saliva con sangre.

—Ya se chingaron.

No me hagan caso, pero creo que eso fue lo que dijo cuando alzó ambos cuchillos para rebanarnos como si fuéramos cebollas. Jitomate o lechuga. Unos vegetales muertos ante su hambre de destaces.

Pocas veces he estado tan cerca de morir.

Y pocas veces me ha dado tanto coraje estar a merced de uno de estos putos engendros.

La puerta de la cocina se abrió. El ruido deliberadamente bravucón de una patada había precedido el movimiento. Vi a los dos niños con cara de hambre. Vi que miraban al hombre del traje gris como si fuera una hamburguesa gigante, con doble queso y papas a la francesa.

Voracidad. Ansia. Deseo. Miradas polifágicas.

De sus manos brotaron dos cuchillos. Herrumbrosos filos. Sin duda hierro puro, sólo un poco oxidado. Era un truco viejo, para evitar la detección. Nada mejor que un poco de agua para que un objeto de hierro se convirtiera en aparente chatarra, irreconocible bajo la somera mirada de los detectores mágicos de hierro.

Las hojas volaron hacia el hombre de traje gris, que parecía nunca antes haberse enfrentado con unos pequeños de tal calaña. Sólo miró cómo se aproximaba su muerte envuelta en un silbido de aire cortado por los cuchillos mohosos de óxido.

Las armas se clavaron sin mucha fuerza en su pecho. No hacía falta más. Traspasaron el gelatinoso cuerpo y se fundieron en él.

Un crujido. Crepitante, ondulado, traqueteante. Un ruido. La caja de huesos que se abre, rompiéndose en fragmentos. El corazón, un puño de oscuridad, vomitando su luz morada. El gesto del hombre del traje gris, un murmullo del abismo arrugándose hacia sí mismo, comiéndose sus propios dientes carcomidos.

No pudo haber durado más de diez segundos aquella muerte. Pero cada vez que la revivo, miro esos ojos, esas pasas brillosas en que se convirtieron, observo lentamente cómo se van aglutinando sobre sí mismos para formar un agujero negro en medio de la galaxia de la muerte. Y veo de nuevo a Dios.

Dios y su eternidad.

Dios y sus instantes.

Los dos niños nos miraron un solo momento, y después se aproximaron a una de las charolas que, minutos antes, algún mesero se disponía a llevar a la zona de comensales. Dos hamburguesas, dos vasos de cocacola con hielo picado y sus popotes. Dos órdenes de papas a la francesa. Dos de cada cosa, con una exactitud casual perfecta.

Una bondad inexplicable.

No les importó que aún no tuvieran mostaza y salsa catsup. Simplemente mordieron los grasosos manjares, hicieron crujir entre sus dientes la lechuga, y, casi simultáneamente, con una inocencia terrible, deliberada, gozosa, se limpiaron la grasa de las comisuras de los labios con el dorso de la mano y nos miraron. Uno tenía ojos verdes; el otro, ojos violeta.

Brabda se emocionó.

—¡Hórales, nunca había visto mutantes tan chidos!

Refriega que derruye mis entrañas

Jesús D. León-Serratos

” This is the first day of my last days
I built it up now I take it apart
Climbed up real high now fall down
[real far
No need for me to stay
The last thing left I just threw it away
I put my faith in god and my trust in you
Now there’ s no more fucked up
[I could do…”
—Trent Reznor (NIN) “Wish”—

Devoró el *Gansito* con gula mientras sus ojazos verdemar, debidamente escondidos bajo goggles Bruno, escudriñaban el territorio. Caín no solía llegar tarde, lo cual era una preocupación menos. La pulsera ceñida a su antebrazo indicaba la hora pactada: 13:13. El sol neolaredense cumplía bien su trabajo; joder lo más posible a las lagartijas que se atrevieran a desafiarlo. Inviernos cortos y gélidos; primavera/verano eterno con canículas para derretirle el culo a cualquiera. Valentina nunca se acopló. *Ni naciendo en el pinche infierno soportas esta mierda*, pensaba continuamente. Para su fortuna, en esta ocasión, el sol pasó desapercibido.

Guardó el discman bajo el asiento de su *Spirit* guinda, cortó la corriente y activó su alarma recién adquirida. La mejor y más moderna, según le dijeron. Si se enteraba el Norteño del precio, la mataba sin remordimientos —por ello, prefirió ocultarlo—. Aquí las ratas trabajan rápido y no hay que darles oportunidades ni tentaciones.

Con su lengua limpió los residuos del *Gansito* entre sus dientes. Una sonrisa impecable, la sonrisa del más chingón.

Entró a la Fonda y la pestilencia de las comidas corridas debió perforar su olfato. Mas no ocurrió. De todas formas, aguantó el asco, pensando en McDonald's. *Viva el capitalismo*, caviló mirando con desagrado a los valemadristas que ahí comían. Dos mesas llenas y el resto del cuchitril vacío, tal y como Caín auguró.

La puerta de tela se abrió para dar cabida a una prostituta de cabello enmarañado. Sus labios inyectados en colágeno y la estrechez de su vestido que apenas la contenía completaban la grotesca imagen. Valentina sintió repulsión cuando la vio rascarse vorazmente la vulva por debajo de la ropa. No quiso imaginar que clase de alimaña vivía ahí.

—¿Qué vas a querer, mamita?

Valentina escudriñó al extraño que la abordaba y reafirmó que la situación no estaba mejorando.

—Nada. Estoy esperando a una persona. Gracias.

—No —recriminó el sujeto mientras estornudaba en el rostro de la chica—. Tienes que pedir algo o te me vas a la verga.

Pensó en un vaso con agua, pero la carencia de reglas de sanidad la hizo decidirse por una Doctor Pepper en botella ***cerrada***.

—Yo la abro aquí —indicó sacando su llavero de la misma marca del refresco solicitado.

Husmeando el comedor, cruzó su mirada con ratas de tamaños descomunales a las que prefirió no molestar ni con la vista y una emanación de agua que venía desde lo que parecía ser el baño; la peste vino después. En la barra, los estantes de los productos Marinela estaban vacíos: ni un méndigo *Gansito*. El antojo de saborear otro pastelito de chocolate quedaría postergado a otro momento. Observó en el techo, donde unos focos tipo salchicha parpadeaban, algunos cables amarrados *a la mexicana* con trapos de franela. Definitivamente el panorama no mejoraba con el tiempo.

Cuando la gaseosa llegó a la mesa, Caín apareció en la fonda, pero al entrar, le hizo una señal para que no se moviera. En el exterior, ella pudo avizorar el arribo de dos autos: Grand Marquis 90, modelo obsoleto, color negro, sin placas, vidrios polarizados; de los cuales brotaron tres sujetos. No fue difícil para ella hacer la operación en su mente: 2 x 3 = 6. Las armas se produjeron más tarde.

—¡Al suelo! —Caín gritó saltando tras el mostrador.

Valentina sacó un par de dagas, mismas que lanzó al tiempo que buscaba refugio en el baño. Por fortuna tuvo buena puntería: 6 - 2 = 4.

Caín comenzó a disparar como loco, sin importarle a quien mataba. La prostituta, experta en situaciones similares, sin rogarle, salvaba su pellejo huyendo a la cocina.

Las balas comenzaron a circular por el interior de la fonda como pirañas en busca de alimento. El olor a pólvora debería estar opacando la fetidez de la comida casera. *Gracias a Dios*, pensó Valentina abriéndose paso en dirección al baño.

Una bala alcanzó su cintura, rasgando su vestimenta y desbalanceándola hasta caer en el charco de aguas negras. Su repulsión no pudo pasar desapercibida. A pesar de no sentir nada. Volteó para defenderse, pero una bota selló su frente, aventándola; al caer, alcanzó a girar para golpear la extremidad del enemigo y derrumbarlo a su lado. Sin pensarlo, sacó otra daga que se quedó a dormir en la tráquea del rival: 4 - 1 = 3.

—¡Pinche perra!

Percibió el bramido a su espalda y anidó otra daga en su diestra. Haciendo fuerza brincó y cuando se disponía a girar para enfrentar al adversario, la humedad en su pelo quimérico redundó en un espasmo eléctrico al encontrarse con los cables de luz. Escuchó después la ráfaga que vino a arrojar la pintura negra sobre su horizonte, al momento en que la muerte bajaba a arrancar el alma de su cuerpo virtual.

Valentina sucumbió totalmente drenada de toda savia y con una expresión en sus ojos que denotaba, no miedo a la parca, sino una frustración por haberla alcanzado ahí, en ese momento.

—¿Qué errores viste en la escena anterior, Valentina? —cuestionó el Norteño mientras le ofrecía una tirada del churro recién nacido.

Valentina no aceptó, incrustando la mirada en el monitor. Sostenía su visor en la mano izquierda, al tiempo que con la mano libre se acariciaba un labio.

El humo de él emanó suave por su boca.

—Caín no me está ayudando en nada. ¿Lo viste esta última vez? ¡Pinche culo! Se escondió con la pinche puta.

—A Lyn May no me la toques. Ella siempre está a toda madre en su papel. Es más, después de esto, haré una porno con ella —bromeó.

Valentina lo contempló de reojo. El Norteño ya estaba colocado y, para entenderlo, tenía que alcanzarlo en su viaje.

—No quiero regresar ahí, Nortes —escupió el chicle de mora azul y comenzó a desnudarse.

Él observó el color de la goma de mascar.

—¿Ya te acabaste los chicles de heroína?

—No. Los dejé.

El Norteño, desde luego, fuera de red, abandonó su posición para rogar por una explicación. Llevaban planeando este golpe por dos semanas y no existía reemplazo para Valentina; era su estrella principal.

—No me hagas preguntas, por favor —suplicó titubeando entre permanecer en ropa interior o desligarse por completo de las telas que impedían que su esplendor llenara la habitación.

El Norteño la devoró con sus ojos negro azabache. Estaba rica, como él la quería, y mirando el bulto en la pantaleta, sintió ansiedad por meterle la lengua.

La pantalla de su ordenador capturó la imagen de Caín, quien desde la comodidad de su cantón los visitaba.

—¡Miren esto! Creo que en vez de entrar a casa del Norteño puse un canal porno.

—Cállate el hocico —exclamó mientras se acercaba al monitor mostrando su pene—. Aquí está tu canal porno, güey.

Valentina se acostó en la cama para escuchar la conversación mientras hojeaba una *High Society*. Estiró su mano izquierda y de una pequeña nevera que hacia las veces de una mesa de noche sacó primero un *Gansito* congelado, después una *Doctor Pepper* de bote. Sus verdemar se perdían entre páginas enteras de fotografías con tipos y tipas cogiendo, el semen derramado a placer en bocas sedientas de sexo y su conciencia comenzó a divagar. ¿Qué la ataba al Norteño? ¿El sexo? ¿Las drogas? Quería explotar. Por dentro sentía que su razón la roía para hacerle ver la situación y elaborar un inapelable recuento de su vida con él. Mordió el bocadillo imitando inconscientemente a las modelos devora-pitos de la revista. El golpe significaba tanto para el Norteño que sentir el peso del evento en sus manos la abrumaba. Hasta el momento, las dramatizaciones virtuales resultaban en verdaderas masacres e incluso el resto del grupo dudaba del éxito de la misión. ¿Por qué su pareja era el único que no lo notaba? Abrió la *Doctor Pepper* y el gas provocó que el refresco chorreara su rostro y pecho; de nuevo emuló sin advertirlo a las impúdicas.

La escena se grabó en el sitio donde el incidente tomaría lugar. El Norteño colocó las cámaras en las vestiduras de todos los involucrados para tener todos los ángulos cubiertos. No pudo evitar recordar la desafortunada suerte de los actores que contrató para interpretar el papel de los judiciales; ellos se creyeron la pendejada de la película independiente; la bala que penetró sus cabezas les otorgó sus minutos de fama cuando aparecieron muertos flotando en el Bravo. El Norteño, como genio que es —cuando quiere—, digitalizó las imágenes de cada uno y elaboró el programa con el que ensayaban a diario. *Praktiz makez perrfekt*, solía decir con su “pinche inglés cebollero”, como Valentina lo calificaba. Bebió un gran sorbo del refresco, disfrutando cada mililitro que bajaba por su garganta, sus ojos cerrados la invitaban a olvidarse de todo y empezar de cero. Miedo. Tal vez era el fundamento que la mantenía presa. Pudo haber sido ella una puta en otra vida y él, su verraco. Estaba confundida. Tiró la revista, acabó el pastelito y la gaseosa inundó su estómago al beberla de un sorbo. Más azorada que nunca, se acercó al Norteño para enterarse de las novedades.

—Me dice tu parche que no me sientes competente, Valentina, ¿es verdad eso, flaca?

—Sí, Caín —contestó soslayando circunloquios—. Creo que debes ponerte más agresivo. Me siento sola en medio de la trifulca. Necesito el apoyo de todos ustedes de lo contrario terminaré como siempre lo hago: muerta.

—¿Qué sugieres, *North*?

El Norteño retiró la vista del monitor por un momento y contempló su equipo de trabajo. En ese momento creyó tener las cosas fuera de alcance. Quería responder aprisa como estaba habituado, pero con simpleza reconoció que el plan aún tenía resquicios que, de no ser velados, pondrían en peligro la vida de los elementos y, entre las posibles casualidades estaba la preciosa Valentina, a quien dedicó breves relámpagos de su visión. El tiempo se detuvo para él, miró su cámara de video, y como oprimiendo un *thumbnail* emocional, resucitó iconografías propias; se miró haciéndole el amor, en aquella cama, y la escuchó decirle “te amo, Nortes” al tiempo que llegaba al éxtasis. Encontró en un rincón de su mente las veces que utilizando su equipo virtual, cogieron. Recordó como la libido los consumía en cada encuentro y se convertían en bestias en celo; valía madre si los mataban clavando, la cachondez regía sus vidas. Evocó los encuentros en la Torre Eiffel, en la cima de la Pirámide del Sol, en Marte e incluso en el centro del estadio donde se disputaba la final del Mundial del 2002. Hartos recuerdos, sexo, drogas y techno-industrial. La vida con ella era divertida y lo comprendió hasta ese día. Pero…

Debía aguzar los extremos de su proyecto a fin de no naufragar.

—Mañana habré ajustado los ” *mizing likz”* —sentenció—. Esta noche trabajaré en los detalles. Misma hora, Caín, *fowardea* esto al resto del equipo, porque mañana intervendrán todos.

—Pero, Nortes, los demás aún no saben que…

—Valentina —interrumpió el Norteño—. Todos van a intervenir mañana. Eso es definitivo.

Caín, sintiéndose incómodo con la disputa, prefirió hacerse tonto y pretender que no escuchaba nada, aunque estaba atento.

Ella, hastiada, dejó al Norteño hablando solo y se aventó en la cama, que la recibió con la dulzura que necesitaba.

—Mañana en la fonda pinche a la misma hora, *ciao*. Los mismos emplazamientos y esta vez espero que no te culees, Caín.

El enlace expiró.

Bostezó. Quiso buscar frases apropiadas para consentir a Valentina. Tanto evocar recuerdos sexuales, despertó su lujuria. Escuetamente no ideó nada que valiera la pena. Buscó el espejo y se reventó el barro que celoso le había guardado para esa noche. Eso le dolería y después de todo, ella estaba exagerando. Pensó en salir, pero todos sus amigos estarían conectados a esta hora y las pláticas virtuales lo estaban volviendo paranoico. Decidió estudiar el plan.

La escena del día cobró vida y en su visor observaba los acontecimientos con mayor nitidez. Ver a Valentina en escena volvió a regalarle una erección y los deseos de tirársela volvieron como si fuera un adolescente. *Con qué pinche arrogancia se traga esos pinches Gansitos*, evaluó.

La dramatización era perfecta y la disfrutaba emocionado.

Quizás la Lin May deba portar una “cuerno de chivo”; Valentina en vez de dagas puede traer unas estrellas de ninja, ¿cómo se verá lanzándolas? Cachondísima; el Caín ya debe estar adentro cuando ella llegue; la mesa uno comenzará a disparar cuando los judiciales se presenten…

Continuó trabajando, planteando nuevas teorías y rectificando errores. El éxito de este golpe los lanzaría a la cima. Valentina conocía partes de los verdaderos planes del Norteño. Ninguno de los involucrados sabía que matarían a esos agentes por contrato y mucho menos que el dinero sería depositado en la cuenta personal del respetado mentor. Motivo suficiente para que no escatimara en recursos. Fue idea suya el realizar la dramatización digital y después experimentar virtualmente todas las posibilidades para ejecutar el golpe perfecto; y después de éste, vendrían más trabajos. Así realizaría su sueño de convertirse en el mejor asesino a sueldo, por lo que utilizando la tecnología de vanguardia, tal aspiración no divisaba obstáculos.

Esa era una de las aprensiones cardinales de Valentina. Advertir que el Norteño estaba dispuesto a “sacrificar” a algunos de sus colaboradores en caso de así convenir a sus objetivos, no la sosegaba; en cambio, la perturbaba más.

Como en un corrompido ritual, el Norteño finiquitó su obra y reptó el lecho para besar las plantas de los pies de su amante. Seguía despierta, pero pretendió lo contrario. Él, ansioso, anidó sus dedos en la vagina mientras se perdía besando el vientre de su mujer. Ella lucía esplendorosa y él encontró algo en ella; recordó a la madre que nunca tuvo. Sin embargo, la frialdad que le exhibía lo orilló a figurar la pasión extinguiéndose. Por un segundo contempló la posibilidad de renunciar a lo demás y consumirse en aquella piel; penetrar en ella, arraigarse en su vientre para volver a nacer nuevo y vivir toda una vida con Valentina.

Para su miseria, eso no ocurrió.

Esa mañana comenzó diferente a como todos imaginaron. Los elementos a participar en el golpe despertaron con un mensaje en sus pantallas que los desconcertó. Había armas para todos y siguiendo las instrucciones del ejercicio siete, estaban citados en el lugar real, a la hora anunciada.

Valentina despertó y el Norteño no estaba. Su espacio en la red guardaba dos mensajes. El primero le indicaba las instrucciones sobre el adelanto del plan y el segundo era una nota de que él también estaría presente en la ejecución. Se desconcertó, pues él siempre era muy metódico y participar jamás fue su determinación. No obstante, se dirigió al baño a lavar su cuerpo.

Salió y radionet pasaba una de sus canciones favorita. Cantó.

Vida Contigo, gurú de mi camino. No estoy perdido, en el viento escuche el destino, contigo… contigo…

En el clóset estaba lista la ropa que debía ponerse, el Norteño arregló todo. Se puso las pantaletas al sentirse seca.

Estoy rendido, y ando sin rumbo fijo. Lo mejor que he tenido sé donde lo consigo… contigo… contigo… No saques mi alma, de tus sueños… Déjame estar en ti… Vida contigo, porque sin ti no hay nada… no tengo nada… ¡Aaahhh!… Vida contigo, porque sin ti no soy nadie… no tengo a nadie…

Se colocó el sostén y contempló el vientre en el espejo, lo acarició con ternura disfrutando su perfección. Estudió su rostro pálido y sus verdemar brillaron con vanidad.

Amor respiro y ya no siento frío. Sólo paz recibo… porque tu estás conmigo… conmigo… conmigo… Fundidos hasta el olvido… Volando envueltos hasta el cielo y sólo recuerda conmigo, no hay nada prohibido conmigo… conmigo…

Con maestría atenuó el maquillaje en el punto exacto. Le disgustaba hacerlo, pero odiaba los brillos innecesarios. Sus labios carnosos y matizados en azul mandaron un beso a su reflexión. Sonrió alegre consigo misma.

Adéntrate en este mundo, imagina que sólo existimos los dos… Vida contigo porque sin ti no soy nada, no tengo a nadie… Sólo contigo…

Su *body suit* pegado al cuerpo revelaba una figura bien cuidada. Los goggles Bruno, la pulsera en su antebrazo y estaba lista.

—Escuchamos a Zupia —comentó el locutor—, con “Vida Contigo”. Sigan comunicándose, perros de barrio pobre. Hoy tiene que ser el día en que todo se decide para alguien. No sé para quien en específico, pero así como todos los días se muere y nace alguien, siempre suceden cosas que cambian el destino de los cabrones que vagan por esta vida de mierda.

Dos escuadras niqueladas esperaban ser acariciadas por Valentina y aguardaban pacientes sobre la pequeña nevera. Primero sacó su *Gansito* y su *Doctor Pepper*; entonces agarró las armas.

Ahora, no le que daba otra cosa que esperar la hora y desear que todo saliera bien.

El *Spirit* guinda aparcó en el lugar marcado. No había señas del resto del equipo. Terminó su refresco. Cortó corriente; puso alarma. El Rezo de Los Que Sobran le cantaban “Kimono” en su discman cuando decidió bajar del auto. Recorrió el lugar, *no hay ni un alma en kilómetros*, pensó. Sacó su *Gansito* y lo abrió para dar inicio a su caminar. El Norteño le dijo en cierta ocasión que su adicción a la *Doctor Pepper* y a los *Gansitos* era más peligrosa que su gusto por los chicles de heroína; ella aseveraba que era más barato. Además, una de sus manías era pedir azúcar cuando se cansaba o cuando estaba nerviosa. Ese día aplicaba la segunda opción.

Valentina no se acabó el *Gansito*. Por primera vez, sintió asco y lo tiró a medias. Respiró a profundidad y dirigió sus pasos a la entrada de la fonda.

Tal y como recordaba el lugar. Mismos olores, similares sensaciones. El corazón aceleró su palpitar. *Eso deben sentir los actores el día del estreno*, se tranquilizó. La función comenzaría pronto y prefirió postergar sus nervios para cuando el telón se abriera.

Pidió su *Doctor Pepper* en botella cerrada sin que el mesero la abordara y descansó su mirada en la oscuridad del refresco. ¿Y qué si todo sale mal y morimos todos?

Valentina se mostraba insegura, sus verdemar no lucían y cuando observó a la prostituta, de pronto deseó ser ella. Tal vez en el fondo se sentía en situación similar. Ambas eran utilizadas por hombres que no las valoraban lo suficiente. *Al menos ella cobra.*

¿Dónde estás, Nortes? ¿Por qué cambiaste los planes a última hora?

Probó la gaseosa y sucedió igual que con el *Gansito*. No tenía deseos de disfrutar nada y su ansiedad la orillaba a demostrar su impasibilidad moviendo sus pies bajo la mesa. Ese frenesí la envolvía.

Contempló las ratas sin miedo y cuando vio el agua circular en su dirección, un escalofrío recorrió su columna vertebral de principio a fin. Los cables de la luz en el techo tampoco eran alentadores. Su vista recayó en uno de los tipos —a quienes no conocía, pero sabía estaban de su lado— y se sorprendió de verlo tratar de entablar comunicación con ella. Valentina leyó sus labios:

¡Vámonos de aquí!

Los latidos se multiplicaron por cien. *¡Es una trampa!* Aseguraba mostrándole —sigiloso en sus movimientos— el auricular enclaustrado en su oreja.

¿Quién te lo dijo?, preguntó ella angustiada.

Caín, respondió.

Valentina desvió su mirada al exterior, distraída por los ruidos de afuera y avizoró a Caín que corría desaforado hacia la fonda, mientras gritaba quién sabe qué a un radio transmisor que cargaba. Sus ojos se abrieron como platos y con disimulo sacó las pistolas. Aterrada descubrió que no estaban cargadas. Cerró los verdemar en señal de impotencia, misma que fue transmitida a todos los del grupo al verla. Se supieron perdidos.

—¡Puta, es una trampa! —gritó Valentina encabronada mientras saltaba sobre su mesa.

La cuadrilla entera se levantó, sacando sus armas y alistándose a atacar.

Caín entró despavorido.

—¡Ya vienen por nosotros!

Valentina saltó de mesa en mesa, estando junto al recién llegado en segundos:

—¿Quiénes son?

—Son los judiciales, vienen a chingarnos. Nosotros somos la presa.

—¡Tenemos que salir de aquí! —gritó la doble de Lyn May ahogándose en su pánico.

Se escuchó un disparó que reventó la cabeza de un elemento. Los sobrantes buscaron de donde provenía la bala entre el lugar.

—¡Hay alguien con nosotros! —indicó Valentina, mientras contemplaba horrorizada la llegada de los judiciales.

Se escucharon cuatro balazos que acabaron con igual número de integrantes, dejando vivos a Caín, Valentina y la Lyn May *wannabe*.

El trío corrió a guarecerse, tomando las armas de los caídos. El espectáculo daba inicio y los actores secundarios entraban a escena.

Los judiciales penetraron disparando en todas direcciones. Desde su escondite, la tercia comenzó a repeler la agresión, descontando a un par de principio.

Disparos venidos de quién sabe dónde, volvieron a presentarse, acabando en poco tiempo con la vida del tercero y cuarto agente.

Valentina se levantó y brincó mientras tronaba la “cuerno de chivo”, que escupió plomo en la frente del quinto.

Caín, muerto del miedo, disparaba a lo tonto, importándole poco si mataba a su compañera; por su parte, la análoga de Lyn May ametralló al último sin piedad y emocionada.

La atmósfera se tornó perturbadora. Los tres compartieron miradas de incertidumbre. Sabían que alguien aún vivía, estaba dentro de la fonda y lo que era peor, ignoraban su identidad y ubicación.

La puta, delirante, lanzó enormes carcajadas impregnadas con el nerviosismo que imperaba en el lugar. Caín deseó callarla, pero no se atrevió a moverse. Valentina estaba irritada.

Desde su resguardo, el Norteño, ayudado de su inseparable laptop —en momentos como éste—, controlaba las cámaras que previamente instaló en la fonda. Sonreía, disfrutando el agobio que inyectaba en sus “colaboradores”. Preparado, se colocó su lente virtual y accionó el control remoto para monitorear las posiciones de las presas. Activó la opción infrarroja, y su ordenador le señaló el lugar exacto para hacer el disparo a través de la pared que los dividía.

La supuesta doble de Lyn May, por el nivel de sus carcajadas, no alcanzó a escuchar el disparo que se abrió paso entre el panel separador; y con la precisión requerida, el proyectil se incrustó en su ojo derecho, despidiéndola precipitadamente de sus compañeros para arrojarla al mundo de los muertos.

Caín, bañado con la sangre de la ramera, vomitó. Su rostro denotaba un pánico que Valentina jamás imaginó conocer.

—¡Está atrás! —señaló ella, empujando a su amigo para evitar ser sorprendidos.

El Norteño, observando a través de la pared, comenzó a situar a su colaborador. Lo miraba correr en dirección opuesta a Valentina y lo siguió con el cañón de su pistola hasta que consideró prudente disparar.

Ella escuchó el balazo y sintió la muerte de Caín, pero por otra parte, se alegró de continuar con vida.

Para cuando quiso ubicar a su mujer, no la encontraba.

—No mames, chiquita. ¿A dónde te fuiste? —susurraba el Norteño.

—¿Por qué lo hiciste, pinche Nortes? —preguntó ella con un rencor que obligó al asesino a voltear a enfrentarla.

Ella fue más rápida y, con una daga, perforó la mano que sostenía el arma.

—¿Para que te servíamos entonces? ¿Para jodernos? Siempre lo planeaste así, ¿verdad? ¿Por qué?

—Lo siento, pero era necesario matarlos a todos, mis contratantes querían que trabajara solo y yo necesitaba lograr este golpe. Ahora, podemos ir a cobrar el dinero y largarnos de aquí. Podemos dedicarnos a viajar, por medio de la red nos pueden contratar y con mi equipo seremos los más chingones. Nos la van a pelar todos.

—No, Nortes —fue tajante—. No te voy a permitir que hagas esto. Te voy a mandar a la chingada por ojete.

Con gran disimulo, el Norteño oprimió un botón del control remoto y su laptop comenzó a imitar el ulular de sirenas de la policía. Esto distrajo a Valentina lo suficiente como para dejar que él sacara otra pistola que anclaba en la parte baja de su espalda.

—*I'm zorry mai dir.*

No pudo reaccionar a tiempo y la tercia de plomo acabó en su vientre, tórax y hombro izquierdo. Valentina cayó sorprendida.

El Norteño se acercó y derramó la sangre de su mano sobre la frente de ella.

—Pudiste haberte decidido por mí —le dijo—. Pero como toda vieja, eres pendeja.

—Y tú… —habló con gran esfuerzo—, pudiste decidirte por mí… y por… tu hijo. Pero como todo hombre…, eres un hijo de puta.

Como golpe le vino la revelación al Norteño al verla oprimir impotente el vientre, para tratar de salvarle la vida a un ser que ya estaba muerto. Recordó eventos que no valoró, la descolgada que dio de las adicciones, el cuidado que ponía en sus movimientos, la preocupación por vivir, algunos ascos y mareos, y sobre todo, el sentimiento que lo invadió aquella noche cuando abrazó su vientre.

Acobardado, la abandonó en la agonía.

Abrió las llaves del gas en la cocina y dejó su Zippo encendido en un rincón para luego salir de la fonda con sombra de su culpa a cuestas. Avanzó pasmado, sin poder extraer la confesión de la mente. Sabía que después de esto su vida no volvería a ser la misma. Las lágrimas brotaron sin ser llamadas, inundando su visión del dolor provocado. Se limpió con su mano ensangrentada y su rostro manchado se asemejaba al de un indio que al perder al ser amado, se baña en la sangre del muerto; la sangre de Valentina lo bañaría siempre.

El Norteño sacó el duplicado de las llaves que conservaba del *Spirit* guinda y entró al auto. La explosión arrojó algunas cosas al exterior y el Norteño agachó la cabeza asustado.

Una vez más tranquilo, avivó la corriente y encendió el auto. Inconsciente, activó la alarma que desconocía y siguió en su huida. Decidido a largarse del lugar y dispuesto a seguir con su vida, aceleró sólo para que la explosión del vehículo cegara su vida.

Valentina entonces descansó en paz.

El portal fantástico

Carlos Ferro

Tres anillos para los de la Garrafa bajo el cielo Virtual.

Siete para las Aves Raras en sus nidos de piedra.

Nueve para los del Tour Macabro, condenados a vivir.

Uno para el Director, sobre el trono oscuro

En la tierra de Axxón donde se extienden los bytes.

Un Anillo para gobernarlos a todos. Un Anillo para apurarlos,

Un Anillo para atraerlos a todos y atarlos con las fechas de entrega

En la Tierra de Axxón donde se extienden los bytes.

Disculpen la perpetración-presentación de la página anterior. Pero sucede que es casi inevitable, hablando de Tolkien, hacer un homenaje de este estilo. El poema que encabeza *El Señor de los Anillos* ha sido repetido hasta el cansancio, ha sido satirizado de las maneras más diversas(1) y atroces, y no pude sustraerme a la tentación.

Ha llegado, finalmente, la hora de hablar de Tolkien en el Portal. Los astros han forzado su marcha para que antes del Fin del Milenio llegue esta hora. Desde el inicio de esta sección he amenazado y prometido varias veces hablar de él y, sobre todo, de su obra. Y nunca hasta ahora lo he cumplido.

Es tarea difícil de abordar, cuesta encontrar por dónde empezar. El mundo de Tolkien es inmenso, y representa para cada uno de sus lectores algo distinto. A muchos de nosotros nos ha marcado muy profundamente, casi diría que nos cambió la vida en uno u otro momento.

La creación de Tolkien es mítica, majestuosa, completa y (por fortuna) inacabada. Es la construcción de un mundo completo, incluyendo prolijos detalles sobre sus lenguajes, su historia y geografía, usos y costumbres. Pero la obra de Tolkien no es sólo un tratado acerca de un mundo fantástico. Ni siquiera una enciclopedia completa que lo describa, como en el proyecto borgeano de “Tlön, Uqbar, Orbis Tertius”. Su verdadero logro es haber encontrado la forma de darle una vida propia, independiente a su creación.

La razón por la que me fascinó el mundo de la Tierra Media desde mi primer contacto con él fue que Tolkien no sólo describe, no sólo cuenta una historia (aunque hace las dos cosas admirablemente bien), sino que nos introduce en el mundo de su invención.

Otro comentario anecdótico: ese primer contacto fue allá por la década del '80, cuando empezaron a llegar sus libros en la edición de Minotauro en rústica. Mi abuelo me regaló los dos primeros tomos de *El Señor de los Anillos*, que aún conservo (en avanzado estado de destrucción). Y tuve que esperar ansiosamente dos años hasta la llegada del tercer tomo, que vino de España porque aún no se editaba aquí. En ese lapso leí varias veces los primeros dos, con fascinación creciente. Y mis expectativas no fueron defraudadas por el tercer tomo, como sucede con la mayoría de las sagas actuales: estaba plenamente a la altura de los anteriores, y era un excelente cierre.

Yendo a los detalles clásicos, John Ronald Reuel Tolkien nació en 1892 en Sudáfrica. En 1895 fue a vivir con su madre a Inglaterra y su padre murió poco después. Fue filólogo y profesor de lenguas clásicas en la Universidad de Oxford. Fue un escritor no metódico, pero su creación definitiva es prolija. Sus conocimientos de literatura y mitología clásicas, sobre todo nórdicas, se evidencian en toda su obra, lo mismo que su afición a trabajar con el lenguaje. Murió en 1973.

Es sorprendente, dada la magnitud de sus propósitos y logros, el pequeño número de obras que componen su bibliografía. Las citaré en un orden personal:

* Los tres tomos de *El Señor de los Anillos*, y podríamos incluir a regañadientes un tomo más de apéndices.

* *El Hobbit*

* *El Silmarillion* (inconcluso)

* "Egidio, el Granjero de Ham" - "El Herrero de Wooton Major" - "Hoja de Niggle"

* *The Adventures of Tom Bombadil*

* *Tree & Leaf* (ensayos, creo que incluye el famoso "Sobre los cuentos de Hadas")

Yo paro de contar ahí. Estas son las obras que JRR consideró terminadas y publicables (con la posible excepción de Silmarillion, que no había dejado lista para su publicación). Después de su muerte, Christopher Tolkien, su hijo, comenzó a publicar todo tipo de papeles que su padre había desechado, dejado como material histórico o inacabado. De esto salieron varios volúmenes de Cuentos Inconclusos y Perdidos, posteriormente volúmenes enteros con borradores de *El Señor de los Anillos,* separatas, más apéndices, etc. Personalmente, este fenómeno me disgustó bastante. En principio, por la falta de respeto a la voluntad del autor, que es quien debe decidir cuándo una de sus obras está para ser publicada y cuándo no. Es evidente el interés comercial de toda esa exhumación de textos, que tienen interés desde el punto de vista de los estudiosos de la creación literaria, pero no para el lector común. Sin embargo, la legión de fanáticos de Tolkien ha comprado -y sigue comprando- todo ese material, movidos por la gran avidez de encontrar más sobre la Tierra Media.

Las ediciones de todo este material, en inglés, son múltiples. Han salido distintas versiones, en un solo tomo o varios, con ilustraciones de gente famosa, etc. En nuestro idioma hemos tenido la gran suerte de contar con excelentes traducciones y ediciones, sobre todo de Minotauro. A modo de curiosidad, hubo una edición antigua de Libros del Mirasol, creo, de un libro llamado El Hobito, que no era otro que The Hobbit. No puedo hablar de ella, porque la tuve en mis manos una sola vez, por breve lapso. Pero fue muy anterior a que la moda Tolkien llegara a nuestras costas.

Hay mucho merchandising, no sólo de las ediciones. También hay calendarios ilustrados, muy apreciados por los coleccionistas. Hay una serie de dibujantes que se han hecho famosos ilustrando este tipo de material y otros temas fantásticos. Hay mucho material por el lado del juego de rol, del que ya hablé en otra ocasión. Iron Crown Enterprise tiene varios juegos de rol (y uno de cartas) ambientados en el mundo de Tolkien. Hay miniaturas, muñequitos y toda suerte de artículos. Si bien no es un merchandising tan masivo como, por ejemplo, el de Star Wars, es notable por la calidad de sus elementos.

En cuanto a la obra en sí, puedo decir que *El Señor de los Anillos* me impactó profundamente. Me reveló toda una faceta de la Fantasía que para mí era, en ese momento, desconocida. Y desde entonces ha sido mi favorita. Tolkien se diferencia bastante de otros autores de fantasía. El no escribía de manera profesional, sino por afición. Su propósito es construir un mundo, y lo hace a través de las historias legendarias de ese mundo. En *El Señor de los Anillos* aparece la magna lucha del bien contra el mal, en todos los planos: dioses mayores y menores, reyes, magos, guerreros y gente de lo más común. Aparecen varias razas y paisajes, hay diversas manifestaciones de un mundo mágico muy particular, que se entreteje en la vida común: el de Tolkien no es un mundo con magia, la magia está en la esencia de ese mundo, es parte intrínseca de él. Tolkien describe (y nos hace sentir) magia en un prado de flores o un bosque, tanto como en los rayos que utiliza Gandalf en alguna batalla. La historia que cuenta es fascinante, sus personajes son muy buenos desde el punto de vista literario. A pesar de la inspiración en las sagas finlandesas, danesas o célticas, los personajes tienen un hondo carácter humano (aún los no-humanos, como enanos y elfos). La historia se enmarca en una mezcla de historia y leyenda que el autor continúa y profundiza en otros volúmenes. Son continuas las referencias de los personajes a historias anteriores, y son muy naturales y creíbles, ya que los personajes viven en un mundo diferente al nuestro, en el cual esas leyendas son SU historia.

Todo eso, y el trabajo con los detalles de usos y costumbres, y los lenguajes, hace muy creíble la Tierra Media. Es un mundo sumamente verosímil y muy bien armado. Y la ventaja es que el lector inmediatamente se siente tentado a imaginar más pedazos de ese mundo, a pensar otras historias que transcurran en él. Supongo que eso es lo que ha llevado al cuento que hoy les ofrecemos, que es un cuento ambientado en La Comarca, con hobbits. Este cuento respeta profundamente lo que Tolkien describe como la esencia hobbit. Pero sobre el final hablaré de él. Lo que quería decir es que el lector se siente atraído, se siente parte y es él quien completa la creación literaria de Tolkien. Ese, para mí, es uno de sus más grandes logros.

Mucho más tarde leí *El Hobbit*. Allí hay otros detalles sobre la Tierra Media. El enfoque de este libro es muy distinto: *El Señor de los Anillos* es una épica, *El Hobbit* es un libro que cuenta un cuento para niños, con impresionantes guiños para los lectores adultos. Una mirada superficial se deja llevar por los detalles de la narración fantástica, como un cuento de hadas clásico. Pero Tolkien aprovecha para mostrarnos más de su mundo fantástico, y para hacer un derroche de buen humor que no estaba tan presente en la seriedad de *El Señor de los Anillos*.

“Egidio, el Granjero de Ham” y “El Herrero de Wooton Major” no están explícitamente ambientados en Tierra Media, pero el ambiente sigue siendo tan fantástico que no se puede decir que no transcurran allí. Son cuentos donde el heroísmo llega a la gente común, con un tratamiento interesante del tema del héroe. “Hoja de Niggle”, que fue publicado por Minotauro con los otros dos, es algo distinto: habla de otro heroísmo, que es la esencia de la creación artística. Es este volumen también hay una fuerte presencia humorística. No quisiera hablar mucho de él, porque hay un excelente ensayo de Pablo Capanna, publicado en la revista El Péndulo, respecto de este tema.

The Adventures of Tom Bombadil (ignoro si hay una traducción al español, creo que no) es un librillo de poemas en inglés. Son de temas diversos: muchos tratan de temas de la Tierra Media, otros son simples poemas humorísticos. Es una obra sumamente disfrutable, en su idioma original. Y seguramente la disfrutaría más si conociera mejor el inglés. No creo que sea de fácil traducción, y temo que pierda mucho.

El *Silmarillion* es una obra de otro tenor. Busca contar la raíz histórica de toda la Tierra Media, desde la Creación de ese mundo hasta la época de la Guerra del Anillo. Es una obra vasta, larga, por momentos muy pesada en los detalles de genealogías o de riñas élficas. Pero fundamental para empaparse del clima de la Tierra Media. La creación del mundo es muy original, se hace mediante la música de los Ainur, una especie de seres divinos emanados de Eru Ilúvatar (el Dios Unico, principio de todas las cosas), que luego deben hacerse cargo de esa creación. Esos seres, en su encarnación posterior son los Valar, dioses que luchan codo a codo con sus creaturas por el destino de esa obra. Esto es lo que explica la fuerte presencia mágica de ese mundo.

Luego de la Creación del mundo, vemos la aparición de las razas de los Elfos, los Enanos y los Hombres. Vemos sus primeros pasos, sus luchas, sus logros. Vemos el nacimiento del Sol y la Luna, los enfrentamientos con el Oscuro y toda una apasionante historia de conflictos muy humanos, que se prolongan por edades históricas y arrastran consecuencias a larguísimo plazo. Es quizás donde más notable es el tiempo mítico en la obra de Tolkien.

Creo que es suficiente como para incitar a los que no lo hayan hecho a leer algo de Tolkien, y a los que sí lo han hecho, a continuar con el ejercicio de la relectura, el redescubrimiento y la creación personal dentro de ese fascinante Universo.

Hablando de creación personal, todo esto fue motivado por la presentación de un excelente cuento de Alejandro Murgia (a quien no conozco, pero que desde ya felicito). Este cuento está ambientado fielmente en el Universo de Tolkien y constituye, para mí, uno de los ejemplos de lo que un lector de Tolkien se siente inclinado a imaginar que sucede en ese mundo. Alejandro toma las figuras clásicas de los hobbits como JRRT los describe, y construye con algunos personajes que son mencionados en *El Señor de los*

Anillos y otros que no, una hermosa y simpática historia. La historia es totalmente convincente para el lector de Tolkien, y además está muy bien escrita. Se lee con gran placer.

Si Ud. no es lector de Tolkien, puede leerlo y encontrará una historia atractiva de gente simple… pero se perderá la mitad del encanto que tiene para los que estamos familiarizados con ese mundo.

Una palabra final: Tolkien no le gusta a todo el mundo. Tiene sus fanáticos y sus detractores, como cualquier escritor que se convierte en un clásico. Pero hay muchísima gente que, simplemente, no le ve el atractivo. Personalmente creo que es gente que no aprecia este tipo de creación, que no le ve el objetivo. Una parte de esa gente se queda con una lectura superficial y no ve más que una historia de aventuras relativamente compleja, al nivel de una telenovela y poco entretenida. Otra parte es más preocupante: es gente que se siente amenazada por la existencia de un Universo en el que la magia forma parte intrínseca y explícita de la realidad. Supongo que ninguno de los lectores de esta sección pertenece a estas categorías.

(1) Me viene a la memoria, a fines de la década del ‘80, un afiche de la Agrupación Estudiantil Independiente, para las elecciones en la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales. El afiche llevaba una parodia llamada El Señor de los Pasillos, y un dibujo caricaturesco de los miembros de la AEI con sus atributos más característicos, dibujados como hobbits.

El invierno de 1311

Alejandro Murgia

Muchos, pero muchos autores no ponen sus datos en los cuentos que envían por e-mail. Es terrible que no podamos encontrar los de Alejandro entre tanto material recibido. Creemos -estamos casi seguros- que es de Argentina. Lo que sí está claro es que escribe muy bien y que conoce profundamente la obra de J.R.R. Tolkien.

CUANDO COMENZARON a caer los primeros copos de nieve, Bungo Bolsón se encontraba en el jardín anterior de Bolsón Cerrado, junto a su hijo Bilbo y a Cavada Manoverde, ambos jóvenes entusiastas de 21 y 19 años respectivamente. Los tres estaban muy atareados trasladando las lajas que acababan de comprar para el piso del vestíbulo, cuando el primer copo de nieve del invierno aterrizó exactamente en el centro de la narizota de Bungo. El sorprendido hobbit extendió la mano para palpar la consistencia de los copos, alzó la vista, y examinando concienzudamente el horizonte sentenció:

—*Gris en las quebradas, nieve hasta las quijadas*, como decía mi padre. Muchachos, nos espera una nevada copiosa, y a juzgar por la época, un invierno especialmente crudo.

Y estaba en lo cierto. Aquel invierno habría de ser recordado durante años como el más duro del que se tuviera memoria en la Comarca. Con lo cual queda demostrado que los dichos de los hobbits rara vez dejaban de dar en el clavo, incluidos los del padre de Bungo, quien prácticamente no había hecho mucho más en la vida que sentarse plácidamente a contemplar el horizonte y a elaborar sabias sentencias, tal como se esperaba de un respetable miembro del clan Bolsón.

—Démonos prisa y entremos las losas que faltan —había dicho Bungo alentando a sus compañeros de fatigas—. Hay una suculenta merienda humeante esperándonos y no veo la hora de encontrarme cara a cara con ella.

Y sin más, como si la mención de la merienda le hubiese avivado la ansiedad, había dado media vuelta para meterse en su acogedor agujerohobbit, ante el estupor de Bilbo y Cavada.

—¡Belladona! ¡El té y los pasteles! Pronto veremos la Colina cubierta de nieve y quiero estar junto al fuego fumando mi pipa para ese entonces, gozando de un merecido descanso.

Lo de *merecido descanso* podía sonar sorprendente a quien los hubiese visto en acción. En realidad, la parte de Bungo había consistido sobre todo en dirigir a sus dos jóvenes ayudantes. Eran ellos quienes habían cargado con el trabajo pesado, sobre todo Cavada, flamante jardinero de la Residencia Bolsón. Habían partido aquella mañana rumbo a La Cantera, y comprado para el piso del vestíbulo las mejores lajas que se pudiesen hallar en las cuatro cuadernas. Bungo estaba decidido a tener el agujero-hobbit más señorial de la Comarca, y si bien pocos dudaban de que Bolsón Cerrado ya lo fuese, él continuaba embelleciéndolo a través del tiempo. Veintidós años hacía que lo había mandado excavar, tras comprometerse con Belladona Tuk. Quería darle a su futura esposa una vivienda digna de su alcurnia y estado financiero (los Tuk eran la familia más rica desde las Quebradas Blancas hasta el Brandivino). Además, *inútil es la torta si no se le hinca el diente,* sostenía Bungo, y ¿para qué tenía Belladona tanto dinero si no era para gastarlo? Así era como funcionaba una mente Bolsón.

Y últimamente lo había acicateado el comentario insidioso de su cuñada Camelia Sacovilla acerca de la alfombra del vestíbulo que se tendía aún sobre tierra apisonada (*curioso detalle rústico*, lo llamó) y no sobre un verdadero piso, es decir, un piso enlosado. Lo que Camila en verdad tenía era envidia: ambicionaba vivir en un agujero como el de sus cuñados, y el buenazo de Longo (¿Cómo podía haberse casado con una mujer tan odiosa?) estaba siendo exprimido hasta las últimas fuerzas para darle el gusto, deslomándose de sol a sol como ningún Bolsón decente había jamás hecho antes.

Cuando Bilbo y Cavada entraron, resoplando y sudorosos, Bungo estaba dando cuenta de los últimos pasteles, mientras que su mujer se había acercado a examinar más de cerca las losas que se amontonaban a la puerta.

—No me gustan. Son muy grandes, y mal cortadas —dijo. La porción de pastel que estaba engullendo se le atragantó a Bungo, y Bilbo tuvo que palmearlo con fuerza para desatorarlo.

—¡Pero Bella… son las mejores piedras, me han costado una fortuna! ¿Qué tienen de malo?

—No era lo que yo tenía pensado —meneó la cabeza Belladona, con esa cabellera casi rubia que había trastornado a Bungo cuando la conociera—. Es inútil, no se puede conseguir este tipo de trabajos entre los hobbits. Haría falta el talento de los enanos, tal vez ir a buscarlos más allá de Bree, o algún artesano élfico…

Esta vez Bungo palideció como si hubiese visto un espectro.

—¿E… elfos… ena, enanos? —balbuceó—. Dios mío, ¿por qué se te ocurren cosas tan extrañas? ¿Ir a buscarlos…? ¡Más allá de Bree! ¿Qué tienen de malo éstas? Al fin y al cabo se trata el piso de la sala… no del trono del rey de Norburgo, y sólo las verá quien levante la alfombra para curiosear qué hay debajo… ¡o sea sólo Camelia!

Belladona apenas pudo reprimir una carcajada. No había resistido la tentación de sacar de sus casillas al comodón de su marido, y conocía los puntos débiles adecuados. En realidad, hacía muchos años que Belladona había abandonado su espíritu aventurero y se había amoldado a Bungo; desde que se casaran no había frecuentado más elfos ni magos, ni había vuelto a salir de excursión con sus hermanos. Pero esa etapa de la vida de Belladona sencillamente le daba escalofríos a Bungo, quien temía que a su encantadora mujercita se le ocurriera reincidir en tan extraño comportamiento impropio de una mujer-hobbit.

—Disculpe, señor Bungo —interrumpió el joven Cavada, sacándose la gorra—. Yo debo irme a casa antes de que caiga más nieve.

—Tonterías, muchacho. Siéntate y come. Sería una locura que salieras, y el camino hasta Delagua es largo. Además —agregó Bungo, haciendo una pausa inquietante— no sería buena idea andar solo. Con inviernos así llegan los lobos.

Los muchachos se miraron entre sí y a Bungo con ojos abiertos de par en par.

—¿En serio, papá? —preguntó azorado Bilbo.

Ahora fue Bungo quien debió contenerse para no soltar la risa. La ingenua consternación de su hijo y de Cavada Manoverde lo divertía enormemente.

—¡Bungo! Deja de asustar a los niños con esas patrañas —lo amonestó Belladona

—¿Niños? ¡Ja! Estos dos hace tiempo que dejaron de ser niños. Y no son patrañas. Corren rumores de que allá lejos en el este se están multiplicando los lobos y toda clase de oscuras bestias repugnantes. Incluso el invierno pasado han visto algún lobo perdido en la Cuaderna del Norte. Y este año será más duro. Si los ríos se congelan, las manadas bajarán de las montañas hambrientas, sin que nada las contenga.

—¿Qué puede saber de lobos un hobbit remolón como tú, que jamás se ha movido más allá de Sobremonte y Delagua, y obtiene toda su información del hato de borrachines que frecuenta *La Mata de Hiedra*?

—¡Belladona! —protestó Bungo. Pero no pudo encontrar más argumentos, y debió contentarse con cerrar la boca y mostrarse terriblemente ofendido. Él sabía muy bien que Belladona había estado una vez frente a frente con un lobo en una de sus alocadas aventuras de juventud junto a su padre y sus dos extraordinarias hermanas; pocos hobbits en la Comarca podían decir lo mismo, de manera que no le convenía llevar la discusión por aquel camino. Además, la mención de la posada le había producido un curioso cosquilleo en el estómago.

—Pensándolo bien, Cavada —dijo imprevistamente dirigiéndose a su jardinero—. Es mejor que vayas a tu casa antes de que el tiempo empeore. Más adelante te acomodaremos un cuarto, pero hoy *cierta persona* se empeña en espesar el ambiente, si ustedes me entienden. Déjame acompañarte hasta el puente, a mí también me vendría bien despejarme un poco y dar una vuelta *solo*.

—¡Bilbo! —dijo Belladona, antes de que Bungo y Cavada atravesaran la puerta—. Hazme el favor de acompañar a tu padre; no vaya a suceder que su *caminata solitaria* lo deje tan ebrio que no pueda encontrar el camino a casa…

Bungo ya atravesaba el jardín a grandes zancadas, mientras oía el resto de la frase (dicha en voz bien alta).

—…Y recuérdale que debe encontrar pronto un buen destino a esas losas que estorban el camino en el vestíbulo; la semana entrante, por si se le olvidó, están invitados a tomar el té su hermano Longo y la *adorable* Camelia.

—Lo único que faltaba —refunfuñó para sí el hobbit—. ¡Longo y Camelia a tomar el té!

Una delicada alfombra de nieve cubría el camino de la colina.

—En días como estos desearía usar zapatos —comentó Bilbo.

—Mira, Manoverde —dijo Bungo señalando la residencia Bolsón, que había quedado detrás de ellos—. Allí, junto a las ventanas, plantaremos prímulas y girasoles.

—Sí, señor Bolsón. Y escrofularias, y algún árbol aquí y allá. Ya verá cómo florecerá el jardín la próxima primavera.

Bungo estaba nuevamente de buen humor. Cruzaron el puente de El Agua silbando bajo la nieve que caía perezosa, y siguieron el camino hasta dejar atrás las casas y agujeros de Hobbiton. Todavía no había peligro de que la nevada se hiciera más intensa, pero tampoco parecía disminuir, y las pisadas de los hobbits dejaban cada vez huellas más hondas en la nieve.

—Señor Bolsón, no es necesario que me acompañe más allá. Vuelva con Bilbo a casa, yo seguiré solo hasta Delagua.

—Pamplinas, muchacho. Esta caminata es vivificante. Además, ya casi llegamos. Lo único que temo es que vosotros pesquéis un resfrío, pero… qué es lo que veo allá. ¡Una posada! ¡Pero si es La Mata de Hiedra! ¡Tan pronto! Vamos, muchachos, allí podréis sentaros al fuego del hogar, y os convidaré con una cerveza caliente.

Bilbo rió estrepitosamente, pero no aclaró por qué, ni nadie se lo preguntó.

Al entrar en la posada los recibió una ráfaga de aire atiborrada de aromas: humo de pipas, comida, cerveza y leña, ropa mojadas, huevos y panceta friéndose. Un grupo de alegres parroquianos entonaba estrofas disparatadas, salpicadas de risas. Bungo dejó su abrigo en el perchero y Bilbo y Manoverde se dispusieron a imitarlo.

—Bienvenido, señor Bolsón —saludó el posadero efusivamente—. ¿Su mesa de siempre?

—Sí, sí. Y tres picheles. ¿Qué es lo que cantan estos estruendosos hobbits?

—¡Jo, jo! Tratan de componer una canción sobre el tema del momento, señor. Usted sabe, esos *botones maravillosos.*

¿Botones maravillosos? No sabía por qué, pero la frase no le sonó nada bien a Bungo.

—De un tiempo a esta parte todo el mundo parece haberse contagiado la fiebre de la aventura y el amor por las cosas más extravagantes. Qué se ha hecho de nuestra apacible comarca hobbit, me pregunto —refunfuñó Bungo mientras se acodaba en la mesa—. Que me sirvan mi pichel y que no me hablen de botones maravillosos ni de losas élficas, eso es lo que quiero.

—¿Es que usted no se ha enterado, señor Bolsón, de los botones del Thrain? —preguntó uno de los concurrentes, abriendo mucho lo ojos—. ¡De los botones mágicos que le ha regalado un mago!

Bungo se cubrió la cara con las manos y sacudió la cabeza apesadumbrado.

—No puede ser, el mundo se ha desquiciado. Ya no hay un solo rincón donde uno pueda estar a salvo de esta locura.

—¡Botones de diamante que se abrochan y desabrochan solos cuando uno se lo ordena! —aclaró otro.

Bungo se puso de pie y con un brazo en alto exclamó: —¡Escuchad todos! No quiero oír una palabra más acerca de adminículos maravillosos, ni de magos barbados en complicidad con mi extravagante suegro. Por todas las vueltas de cerveza que les he pagado, hacedme el favor de volver a los buenos viejos temas de conversación: la calidad del tabaco, el reumatismo, las vicisitudes de la cosecha, o el tiempo…

Bungo se sentó, y por un momento se hizo silencio en la posada. Luego el viejo Tolma, que estaba sentado en un rincón, se aclaró la garganta y dijo:

—El tiempo está malo. Presiento un invierno demasiado frío para mis huesos.

—Dicen que el Brandivino se ha congelado.

—Malo, malo. Hace mucho tiempo que no nieva tan temprano. La última nevada en octubre fue en 1280, cuando aún reinaba el rey de Norburgo.

Manoverde intervino entusiasmado:

—¡El señor Bungo dice que vendrán los lobos!

Unos *¡Ohhh!* de sorpresa se extendieron entre las mesas.

—¡Bueno, bueno, muchacho! —aclaró Bungo un tanto contrariado—. No creo que yo haya dicho exactamente eso. En todo caso, no me interpretaste correctamente.

—Si vienen los lobos —reflexionó un joven en la mesa contigua— tendremos que buscar entre los mathoms y sacarle el moho a las viejas armas.

En seguida la excitación ganó a los presentes, y todos referían al mismo tiempo sus anécdotas, ideas, y armas para combatir lobos. Quien no tenía un escudo y lanza del abuelo disponía de arco y flecha y era experto en cazar liebres. Si uno era capaz de acertarle a una liebre, argüían, tanto más lo sería de darle a un lobo. Alguien llegó a sugerir que debían encontrar al mago amigo del Thain y pedirle en la emergencia flechas encantadas que se disparasen solas. En ese punto algunos parroquianos, entonados por la cerveza, retomaron la canción de los botones mágicos.

Bungo se sintió seriamente preocupado por Bilbo. Temía que a su hijo se le contagiaran estas ideas raras; y enterarse de que el abuelo del muchacho tenía tratos con un mago no le causó ninguna gracia. Por fortuna hasta el momento Bilbo jamás había dado muestras de interesarse por ese tipo de cosas, y se había comportado siempre como un típico y auténtico Bolsón. Pero había que preservarlo de la locura y traerlo a la posada, exponiéndolo a la perniciosa influencia de estos pueblerinos achispados, había sido indudablemente un error.

—¡Cambiando el tema de conversación! —exclamó Bungo en un último intento desesperado—. Si alguno de ustedes conoce quien necesite lajas de La Cantera, de primera calidad, como para enlosar un agujero-hobbit entero, a buen precio…

Pero, en la algarabía general, ya nadie lo escuchaba. Preferían imaginar nuevas estrofas en que el viejo Tuk y sus botones se enfrentaban a los feroces lobos de las Montañas Nubladas.

Bungo dio por terminada su intervención en el debate asegurando a quien quisiese oírlo que *“aunque todos los hobbits de la Comarca insistiesen en bufonadas por el estilo, él, por su parte, juraba solemnemente so pena de no volver a tomar una cerveza en su vida, que jamás se vería envuelto en ninguna aventura con un lobo, y que estaba muy orgulloso de eso”.*

—Vamos, muchachos. Se nos ha hecho tarde. Miren, la nieve arrecia. Será mejor que llamemos un carruaje, Bilbo, y que aprovechemos para aprovisionarnos de patatas y de conejo ahumado.

Así que arregló la compra de víveres con el posadero y, despidiéndose de Manoverde, que vivía a menos de dos estadios de allí, padre e hijo iniciaron el regreso a casa.

Durante los días siguientes el cielo permaneció gris y una tenue nevisca siguió cayendo sobre la Comarca. Como otros hobbits, Bungo había equipado las despensas de Bolsón Cerrado en vistas de un largo invierno. Tenía suficiente provisión de víveres y leña como para mantenerse confortablemente hasta la primavera, y le agradaba sentarse en su estudio, junto al fuego, contemplando los copos de nieve y adivinando debajo de esa blancura que cubría el jardín la vida dormida de las semillas que se convertirían en unos meses en árboles y plantas floridas.

Precisamente se hallaba sumido en esa agradable contemplación cuando Belladona, a sus espaldas, le recordó una tarde la visita de su hermano Longo y su cuñada Camelia.

—Tienen que estar por llegar —dijo, acercándose al antepecho de la ventana.

—¡Cielos! Lo había olvidado —Bungo se asomó afligido, con la esperanza de no hallar ningún carro en el horizonte—. Sería una locura que viniesen, con este tiempo.

En efecto, los caminos estaban bastante malos a causa de la nevada, pero aún eran transitables. Bungo deseó interiormente que el tiempo empeorara.

—Conoces a Camelia, Bungo. Una invitación a tomar el té no se cancela fácilmente para ella. La tendremos aquí, opinando acerca de las imperfecciones de nuestra sala, en menos de media hora.

Bien sabía Bungo que era así. Esa mujer tenía la virtud de sacarlo de sus casillas; y el piso del vestíbulo sería nuevamente su blanco preferido. No había podido convencer a Belladona de usar las losas de la Cantera, y todo seguía como en la última visita de su cuñada. Apenas había hecho a tiempo de apilar las losas encima de la puerta de entrada, sobre la ladera de la colina, apoyándolas en una repisa improvisada que ahora se disimulaba con la nieve.

—Esperemos que el soporte resista —se dijo Bungo—. No quisiera que las losas se vinieran abajo justo en el momento en que Camelia hiciese su entrada, sepultándola.

El viejo hobbit se rió de su propia broma, y cuando alzó nuevamente la vista, distinguió claramente el carruaje que cruzaba el puente de El Agua, detrás del molino de Arenas, subiendo la colina.

—Oh, no. Comienza el suplicio.

—¡Entrad, entrad, y bienvenidos! —dijo Bungo, que no olvidaba las reglas de cortesía debidas a un huésped— ¡Pasadme los abrigos! ¡Oh, trajeron al pequeñín!

—¡Bungo, hermano! —lo abrazó efusivamente Longo. Traía en brazos al pequeño Otho, y el rostro se le iluminaba de orgullo.

—¡Pero ese niño es un verdadero encanto! —exclamaba Belladona mientras preparaba la mesa para el té en menos de lo que se tarda en decir *merienda de invierno*.

—Oh, querida, gracias, gracias —decía Camelia, hecha un manantial de simpatía—. ¿Verdad que es divino? Todos lo dicen. No hay otro bebé hobbit como nuestro Otho.

“Está esperando a desempacar y apoltronarse junto a la mesa para comenzar a arrojar sus dardos”, pensó Bungo mientras sacudía la nieve de los abrigos y los colgaba en los percheros del vestíbulo.

En seguida todos estuvieron en sus puestos. El joven Bilbo terminaba de traer los pastelillos y las tortas, que encontraron su lugar en un mantel atiborrado de teteras, jarras de leche, rodajas de pan y potes de mermelada. Entre hobbits no se acostumbra hacer esperar demasiado a las visitas para servirles una suculenta merienda, sobre todo después de una larga travesía bajo la nieve. La charla y las noticias pueden siempre esperar un poco, y en todo caso, no sin un alegre preludio de tazas y cucharas tintineantes.

—¿Cómo está mi sobrino preferido? —exclamaba Longo, que era un sentimental incorregible, palmeando a Bilbo, mientras engullía un pastel de limón.

—¿Y cuánto tiempo tiene este niñito?

—Va a cumplir un año este mes —le contestaba Camelia a Belladona mientras iban y venían las teteras de un rincón a otro de la mesa, entrecruzándose como la conversación.

—Es un hermoso y digno ejemplar de Bolsón —sentenció Bungo en una frase apenas inteligible que se abrió paso entre un pastelillo y un sorbo de té. Lo decía más que nada para complacer a Longo; en el fondo, el pequeño Otho no le parecía más que un mamarracho sin gracia alguna.

—En realidad heredó los finos rasgos de los Sacovilla —aclaró Camelia—. Y desde muy pequeño tiene estos hermosos bucles ¿Te acuerdas, en cambio, Belladona, qué feo era Bilbo cuando nació, con esos cabellos hirsutos que se resistían a cualquier peine?

Belladona sonrió soñadoramente, contemplando a su hijo.

—Era un chiquillo adorable —dijo, inmune a las insidias de su huésped. Bilbo le devolvió la sonrisa.

A Bungo, en cambio, se le había espesado la sangre, y no resistió la tentación de devolver el golpe.

—Bueno, si salió a los Sacovilla, esa noticia me tranquiliza —farfulló para sí, asegurándose de que Camelia lo escuchara.

Ya estaban nuevamente en sus actitudes habituales, frente a frente y respondiendo las arremetidas. No pasó mucho tiempo antes de que Camelia atacara por el lado que Bungo temía, y en un aparente elogio de lo bonita que estaba quedando la casa, deslizó un *“Espero no haberme ensuciado los zapatos con el barro del vestíbulo”*. Camelia, en efecto, usaba zapatos, sobre todo los días de lluvia o nieve, pero por supuesto, lo del barro del vestíbulo era una simple exageración maliciosa.

Pero Bungo no supo qué contestar. Se preguntaba cuánto tiempo más se prolongaría la visita, y si encontraría alguna forma de escabullirse de ella, mientras dejaba vagar su vista a través de la ventana. Comprobó entonces que la nevada se hacía más y más copiosa. Pronto no se distinguió otra cosa que una mancha blanquecina allá afuera. Eran malas noticias. Si no mejoraba el tiempo, ¿cómo harían Longo y Camelia para volver a su casa?

Sus peores presentimientos se hicieron realidad. Luego de dos horas de amena charla, y cuando los víveres comenzaban a escasear en la mesa, Longo constató que el tiempo estaba horrible, y realmente era una locura tratar de salir de allí mientras no menguase un poco la nieve. Bilbo echó más leña al fuego y todos pasaron al estudio, a fumar pipa y contar historias.

“Bungo, viejo amigo, piensa, piensa. Algo hay que idear, pronto, no pueden quedarse aquí”, se decía a sí mismo el dueño de casa mientras un nuevo tema de conversación se iniciaba en torno a la mesa del estudio.

—Me he enterado, mi querida Belladona —estaba diciendo Longo, que se había sentado junto al hogar y apoyaba los pies en el guardafuego— de la curiosa adquisición de tu padre. Me refiero a esos botones mágicos…

—…regalo de un mago —agregó Camelia.

Bungo bufó. No era posible. Otra vez con esa bendita historia.

—Seguramente se trata de Gandalf —repuso Belladona—. No los he visto, pero me parecen muy propios de él.

—Parece que son de diamante, y que le ha obsequiado uno a Mirabella —observó Camelia—. Qué raro que no te haya dado uno también a ti, Bella. Cierto que Mirabella ha sido siempre su preferida —añadió escrutando el rostro de su anfitriona en busca de señales de contrariedad.

—Extraño que no hayamos todavía recibido la visita del abuelo —dijo Bilbo—. Ya lo veo sentado muy orondo en la poltrona, riéndose a carcajadas, y repitiendo *“¡prendidos! ¡desprendidos!”* toda la tarde, con la chaqueta abrochándose y desabrochándose.

—Bah. Las cosas mágicas me ponen nervioso. Espero que jamás crucen esta puerta —repuso Bungo, aburrido—. Esas asuntos acaban mal, tarde o temprano. Recordad lo que os digo.

La conversación viró en seguida hacia la posibilidad de hacerle una visita al Thain apenas el tiempo lo permitiera, y de allí a las excursiones que Longo y Bilbo habían realizado el año anterior por los bosques de la Cuaderna del Norte en busca de setas. Tío y sobrino tenían la intención de confeccionar un hermoso y prolijo mapa con todas las sendas que conocían, con tintas de diferentes colores.

—Creo que vais a tener oportunidad de hacerlo muy pronto —opinó Belladona—. Si el clima sigue así os conviene quedaros a dormir. Tenemos en el cuarto de huéspedes una mullida cama siempre lista, y Bilbo puede sacar de la bodega su vieja cuna y armarla para el primo Otho.

—¡Oh, no, no, Belladona! —estalló Bungo pegando un brinco. Al instante comprendió que su exabrupto podía interpretarse como una grosería, y por unos segundos no supo cómo seguir—. La pobre Camelia —dijo al fin— no habrá traído todos los enseres de aseo del niño, y además no se sentirán cómodos en esta humilde casa. Nuestro deber de anfitriones no es quedarnos cómodamente sentados mirando la nieve, ¡sino salir a buscar un carruaje!

Esto último lo afirmó muy solemne, y mantuvo a su auditorio lo suficientemente desconcertado como para sellar su determinación antes de que le pusieran objeciones:

—¡Bilbo, muchacho, los abrigos! Tú y yo bajaremos al pueblo.

—Pero, Bungo, es una locura.

—Belladona tiene razón. Podemos quedarnos perfectamente, será un placer. Y en todo caso, iré yo… —dijo Longo.

—Tonterías. *Que siga la charla y no se apaguen las pipas*, como decía tío Ponto. Si no os quedais sentados, me ofenderéis. Bilbo y yo nos encargaremos de todo. ¿Vamos, hijo?

—Listo, papá, aquí están los abrigos y las capuchas.

—Ese es mi hijo. Ven, rápido. Hasta luego a todos, y continuad la tertulia.

Afuera los recibió una brisa helada. La repisa sobre la puerta había formado un alero que los protegía de la tormenta, y la misma colina impedía que se juntara mucha nieve cerca del agujero. Pero bajando el camino la circulación era impracticable para cualquier hobbit.

—Papá, creo que será inútil intentar la travesía —dijo Bilbo evaluando la situación.

—Lo sé, lo sé, hijo. Ah, qué aire puro se respira aquí; ya me sentía aletargado dentro. Mira Bilbo, la verdad es que no aguantaba un minuto más esa conversación con tu tía. Imaginaba que el camino estaría bloqueado, pero sucede que tengo un plan, y necesito tu ayuda.

Bilbo miró sorprendido a su padre.

—Nos quedaremos aquí charlando amenamente como buenos padre e hijo —explicó Bungo—, y cuando comencemos a sentir demasiado frío tú entrarás y les dirás que me has dejado en Hobbiton, en casa de la abuela, esperando un carruaje.

—¿Y tú que harás?

—Yo esperaré aquí mientras te retiras discretamente del estudio y me abres la ventana del dormitorio para que pueda entrar. Luego volverás a tus asuntos, y te estaré eternamente agradecido.

Bilbo no podía salir de su asombro.

—¿Pero, qué te propones hacer, papá?

—Nada. Llevarme un camastrón a la bodega y vivir allí de incógnito mientras duren estos días de encierro. Tengo mi pipa, los barriles de cerveza, muchos víveres, y sobre todo paz y tranquilidad. Llevaré mi libro de apuntes genealógicos y la pasaré muy bien. Todos creerán que estoy en casa de mi madre, incomunicado, y nadie se preocupará.

—Papá, realmente me dejas atónito —rió Bilbo—. Por supuesto que haré lo que me pides, pero creo que esta vez has exagerado un tanto. El mal tiempo puede durar días y días, y tú tendrás que quedarte encerrado en la bodega.

—Es muy preferible al panorama que se me presenta teniendo que ver la redonda cara de Camelia todo ese tiempo.

Bilbo soltó una carcajada.

—No te rías de un pobre viejo hobbit agobiado por sus parientes. Y hazme caso, tampoco te entusiasmes con historias disparatadas ni te dejes fascinar con relatos de aventuras y magia. Disfruta de la charla con tu tío pero conserva siempre la cordura en tu ánimo. No fue correteando por los bosques ni frecuentando enanos que yo conseguí levantar esta casa y formar un hogar.

—Quédate tranquilo, papá. Me gusta escuchar las historias y las viejas canciones, pero soy tan hogareño y sensato como tú.

—No sabes cuánto me tranquiliza escuchar eso —confesó

Bungo, quien, visiblemente animado, invitó a su hijo a sentarse junto a la puerta de entrada, protegiéndose del viento. Y allí conversaron de todo un poco, hasta que comenzaron a sentir los pies ateridos—. Creo que ya llevamos aquí suficiente tiempo como para haber ido y vuelto de Hobbiton. Ahora, entra y trata de no reírte mientras cuentas tu historia.

—No prometo nada. Si no aparezco a la ventana, significa que no me dejan solo, o que el plan falló.

—No lo menciones; supongo que preferirás tener un padre a una estatua de hielo. Suerte.

Cuando Bungo se quedó solo, recorrió con la vista el horizonte y el pavoroso panorama lo sobrecogió. La nieve se había transformado en cellisca, más pequeña, dura, y molesta. Sólo se escuchaba el viento, y hacia el este el cielo se ennegrecía de una manera que jamás había visto, cubriendo los campos con una sombra ominosa. Bungo se sintió un poco intimidado.

Decidió acercarse a la ventana del estudio, para intentar escuchar a Bilbo, pero era imposible, y tampoco se veía nada. Tomando todas las precauciones siguió avanzando junto a la pared exterior y se detuvo en la ventana de su dormitorio.

—Espero que el muchacho venga pronto —se dijo, preocupado—. Estoy comenzando a preguntarme si en verdad el plan era tan bueno como parecía.

Por fin, cuando ya Bungo había comenzado a perder las esperanzas, hubo un movimiento en la celosía y la ventanita redonda se abrió dejando aparecer el rostro rosado de Bilbo.

—Vamos, papá. Dame las manos y sube. ¿Estás seguro de que puedes pasar por la abertura?

—Claro —dijo Bungo, resoplando, mientras trataba de treparse—. ¿No recuerdas cuando entramos por aquí para la fiesta sorpresa de la abuela?

—Eso fue hace diez años, papá. Muchos pastelillos atrás.

Por un momento pareció que Bungo estaba atascado sin remedio. Pero Bilbo lo aferró de los hombros y apoyando los pies en el marco de la ventana tiró con todas sus fuerzas. En un instante padre e hijo estuvieron en el piso, aterrizando uno encima del otro con un estrépito poco conveniente, y adquiriendo en el trayecto muchas magulladuras.

—Este agujero se ha empequeñecido con el tiempo. Probablemente la madera se ha hinchado —opinó Bungo.

—Es posible —dijo Bilbo, tomándose el estómago dolorido—.

Muchas cosas se han hinchado.

—¿Cómo te fue con las visitas? ¿Creyeron la historia?

—Sí. Tío Longo, incluso, está preocupado y quiere salir a buscarte. Sólo mamá sospecha algo, pero puedes contar con ella. Todos piensan que estás rematadamente loco.

—Así me demuestran su gratitud. Yo pongo en juego mi vida atravesando los caminos helados para conseguirles un vehículo, y ellos piensan que estoy loco. No vale la pena tanto esfuerzo. Voy por mi camastrón.

Esa noche Bilbo armó su vieja cuna y Belladona puso sábanas nuevas en la habitación de los huéspedes. La nieve siguió cayendo afuera durante toda la cena, y en el fuego del acogedor agujero de Bolsón Cerrado crepitaron los últimos leños. Cuando todos se fueron a dormir, en un rincón de la bodega, oculto detrás de dos grandes barriles de cerveza, Bungo saltó de su camastrón e hizo una última visita sigilosa al cuarto de baño. Luego puso junto a la cabecera de su lecho el cuaderno de apuntes, un vaso de agua, y una horma de queso recién empezada. Comprobando que todo estaba en orden y al alcance de la mano ante cualquier emergencia gastronómica, apoyó la cabeza en la almohada, sopló la llama de la lámpara y se durmió plácidamente.

El invierno cruel: así llamaron los hobbits y los elfos a aquel invierno. Los ríos se estaban congelando, y allá lejos, en las montañas nubladas al este y en las montañas de Angmar al norte, hacía meses que una hambruna horrenda castigaba los estómagos de bestias de oscuros corazones.

La Comarca se había replegado sobre sí misma y parecía dormir un largo sueño bajo la nieve; pocos se atrevían a salir de casa, y las aldeas parecían deshabitadas. Los días se sucedían unos iguales a otros.

En Bolsón Cerrado también llegó a crearse una rutina entre los dueños de casa y sus huéspedes. El primero en levantarse era Longo, que preparaba el desayuno para todos. Comenzaba despertando a Bilbo y ambos compartían el café aprovechando la quietud de la sala para charlar de sus proyectos.

Longo quería sentirse útil y no transformarse en una carga para Belladona; disfrutaba mucho en Bolsón Cerrado, pero extrañaba a Bungo.

—Me preocupa. Debe estar aburriéndose con mamá y ansiando volver aquí, a su hogar, para estar con nosotros. Creo que deberíamos organizar una expedición e ir a buscarlo.

—Pierde cuidado, tío —insistía Bilbo—. Papá dijo que estaba bien, y que no nos afligiéramos. Si fuésemos a buscarlo se enojaría mucho.

—Oh, pero me siento culpable —suspiraba Longo.

Luego se despertaba Belladona, y por último, Camelia, que no dejaba de sentirse una visita, con todos los privilegios que tal condición trae aparejados. Además, sostenía enfáticamente, todas sus energías se consagraban al pequeño Otho; no tenía tiempo ni fuerzas para ayudar en las tareas domésticas. La actitud de Camelia hacía que Longo se sintiera más en deuda aún, y acentuara su disposición servicial.

—Bilbo, haría falta que llenaras la garrafa de cerveza para el entremés, y de paso trajeras de la bodega la horma de queso comenzada —decía Belladona.

—No te molestes, sobrino, ¡voy yo! —prorrumpía Longo brincando de su asiento.

—¡Tío, un momento! ¡No puedo permitirlo! —exclamaba Bilbo tratando de sujetarlo por un brazo.

—Ni una palabra más. Conozco bien la bodega y soy capaz de ir por los víveres. Tú prepara la mesa.

Bilbo no tenía más remedio que ceder. Abatido, se tomaba la cabeza entre las manos y suspiraba:

—Oh, no. Esto será la ruina.

—¿Qué es lo que te preocupa tanto? —preguntaba Belladona, atenta a todo.

—Nada , mamá. Nada.

Pero no era fácil engañar a la hija del Viejo Tuk.

El alma le volvía al cuerpo a Bilbo cuando Longo aparecía con la garrafa y el queso.

—¿Queréis saber~? —comentaba el buen hobbit rascándose la cabeza—. Algo raro sucede allí adentro. No encontraba el queso por ningún lado. Por fin, me di por vencido y gruñí: *Maldita horma de queso, ¿dónde estás?* No vais a creerme, pero escuché un ruido, giré la cabeza, y ante mis ojos estaba la bendita horma, sobre un barril de cerveza. Hubiese jurado que un minuto atrás no estaba allí. O me estoy volviendo tonto, o hay magia en la bodega.

En ocasiones así Bilbo se veía obligado a sacar el pañuelo y enjugarse la frente transpirada para disimular su agitación.

—Conque magia en la bodega —reflexionaba Belladona, sonriendo—. Ya me parecía a mí que había gato encerrado en este asunto. Sabes, Longo, no creo que se trate de magia, pero los ruidos que escuchaste y esta horma visiblemente disminuida hablan a las claras de que se ha metido algún ratero allí, probablemente uno de esos astutos roedores que entienden la lengua común. ¿Serías tan amable, un día de estos, de ayudarme a buscarlo en cada rincón, y propinarle un escobazo apenas lo veamos moverse?

—¡Cómo no, Bella! —exclamaba Longo entusiasmado—. Cuando quieras.

—Qué curioso —agregaba Camelia—. No pensé que nos habíais invitado para desratizar la casa. Pero veamos el lado bueno: de esta manera la limpieza os saldrá gratis.

—Cuánto me alegra que tú también estés de acuerdo —sonreía Belladona. No había manera de hacerla enfadar, y siempre era Camelia quien terminaba masticando su rabia. Después de tantos años de conocerse, ya era tiempo de que la esposa de Longo hubiese aprendido la lección, pero era tan testaruda como amiga de la discordia, y francamente, tenía bastantes menos luces que su anfitriona.

El caso es que las visitas inoportunas a la bodega, la insistencia creciente de Longo por ir en busca de su hermano, y las cada vez más audaces correrías de Bungo hasta los cuartos de baño a cualquier hora, tornaron la vida de Bilbo un desasosiego continuo.

Y así fue que llegó el momento en que la situación le pareció hizo insostenible.

—Papá. ¿Estás ahí —dijo Bilbo entrando en la bodega.

—Bilbo, hijo, pasa, cierra la puerta. Espera que encienda la lámpara. Creí que era el fastidioso de mi hermano y la apagué.

—Papá, ¿cómo estás?

—Bien. Si no fuera por las repetidas interrupciones que me ocasiona Longo, diría que óptimamente. Podrías haberlo mantenido más a raya, Bilbo. No me explico cómo has dejado que entre aquí.

—Eso no es nada, papá. Ahora mismo se está probando tus botas y preparando los abrigos para salir a buscarte.

—¿A buscarme? ¿Qué le pasa a ese cabeza hueca?

—Pero antes de salir le prometió a mamá que revisaría toda la bodega y mataría a escobazos al ratón que se come el queso.

Bungo resopló.

—La situación es de veras desesperada. Supongo que tengo que hacer algo.

—Creo que sí, papá. Y el momento es ahora.

—Bueno, si no hay otro remedio. En realidad, ya lo tengo todo pensado. Dime si no hay moros en la costa y me iré por donde vine: la ventana del dormitorio. Tocaré la campanilla, y haré mi aparición triunfante por la puerta principal. Diré que no hay carruajes ni caminos disponibles, y todos en paz.

Bungo explicaba el plan mientras recogía sus cosas y se las daba a su hijo. No parecía muy preocupado, porque ante el asombro de Bilbo, se puso a silbar y tararear.

—Bien. Estamos listos —exclamó el viejo hobbit, con su más ancha sonrisa. Antes de salir, le echó un último vistazo a la habitación—. En realidad, comenzaba a aburrirme aquí.

El paso a través de la ventana del dormitorio resultó tan dificultoso como a la ida, e hizo que Bungo decidiera añadir una puerta posterior a la residencia apenas tuviera tiempo.

Desembocó en el jardín zambulléndose de cabeza en la nieve. Se consoló pensando que toda esa nieve empapándolo era lo que necesitaba para simular un viaje desde el otro lado del arroyo. Cuando se incorporó constató lo horrible que estaba el tiempo. Una oscuridad siniestra se había apoderado del cielo; el viento formaba remolinos helados y provocaba un ulular que ponía los pelos de punta.

De pronto a Bungo le pareció que el ulular se oía como el aullido de bestias feroces, y sin pensarlo dos veces se encaminó rumbo a la puerta de entrada.

Una vez allí repasó mentalmente su papel, y, apoyándose en el bastón de paseo, adoptó la postura exhausta de quien se supone acaba de atravesar los más escabrosos caminos de la región.

Sonó enérgicamente la campanilla, y esperó.

Escuchó los pasos acercándose y tuvo tiempo de imaginar la expresión de los rostros que abrirían la puerta. Confiaba en que su llegada despertase sorpresa, piedad, y admiración, y disfrutaba estas recompensas por anticipado.

Pero cuando se abrió la puerta y aparecieron Belladona, Bilbo, Camelia y Longo, sus miradas de asombro se trocaron rápidamente en muecas de espanto.

—¿Qué sucede? —atinó apenas a decir Bungo antes de que los cuatro prorrumpieran en un alarido de pánico.

Bungo se dio vuelta y entonces comprendió. A pocos pasos de distancia, y caminando hacia él, se dibujaba la silueta de un enorme y espeluznante lobo blanco.

El pobre hobbit quedó petrificado en el umbral, sin atinar a nada. Por

su parte, el lobo le estaba clavando una roja mirada de fuego, y se acercaba decidido.

Bungo sintió que había llegado su última hora. En un instante pasaron por su mente miles de pensamientos absurdos. Lo que más lamentó fue el desdichado plan que lo había llevado a esconderse y a salir de casa. Se sentía arrepentido y sospechaba que estaba recibiendo el justo castigo por su falta. Pensaba con vergüenza en Bilbo y el mal ejemplo que había estado dándole, y se prometió que si salía de ésta con vida consagraría el resto de sus años a hacer de Bilbo un hobbit decente y honesto. Envalentonado por esta decisión (aunque aún muy asustado) retomó el control de su cuerpo, y mientras esgrimía amenazante su bastón con una mano, buscó con la otra el picaporte de la puerta y la cerró.

Pero con el nerviosismo había olvidado el detalle de saltar antes dentro de la casa, y ahora estaban frente a frente, lobo y hobbit, sin ninguna vía de escape a la vista.

La fiera se agazapó y preparó su arremetida. Bungo calculó apresuradamente las posibilidades que tenía y se dijo a sí mismo que un lobo pesado y torpe no podía ser más veloz que un hobbit.

Miró el bastón, alzó la vista, contempló la repisa encima de la puerta, consideró la resistencia del tirante que hacía de soporte, y en el momento que el lobo saltaba con sus fauces enormes y sus colmillos afilados,

saltó él también hacia un costado propinándole al pasar un fuerte bastonazo a la base de la repisa.

Bungo rodó camino abajo. El lobo dio una dentellada en el vacío y se golpeó el hocico contra la puerta de entrada, pero no tuvo tiempo para hacer nada más porque en ese mismo instante se desmoronó sobre él la repisa con sus trescientos kilos de piedras de La Cantera y toda la nieve acumulada encima.

El estrépito fue infernal. Cuando Bungo detuvo su caída y pudo ponerse de pie, antes de convertirse definitivamente en una bola de nieve gigante rumbo al puente de El Agua, comprobó que el animal yacía sepultado bajo las piedras tal como lo había previsto, y no daba ya señales de vida.

Todo había sucedido tan rápido que por un momento se preguntó si realmente había ocurrido o simplemente lo había soñado. Había un lobo muerto a las puertas de su agujero-hobbit, aunque ahora apenas se veía un pedazo de la cola asomando entre la maraña de losas, barro y nieve. Bungo no salía de su asombro. ¡Un lobo! ¡Como los que poblaban las historias!

En ese momento la puerta se abrió, y aparecieron uno detrás del otro Bilbo, Belladona y Longo, dispuestos a encontrarse lo peor.

—Bungo, ¡estás bien! —exclamó la hija del Viejo Tuk corriendo en brazos de su marido.

—Entremos, entremos —decía

Bungo entre abrazos y besos—. No ha pasado nada.

—¡Has matado al lobo!

—Tonterías, tonterías. Entremos que el tiempo está muy malo.

En su excitación, Bungo no sabía lo que decía, y fueron necesarios muchos bocados de pastel y algunos vasos de vino para lograr arrancarle más palabras que esas.

—Tonterías, tonterías —repitió durante unas horas, hasta que recobró el buen juicio y los pies dejaron de temblarle. Estaba sentado junto al fuego y le habían cubierto las piernas con una manta.

—¿De qué tonterías nos hablas? —preguntó Longo—. Todos hemos visto con nuestros propios ojos un lobo horroroso detrás de ti.

Bungo los contempló uno por uno, y luego de meditar un momento y dar un gran suspiro dijo:

—Están equivocados. No era un lobo, sino un perro famélico que me venía siguiendo desde casa de mamá. Un pobre perro anémico. Con toda la nieve que llevaba encima, no me extraña que lo hayáis confundido con un lobo. Tuvo~la mala suerte de encontrarse en el umbral en el momento de desmoronarse el alero con las losas, y eso fue todo. Por suerte yo me aparté y salí ileso. Desgraciado accidente.

Todos lo miraron atónitos.

—¿Estás seguro de lo que dices?

—Completamente. ¿Qué esperaban? Les he advertido que exageran con sus fantasías y sus historias absurdas. Aquí no ha pasado ni pasará nada. Apenas mejore el tiempo recogeremos esas piedras y sepultaremos al perrito, pero de eso me encargaré yo y mi ayudante Manoverde. No quiero que se acerquen a la puerta.

Y dicho esto, encendió su pipa y no dijo una palabra más por el resto de la noche.

Fue necesario que Bungo repitiera muchas veces la historia para convencer a sus parientes de que no habían visto lo que sus ojos les mostraron. Pero tanto hizo que finalmente lo logró, y Bilbo llegó un día a olvidar el incidente, que era todo lo que Bungo deseaba del asunto.

El resto de la historia la guardó celosamente en su corazón. Sólo de cuando en cuando, en la serenidad del estudio o en una perezosa sobremesa, a Bungo lo asaltaban los recuerdos, y su expresión se hacía reconcentrada y grave. Entonces Belladona comprendía que su esposo estaba pensando en el lobo, y no decía nada, porque ambos sabían que existían cosas que era preferible no decirse, y ése era el secreto de su felicidad.

Por su parte, Longo nunca terminó de entender del todo lo que había ocurrido esa tarde, pero como tampoco podía imaginarse una razón para que su hermano no contase la verdad, aceptó sus argumentos y cerró el caso. De modo que cuando, cinco semanas más tarde, los caminos se hicieron nuevamente transitables, y él y su familia volvieron a Delagua, el episodio era ya agua pasada. Ni siquiera le extrañó que su madre, a quien entraron a saludar camino a casa, no recordara en absoluto la presencia de Bungo aquellos días en la ancestral morada de la familia. La pobrecita tenía ya noventa y siete años y, aunque era aún la cabeza del clan Bolsón, no conservaba su propia cabeza en las mejores condiciones.

Bungo Bolsón no fue ningún hobbit notable, ni pretendió serlo. Pero la del lobo blanco (o perro famélico) fue la aventura más importante —tal vez la única— de su vida, y bien podría haber estado orgulloso de ella, si no fuera porque, como sabéis, odiaba las aventuras. Todo lo que quería era que no le faltase nunca fuego en el hogar, provisiones en la despensa, y una pipa con la que se sentase a contemplar la belleza de su jardín.

Así transcurrió el invierno de 1311, que fue recordado por largo tiempo entre los hobbits. Se trató de un invierno largo y cruel, pero —como todas las cosas— concluyó al fin y la primavera trajo las flores inaugurales de Bolsón Cerrado. Hubo bastante trabajo para Cavada Manoverde ese año, y fue sólo la primera de muchas primaveras.

Alejandro Murgia, febrero de 1998

Tour macabro

Martín Brunás

TOUR MACABRO

Las profecías fallaron, las máquinas no. Ningún demonio vino a devorarlos. Pero no me echen la culpa. Todo fue culpa de la maldita burocracia.

¡Hola, Queridos Súbditos!!!

¿Cómo andan tanto tiempo sin mis maldiciones? Yo estuve durante mucho tiempo ocupado. No saben qué jodido se pone el mundo astral con todo esto del milenio —por suerte sucede una vez cada mil años.

Hay que empezar a revisar cada una de las miles de profecías que se hicieron y archivarlas por caducidad. Por tanto debemos comenzar a crear nuevas alucinaciones infernales y enloquecedoras que turben las mentes de los niños, condenándolos a decir pavadas como sus antecesores franceses.

Pero la locura fue aún peor debido que, a causa del efecto Y2K decidimos no informatizar los reinos. Por lo tanto, debimos utilizar a nuestra hordas de guerreros como secretarias. Y, como se darán cuenta, una criatura mohosa no está en condiciones de manejar papeles. Y otra formada de mucosidad y estiércol tampoco. Así que nos vimos forzados a prescindir de gran cantidad de personal. Lo cual causó una disminución de nuestro rendimiento al 66,6%.

Tampoco pudimos mandar a asustar a esos inútiles porque, al no soportar sus cuerpos la gravedad terrestre, sólo pueden entremezclarse en el valle de los sueños. Pero como todo el mundo sabe, ese día muy pocas personas duermen. Sólo los solitarios, los amargados, se acuestan temprano. Y, no hace falta decirlo, ellos ya tienen sus propios demonios privados que residen eternamente en sus cabezas.

Así que… ¿Qué les puedo decir? Disculpen el caos y la amabilidad de la fecha. Pero, con tanto papeleo estoy cansado.

Martín Brunás

La leyenda de Sam: La noche final

Waquero

La última vez que tuvimos noticias de estos campistas tan apasionados a contar sucesos verídicos de terror estaban rodeados por un infernal aullido. Ahora es el momento de enterarnos sobre su origen.

Tres ratones ciegos,

Tres ratones ciegos, Míralos como corren…

Van tras la mujer que les cortó el rabillo…

El aúllo virulento se había detenido.

Quedamos paralizados por el terror, mientras el viento de la noche se deslizaba entre nuestras ropas como pesadas lenguas gélidas y la siniestra cancioncilla infantil venía en una mefistofélica retahíla una y otra vez a mi cabeza.

Tres amigos que durante años se reunían cada 4 de Julio a festejar alrededor de una fogata y contándonos historias de terror, como cuando éramos niños.

Sólo que ya no éramos niños y el horror se desplazaba en alguna parte del bosque al frente de nosotros.

Zeke, de pie cerca de la fogata con su Remington a medio alzar entre sus manos, parecía una estatua de Diana Cazadora tallada en mármol rosa. En cambio Roy aguantaba su Luger en una mano mientras con la otra se metía trozos de tabaco de mascar en la boca como si lo fuesen a declarar ilegal en los próximos diez segundos.

—¿Qué fue eso Ken? —Croó Roy, mirándome con la boca llena de tabaco. Parecía un hámster gigante y asustado.

—Es el *wendigo* o Neromo, tal ves el mismo Sammy que viene a por su oro —exclamó Zeke, su voz no era mas audible que las pisadas de una mariposa en el agua. Quise decir algo cuando otra vez el chillido cortó las tinieblas.

Roy tomó ciegamente la botella de licor y embuchó un generoso trago; hizo una gárgara ahogada con el tabaco y escupió una potingue negra y maloliente que por poco apaga la fogata. Zeke se arrodillo y se apoyó el rifle a la cara como si le rezara. Recién entonces miré mis manos y noté fascinado que cargaban el tambor de mi arma con fría precisión sin que yo las domesticara.

Roy pasó por encima de la fogata, luego brincó por encima de Zeke y se agazapó a mi lado.

—Ken… Kendall, dime qué crees que es eso —Parecía asustado pero no aterrado—. Se trata de un lince ¿no es verdad? He oído que cuando los linces están en celo aúllan como mujeres histéricas… Se trata de eso, ¿no es verdad? *¿No es verdad?* —Noté con desagrado que un hilo de tabaco y baba le colgaba del mentón y se mecía perezosamente en el aire.

—Roy, maldito seas… Sabes que no hay linces en esta zona. Subamos a las motocicletas y larguémonos de aquí.

—¡No podemos! ¡No podemos! —Zeke, que hasta el momento había permanecido musitando al parecer una plegaria, gritaba con una voz sonora y clara; remotamente comprendí que jamás había (en toda mi vida) oído gritar a Zeke. Roy se abalanzó sobre él y de guisa inconsciente le puso la Luger al cuello. —¿De qué demonios estas hablando? —Zeke estalló en sollozos y su rifle se deslizó delicadamente hasta el piso.

—La-las motocicletas quedaron al filo de la ladera. Tendríamos que atravesar el bosque para llegar a ellas —moqueó entre gorgoteos Zeke. Roy abrió sus dedos dejando que se deslizara, en una inconsciente imitación de su rifle.

Tras unos segundos de cavilación, Roy me miro con un brillo de esperanza en los ojos, rayanos en la demencia.

—¿Y la Interestatal? Podríamos llegar a ella sin atravesar el bosque, allí alguien se detendría ¿no? Y podría recogernos ¿no? —Su voz se fue esfumando lentamente en la medida que su mente comprendía sus propias palabras. Que alguien se detuviera para recogerte en la Interestatal era tan probable como lograr que Castro trabajara de mesero en un MacDonald.

—La única forma de salir de aquí es metiéndonos en el bosque. Roy, ¿Queda algo de Whisky?

—No.

—¡Maldición! —La palabra salió de mi boca como un latigazo.

Un conejo asomó su hocico inquieto de una madriguera cercana y lo envidié de inmediato. Allí a salvo en su cueva olisqueaba el peligro en el aire.

—No fanfarronearías tanto si te metiera un balazo en medio del morro —murmuró Roy a mi lado dirigiéndose al roedor, demostrándome que mi pensamiento había sido compartido por él.

Durante lo que parecieron días —en realidad la aguja mayor del reloj había recorrido sólo un cuarto de la esfera— reinó un silencio incómodo, sólo interrumpido por el tímido crepitar de la agonizante fogata. Pero nadie se animaba a buscar mas leña para alimentarla, supongo que esperábamos la llegada del alba como tres chiquillos para que los rayos del sol desvanecieran los espectros.

—¿Recuerdas los *lémures*? —dijo tan de improviso Roy que en una primera intención pensé que había tosido; sudaba copiosamente a pesar del frío, sus ojos desorbitados se movían enloquecidamente en sus órbitas, con el caño del arma se frotaba constantemente el mentón donde se había hecho una marca roja que no tardaría en sangrar.

—¿De qué demo…?

—¡*Los lémures*! —me interrumpió con marcada vehemencia —. ¿Recuerdas? Leí en algun lado que cuando los colonos españoles llegaron a Centroamérica, escuchaban los alaridos de los lémures arriba de los manglares y creían que eran demonios que deambulaban por la noche…

Traté de explicarle que no sabia de

qué demonios me estaba hablando, pero cuando traté de interrumpirlo me aplico un fuerte empujón en el pecho y el caño del arma se desvió y se detuvo peligrosamente en mi cara.

—A lo mejor —continuó rápidamente— se trata de algun animal que no conocemos y chilla así, entonces…

—No se trata de eso —lo interrumpió fríamente Zeke. Se puso de pie pálido y fantasmal y sin agregar nada más, tomó su rifle y se internó en la oscuridad.

—¡Zeke! ¡Maldición!

Salí detrás de él tratando de detenerlo de un hombro, pero con la viscosidad de una culebra se escurrió en la oscuridad.

Sentí a Roy maldiciendo y venir detrás de nosotros. La luz de la aguada luna no nos permitía ver mucho, sólo el eco de las ramas que al ser pisadas por Zeke nos servia de guía. Por poco Roy me atropelló. Había tenido la lucidez de tomar un farol y trataba de prenderlo con sus manos temblorosas. Se lo arrebaté con furia y lo encendí al primer intento; un paupérrimo círculo de luz nos envolvió. Zeke había desaparecido.

Caminamos en silencio por algunos minutos o tal vez horas con una sensación pesadillesca y febril. Desde la oscuridad la voz de Roy exclamó hueca y apagada.

—Es la última vez que vengo a este lugar…

“Eso puedes apostarlo”, pensé.

La espesura del bosque comenzó a disminuir paulatinamente y de pronto la mano de Roy me sujetó fuertemente del hombro.

—Ken, observa —musitó.

Al principio no entendí, luego quedé tan estupefacto como él. En la medida que la espesura disminuía una fosforescencia azulada nos envolvía como una leve llovizna. Apagué el farol, se veía perfectamente. Un arco natural formado por los árboles daba paso a un enorme hueco en la broza.

Zeke de pie en el dintel apuntaba con su rifle hacia algo delante de él.

Nos acercamos lentamente y en silencio formando un ruedo alrededor de lo que parecía ser una piedra del tamaño de un becerro; la roca crecía y palpitaba con vida propia.

Un alarido estremecedor y prolongado nos obligó a taparnos los oídos. Por detrás de la roca, un ser mitad perro y mitad caballo se erguía en dos patas y caminaba pesadamente hacia nosotros. Mientras la fosforescencia que parecía irradiar de la piedra aumentaba, iba en aumento el tamaño del monstruo.

Con un extraño grito de guerra Roy comenzó a dispararle, destruyendo la inmovilidad en la que estábamos sumergidos Zeke y yo. Ambos nos sumamos a la descarga. Con cada impacto una lluvia de lo que parecían ser astillas se desprendía del ser, pero no parecía detenerle en absoluto.

El rifle de Zeke se quedó sin municiones y en su desesperación se arrojó sobre la acémila esgrimiendo el arma como su fuese un garrote. El Neromo se lo sacó de encima con una coz que le destrozó la quijada provocándole una fractura expuesta. El hueso, que se veía color cielo a causa de la luminosidad, había roto la piel de la mejilla y se asomaba, confiriéndole al desdichado de Zeke una extraña mueca similar a una sonrisa. Más brillaba la piedra y más crecía la criatura.

Sentí el percutor de mi .45 golpear en vacío y, antes de que pudiera siquiera pensar en recargar, la fiera se abalanzó sobre mí rodeándome con sus *brazos*. El aliento del antenora se acercaba a mi garganta con la precisión de un cirujano, cuando una nueva andanada de disparos se elevó por medio del bufido del animal.

Con un grito de júbilo, Roy le disparaba a la roca mientras Zeke, que había recargado su rifle, hacía lo mismo desde el suelo.

Neromo me soltó de inmediato, largando un bramido de furia y dolor. Cada bala que impactaba en la piedra lo debilitaba un poco más. Por momentos su cara adquiría sufridos rasgos, casi humanos. La piedra acusaba cada impacto con un orificio del cual salía una extraña sustancia liquida y luminosa.

Me arrastré fuera del alcance del Neromo y cargué rápidamente mi arma, pero antes de que pudiera disparar un crujido sobrenatural salió de la roca al partirse en dos, demostrando que era hueca. Eso marcó el final del bárbaro, que con un gorgoteo agónico cayó pesadamente al piso, volviéndose sólo otro poco de madera seca.

Me acerqué despacio y con la punta de la bota lo moví, pero sólo era material de fogata.

Un extraño murmullo provino de la peña, llamando nuestra atención. En su centro algo se movía lentamente, envuelto en una delgada película azul. La fosforescencia se había transformado en un brillo intenso.

Con un chasquido gelatinoso la película se partió y una delicada mano femenina se asomó perezosamente, acariciando el aire.

Una mano azul.

Una joven de aspecto ligeramente oriental retiraba la película de sí con extrema calma; a parecer sin notar nuestra presencia. Su cuerpo breve y desnudo era cautivante, sin embargo algo no terminaba de encajar. Pero lo comprendí rápidamente: debajo de su cintura, su cuerpo aún no se había formado. Terminaba en una especie de filamento retorcido de carne.

Sus ojos sin pupilas se detuvieron en nosotros por unos instantes y luego abrió su boca, dejando salir un sonido similar al canto de un ave, suave y embriagador. Comenzó a reptar lentamente hacia Roy, sin cesar en su melancólica melodía.

Cuando con la punta de sus dedos tocó el extremo de la bota de Roy, su Luger se disparó, haciendo estallar la cabeza del sobrenatural ser. Un rugido demencial pareció brotar de todo el bosque, y luego el silencio cayó sobre nosotros como una segunda noche.

La criatura comenzó a disolverse, filtrándose en la tierra hasta desaparecer con la misma velocidad que la luz azul también se desvanecía.

Las primeras luces del día nos sorprendió llevando a Zeke entre Roy y yo en andas, con un improvisado vendaje hecho de mi camisa alrededor del cuello. Atrás, en medio del bosque, sólo quedaba una vulgar roca y algunas ramas que de ninguna manera confirmarían nuestra historia.

—Bien. Allí están las motocicletas —murmuró cansadamente

Roy—. ¿Podrás conducir? —le preguntó a Zeke, que respondió afirmativamente con la cabeza.

—No será necesario —exclamé a la vez que le disparaba un certero disparo a la frente de Zeke, terminando de esta forma con su agónico sufrimiento. Roy, que se había encaramado a su vehículo, se quedó boquiabierto y luego se llevo cómicamente las manos a la boca, no pudiendo asimilar lo acontecido. Finalmente pudo desviar la vista del cadáver de Zeke y me interrogó con la mirada.

—Lo siento por Zeke, Roy, pero no puedo dejar testigos —y le disparé en el pecho, haciéndolo saltar de su vehículo.

Me acerqué lentamente hacia él y noté que aún respiraba. Esa era la intención, aun no le había dado el mensaje. Lo acomodé para que pudiera verme. En sus ojos vidriados sólo había confusión y dolor. —Lo siento de veras Roy. Pero Darnel nunca le perdonó a tu padre el ponerlo en ridículo como lo hizo. De nada sirvió que el viejo haya muerto tiempo atrás. Quería venganza a toda costa y le pareció apropiado que su hijo…— Me callé la boca. La mirada extraviada me demostró que ya no me oía.

Rocíe los cadáveres con la gasolina de la motocicleta de Roy y les prendí fuego junto con los vehículos.

Monté en mi motocicleta y me alejé rumbo a la ciudad.

En aquella odisea, fuimos los tres ratones ciegos.

Es verdad que la gente cambia y algunos toman distintos caminos. Volverme un asesino profesional fue mi destino, el tener que asesinar a mis compañeros fue el destino de ellos. Aún no termino de comprender lo que ocurrió en aquel bosque y en mi memoria todo ha quedado plasmado de una forma confusa y borrosa, y tal vez sea mejor así, ya que algunas noches extraño a mis amigos y me consuela pensar que lo que ocurrió aquella vez sólo fue una historia más.

Letras de temas de Venom

Venom

El Demonio y la Oscuridad más tenebrosa se apoderó de esta sección. Ellos fueron los verdaderos primigenios en esto, ellos llevaron todo a la máxima potencia, ellos son más letales que el veneno. Atrévanse a leerlos y, si desean, a comprar sus CDs.

El esplendor de los 70 se estaba extinguiendo por la ausencia de sus mayores maestros. *Deep Purple* se había enfermado y de él sólo quedaba un dragón furibundo. *Led Zeppelin* se había desbandado por la muerte de su batero. *Los Black Sabbath* vivían el caos de las drogas, sin saber hacia dónde dirigir su vertiente creativa y con un Ozzy muy borracho a punto de ser despedido. *Rainbow* había abandonado el Heavy Metal épico con la ida de Dio y ahora, aunque sacara discos excepcionales, se hallaba acostado con el Pop-Metal, si tal término me es aceptado.

Gris oscuro. Ese era el color del mapa musical de la época. Un Gris oscuro creado por los colores brillantes del Pop más comercial y elegante. Todo parecía a punto de derrumbarse. Y, si algo se salvó, fue, según mi criterio, gracias a la lealtad absoluta de *Judas Priest* quien, como buen cura y al contrario de lo que dice su nombre, jamás traicionó el juramento metálico.

Por ese instante, una impía alianza formada por *Cronos* (Conrad Lant) en voz y bajo, *Mantas* (Jeff Dunn) en guitarra y *Abbadon* (Tony Bray) en batería comenzaron a crear diversas composiciones sin saber que serían los padres fundadores de un nuevo estilo denominado por sus sucesores como ***Black Metal***, en honor al homónimo LP lanzado por ellos en 1982.

La música estaba conformada por una guitarra hiperdistorsionada que rayaba en la bola de sonido que marcaba unos riffs extremadamente lentos, una voz gutural como si saliera de la garganta de algún ser infernal y un bajo y batería que se limitaban a decir “presente”. De más está decir que ese estilo eliminaba por completo la melodía (me atrevería a decir que eran más minimalistas que los propios *Sex Pistols*) y todo el virtuosismo del cual gozaban sus antecesores. Su única meta aparente era ser más pesado que todo lo existente y más satánicos que los mismos satanistas. Y, como eso último, se limitaron a llevar una imaginería Luciferiana hasta el límite, haciendo quedar como nenes de teta a *Black Sabbath* y sus letras de terror clásico. Pero —oh casualidad— la iglesia nunca lanzó campañas en su contra ni quemó masivamente sus discos. ¿Será por que no trataban cuestiones políticas que ponían en jaque a la hegemonía yanqui? ¿O porque no eran muy masivos? Pero acaso, *¿Black Sabbath* y *Iron Maiden* no se hicieron masivos gracias a la campaña en su contra lanzada por los clérigos? Creo que sí. Por tanto la cuestión era que *Venom* no hablaba contra el Dios Atómico, como sí hacían los demás grupos mencionados, y se limitaron a blasfemar contra Dios, un objeto sin importancia para los fundamentalistas evangélicos. Por tanto no los jodieron demasiado.

En fin, volviendo al tema, *Venom* sacó en 1981 **Welcome to hell**, un disco de dudosa calidad con una producción muy primitiva y cruda. Para después continuar con una carrera que jamás superó la intrascendencia hasta que, después de **Possesed** (1985), hubo cambios en sus filas. Sin embargo, y siguiendo con la previsibilidad que siempre tuvieron, ésta volvió a conformarse en 1998 para grabar **Cast In The Stone**, un disco vulgar que ofrecía más de lo mismo.

Pero, esta visión es sólo subjetiva. Si a vos te gusta la música extrema y sos amante de grupos como *Morbid Angel*, *Celtic Frost* o la movida Noruega, no te la debés perder. Ellos fueron los padres de todo ese movimiento.

1981 - WELCOME TO HELL (LP) - VENOM

ESQUIZOFRÉNICO

Los niños se acumulan a su alrededor,
El misterio lo rodea,
Qué terrible secreto esconde,
Un hombre común,
Haciendo lo que puede,
Pero qué pasa dentro de su mente.

La noche se acerca,
Con el cielo oscuro,
El filo del hacha brilla,
La campanada de medianoche

El día viene,
Cuerpos decapitados son encontrados,

Nuestro pequeño amigo sólo se sienta y sonríe ha ha,
Se apropia de sus hogares y los ama,
Les lee la biblia,
Se asegura de dar a cada uno el beso de las buenas noches

Pero viene la noche,
Tú te congelarás del susto,
El hacha se dibuja a lo alto,
Otro muere.

Arrastrándose y rastreando víctimas anónimas,
Que el destino aguarda a la vuelta de la esquina,
Entendiéndose con la noche,
Él te tiene en su mira.

Ahora que te he advertido,
Siempre mira detrás de ti,
Tú nunca sabrás quién estará allí,
Que el inofensivo que busca amor,
Puede ser la persona a quien temer,
Por eso nunca les creas a quienes no conoces

Pero viene la noche,
Tú te congelarás de miedo,
El hacha se vislumbra alzada,
Los bastardos mueren.

LA HORA DE LAS BRUJAS

Vengan a escuchar, la luna está llamando,
La hora de las brujas se acerca,
Vengan a escuchar, las campanas están tañendo,

Los mortales corren temerosamente,
Preparen el altar ahora y escucha a la virgen gritar,
Apura el sacrificio,
Por ahora es el tiempo de morir,
Todo el infierno se libera,
El infierno se está liberando.

Descubre el pentagrama,
Y siente la lujuria demoníaca,
Ven a ver al hombre sagrado
Que mira asqueado,
Ven a probar la sangre,
Y siente el calor del aliento de Satán,
Mira hacia los cielos y observa
A los guerreros de la muerte,
Todo el infierno se libera
El infierno está liberándose.
La hora de las brujas

Nuestro trabajo ya está completo,
La sangre corre rápido y libre,
Y Satán toma a su novia,
Y grita blasfemando,
Todo el infierno se alegra del niño
Que ella dará a luz,
Y el hijo único de Satán
Hará a los mundos desaparecer.
Todo el infierno se libera,
El infierno se está liberando,
La hora embrujada.

1982 - BLACK METAL (LP) - VENOM

LEVANTARSE DE LA MUERTE

Emergiendo de la tumba mortal tengo
Desquiciados los ojos de horror,
Dedos sangrando el corazón latiendo rápido
La luna es mi única luz
Cenizas a las cenizas, polvo al polvo
Si dios no me posee, entonces el Demonio lo hará.

Ascenderemos de la muerte
Ascenderemos de la muerte
Ascenderemos de la muerte
No tiene la límite el alzamiento de la muerte

Miro a través del oscuro patio
Mi mente está llena de espanto
Por eso dame todos los poderes del Infierno
Y ascenderé de la muerte
Cenizas a las cenizas, polvo al polvo
El más caliente fuego, la más grande lujuria

Escucho la estrella del Necromante
Mi sangre está negra mi corazón sangra
Yo soy infernal y mi mente es un tormento
Ascenderé de la muerte a ensuciar el mundo.

Riendo mientras mis legiones ascienden
Controla la mente de los zombis
Llevo el Infierno pegado a mi pecho
Cenizas a las cenizas, polvo al polvo

Entraré al círculo infernal, romperé mi caparazón.

AL INFIERNO IDA Y VUELTA

He estado en el Infierno y regresé - Besé a la Reina satánica
Viajando a la velocidad de la luz - vi cosas nunca antes vistas
Brazo a brazo con Lucifer - Belial a mi espalda
Me he zambullido en el lago de llamas - transité senderos perdidos
Al Infierno - ida y vuelta
Al infierno - ida y vuelta
He hecho el amor a la hermosa Lilleth - bailé la danza de los zombis
He sacudido la mano de La Parca - rompí su trance mortal
Presencié impíos nacimientos - los mutantes se retorcían de dolor
Estoy poseído por el mismo Infierno - Soy el hombre perturbado
Al Infierno - ida y vuelta
Al Infierno - ida y vuelta
Conduce conmigo
Al Infierno - ida y vuelta.

Puedes tomar un viaje conmigo - El Infierno es mi último hogar
Si deseas vivir de noche - mira los demonios vagar
Sujetando la Cruz del Sur - Mira a los mortales sangrar
Bebe la sangre y siente mi calor - mira la raza de mutantes.
Al Infierno - ida y vuelta
Al Infierno - ida y vuelta

1984 - AT WAR WITH SATAN (LP) - VENOM

VIAJE MORTAL

Correr como endemoniado en el Infierno
La carrera mortal comienza
Cianuro, suicidio
Sin plegarias ni estúpidos lamentos
Esta noche pelearemos
Con la gloria en nuestras venas
Nada podrá detenernos ahora
Nuestro mal por siempre reinará.

La llave maestra está lista
Y nosotros debemos guardar la única llave
Viaje mortal.

Satán es velocidad, nuestra velocidad
Encarna pura vitalidad
Ilumina la noche
Estamos viviendo al hilo
Nosotros escogemos tu liberas
Ningún cuerpo comienza a arder
Somos libres tu verás
Vivimos por nuestros deseos.

Conduciendo en el aire nocturno
Viviendo libre
Viaje mortal.

Viaje mortal

AULLIDO LOBUNO

Ubicado en la selva, desnudo y frío

La noche extrae el calor de mi piel
Aúllan a la distancia
Los lobos captan mi aroma
Ellos ansía mi sangre cálida y fresca

Pero yo….

No puedo correr, no me puedo esconder
Estoy momentáneamente viejo y aterrorizado
La gruñiente respiración está en mi cara
En este lugar estoy condenado.

La mañana quiebra la nocturna oscuridad
La luz del día canta muy alto
Mi padre me sostiene en sus brazos
Y sonríe porque está exaltado
“Todo está bien” mi madre clama
Un beso para su niño
Pero la noche tiñe mi corazón de negro
Y me llama a lo salvaje.

En la noche donde la maldición lobuna crece
En la noche cuando la luna llena se eleva

Aullido lobuno

Sólo en tu habitación
A la luz de la luna
Tu gloria está alumbrando muy brillante
Te alimentas para el día
Oh muéstrame la manera en que
El demonio se encarga esta noche

Es demasiado tarde, la noche está acá
El tiempo que tú temes
El tiempo cuando pierdes el control.

Tu cuerpo quebrantado
Tu gritas en vano
Satán se apoderó de tu alma.

Grito lobuno
Aún hasta un hombre de corazón puro
Que dice sus plegarias por las noches
Es hechizado por el lobo cuando la maldición lobuna crece
Y la luna está llena y brillante.

No puedo resistir su llamado
Su fuerza se incrementa con mi edad
La jauría se une al festín
Y el miedo inmortal se encoleriza
Nunca podré vivir la vida
De cualquier niño normal
Por siempre deberé responder
al llamado de lo salvaje,

Al llamado de lo salvaje.

1985 - MANITÚ (single) - VENOM

MANITÚ

A través de los infernales yermos
Muchas millas de bronceado Infierno

Las tribus son miembros desparramados
Y el polvo se coloca mientras ellos caen
Abre la mentira que reta a todos
Los guerreros ahora hombres
Deja que los espíritus guíen los vientos
Hasta que el Manitú ascienda.

Manitú

Mira el desconocido entierro
Eclipsa el resplandeciente cielo
Agasaja las alas de la muerte
Con el Manitú el alma competirá
Distantes golpes de la danza guerrera
Resuenan gritos de libertad
La paciencia asecha a la multitud
El cuero cabelludo de un hombre blanco trae la victoria

Manitú

Poderosos son los poderes
Del antiguo médico
Los susurros de su danza de la lluvia
Fluyen a través de las desérticas arenas
Guardián del viejo espíritu
Convocando a las tormentas
Esperando su arribo
Manitú de carne es parido.

Manitú

1985 - POSSESSED (LP) - VENOM

SATANISTA

Predico los caminos de Satán
Respondo a sus llamados
Traduzco manuscritos
De ancianos papiros en Latín
En mi relicario, en mi averno
Veo las puertas del Infierno
Bien protegidas por Chronozon
Torturadas almas residen.

Satanista

Escalo el Venus virgen
Plagado de negros mares
Soy el destructor de almas
Marchando sin ningún miedo
La noche está llena de almas
En éxtasis coral
La Sarabanda de muerte
Siempre me seguirá

Satanista

Soporto el ojo maligno
Disfruto de lo inesperado
Te traeré la muerte en vida
Y masticaré tu carne hasta el hueso
Acecho a través de la vida y la muerte
Con mirada de Gorgona
Respiro el dolor inmortal

Cuidado la raza humana

Satanista

LA ARMONÍA MUERE

La armonía muere
Los demonios llaman al Infierno
Sabios caminos que vosotros no podréis vender
Orantes tontos iluminan sus caminos
La noche desciende amortajando el día
Quitando el velo a la histeria celestial
Los niños inmortales lloran
Preguntando los cuando y los porqué.

La armonía muere.
Sacrificio del solsticio
Fundiendo a la sacerdotista
La furia se consume en la muerte
El Infierno no tiene escondite
Sólo mira a través de los ojos de Satán
Cuando los perros de la guerra puedan volar.

La armonía muere.
La muerte está peleando con la muerte
El tiempo se alimenta de lo que dejó
Profetas en el altar
Vociferando sus palabras de guerra
Camina a través de sus fuegos sagrados
El hall de almas admira
Pero mientras tanto el fin se vuelve más cecano.

La armonía muere.

POSEIDO

Mira a mis ojos y verás
El fuego está quemando dentro de mí
El fuego eso quema
El fuego eso quema
Mira al niño
Mira a mis ojos

Mírame niño de Satanás
Nacido del mal profanado
Traído a la vida a través de un nacimiento Satánico
Crecido en el Infierno para vivir en la Tierra
Ven mírame y te mostraré
Cosas que abrirán tus ojos
Ven escúchame y te contaré
Cosas que enfermarán tu mente

Beberemos el vómito de los curas
Haremos el amor con una puta muerta
Chuparemos la sangre de la bestia
Y tomaremos las llaves de las puertas de la muerte

A través de varias noches tormentosas permanecerá
Tú exorcismo pueden fallar
A través de la crucifixión por mi cuerpo
¡No me rendiré ante ti a menos que muera!
Estoy poseído por todo lo que es malvado

¡La muerte de tu Dios demando!
Escupo a la virgen que adoras
Y siento a mi Señor Satán como mi mano derecha

No me preocupo por los curas que gritan
Respondo al llamado de la Blasfemia
Una clemencia de ayuda desde la muerte
No significa nada después de todo.

Estoy manejado por el valiente mal de mi señor Satán
Para destruir todo lo que el humano deba amar
Satán es mi maestro encarnado
Aclamo alabanzas a mi impío anfitrión

¡Mira a mis ojos!

NIÑO INFERNAL

Demonio de la fascinación no pelearás
Niño Infernal

Esta noche, la noche de hoy
Transito las calles de la oscuridad
Indulgencia en el aire
Es tarde para salvar a unos pocos
Quién sabía de qué y era
Pero mientras me acerco a las respuestas
Me adentro en la instrucción
Los mandamientos de Satán
Desde el foso de los rugientes fuegos infernales
El aceite de medianoche es acumulado
Aromas de lujuria encienden el aire

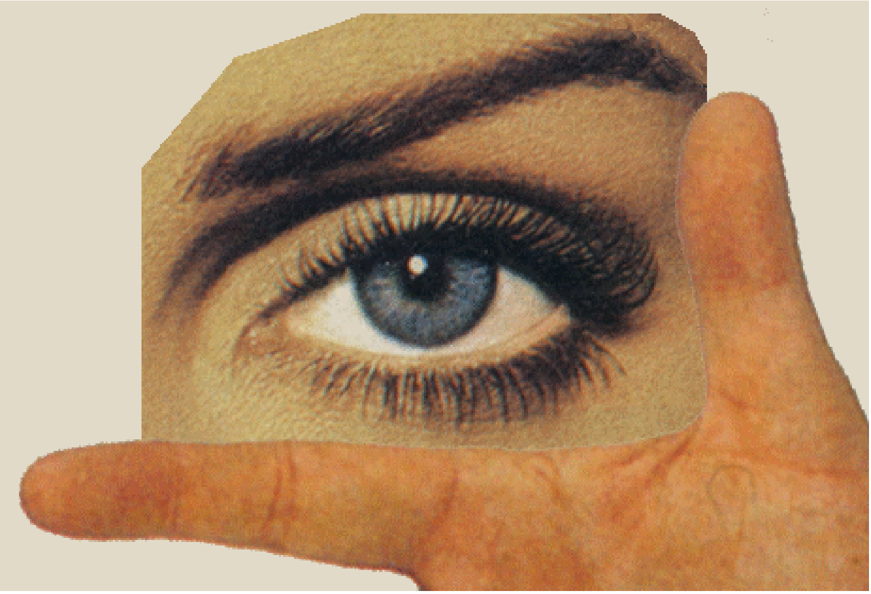
Los cuerpos desnudan la dorada angustia
Su belleza sin preocupación
Babylon sus campesinos sueñan
Mi talisman bebe el sangriento elixir
En la pirámide exijo
Te hemos contado una vez anteriormente
Ahora escucha y presta atención
Tú eres un sirviente
De la oscura raza inmortal

Niño infernal
Camino por las calles de la oscuridad
El compulsivo canto desaparece
La bestia dicta las palabras
Para vestir a todas las almas
Negras nieblas remiendan suspiros
Cerrados detrás de la puerta
Toma las llaves de egipto
Y entona tu malvada partitura

Niño Infernal

El ojo y la mano

Sergio Gaut vel Hartman



El Ojo, entre muchos otros talentos, tiene uno adecuado a este comienzo: puede viajar al pasado y capturar imágenes de otros tiempos. Observa los brillantes ochenta, eufóricos de progreso ilimitado, los setenta con sus apasionadas luchas por alcanzar el Gran Cambio Social, los sesenta del deslumbramiento de la Utopía y así hasta llegar a épocas míticas, legendarias, cuando el mundo estaba por hacerse ¿Qué presentíamos? ¡La felicidad! Sí, presentíamos la felicidad. O nos parecía. Las maravillas contadas por los narradores junto al fuego escondían tesoros, bendiciones de tiempos mejores. Hoy no tenemos dudas: unos locos visionarios prefiguraron el escenario en el que vivimos. Nada nos sorprende porque desde hace muchos años caminamos con ellos.

Eso es el Ojo, al fin y al cabo: una acumulación de visiones dislocadas. De Homero al Dante, de Wells a Leinster, de LeGuin a Lem… pasando por todos los que ustedes imaginan, y algunos de los que no imaginan también. Hemos creado, entre todos, un territorio propicio para erguir la antena y captar las señales. Esto es el Ojo. Y no es poco.

Hay mucho para captar. La posibilidad de reciclar lo viejo, acceder a lo nuevo e inventar lo próximo marca la diferencia entre nuestros días y cualquier período de la historia que se elija comparar. Eso ya lo dije en otra parte y me sirve para dar un paso por terreno firme antes de aventurarme en la pantanosa psicología social de Fromm. (Fromm habría sido un excelente escritor de ficciones). En *El Miedo a la Libertad* se analizan los componentes neuróticos de la personalidad, diferenciándolos de los "sanos" y se los tipifica así: "Los psiquiatras aceptan como un supuesto indiscutible la estructura de su propia sociedad, de tal manera que, para ellos, la persona no del todo adaptada lleva el estigma de individuo poco valioso; por el contrario, suponen que la persona bien adaptada socialmente es muy valiosa desde el punto de vista humano y personal". Por un lado tenemos un mundo de complejidad creciente, una aldea global que nos acribilla con estímulos y exigencias, con productos que deben ser comprados y consumidos y tarjetas de crédito que deben ser pagadas. Nos tienta con imágenes de paraísos fabulosos y al mismo tiempo elige reestructurarse continuamente, apoyándose en excusas como la eficiencia y la rentabilidad, una práctica que margina del mercado laboral a más y más personas, alejándolas más y más de los paraísos fabulosos que ofrece. Desde la visión positiva, casi positivista ("todo para experimentar") a la triste realidad de "tarjeta de crédito cancelada" hay un territorio que merece ser explorado. La sociedad ha propuesto un modelo (de consumo; un cáncer cuyas metástasis alcanzan todos los confines del planeta) que hunde al individuo en la neurosis, precipitándolo en un pozo negro de frustración y desencanto por exceso o impotencia. ¿Las personas que consumen poco y mal son "socialmente poco valiosas"? ¿Son "socialmente valiosas" las personas que gastan y contribuyen a la creciente mercantilización de las conductas? Como consecuencia directa de este escenario existe un número creciente de personas mal o poco adaptadas, individuos socialmente poco valiosos, pero simultáneamente los mejores consumidores, para destruir o destruirse, de los productos más rentables inventados por el Hipercapitalismo: armas y drogas. Entre esas alternativas de inadaptación social, se han colado las conductas de todos aquellos que rechazan tanto el consumo tradicional, de cosas y más cosas que al cabo no se pueden pagar, y las de aquellos que "eligen" (en este caso "elegir" es casi un eufemismo) las actitudes fronterizas: asesinar (bajo cualquier pretexto), suicidarse (con cualquier adicción).

Así como en los sesenta aparecieron los rebeldes de carretera, al estilo de Easy Rider, y los rebeldes de festival rockero, como Woodstock, en los setenta se gestaron auténticos movimientos revolucionarios, grupos ideológicamente fundamentalistas que eligieron la violencia y pusieron en jaque al Poder, interpretando de ese modo que la Utopía debía ser *impuesta*, desconociendo los tiempos y métodos de los demás habitantes de la Tierra. Al cabo fueron enérgicamente desarticulados, sin reparar en costos o delicadezas éticas. Sucedió en todo el planeta, desde nuestro país a Italia y de Indonesia a Sudáfrica. Pero los ochenta fueron otra cosa; con las promesas de paraísos consumistas y shoppings y canales de compra directa a la vuelta de la década, la conducta colectiva de las masas medias se fue modelando y amansando; el ganado, conducido por estrechos túneles de mano única, fue a parar al transporte que lo llevaría al matadero. ¿Dónde estamos? ¿Qué nos espera?

Descubro que el Ojo se asoma a la ventana, pura y exclusivamente para que observemos realidad y ficción fusionadas en una matriz de signos que merecen el esfuerzo de una decodificación. No sé si eso es lo que le interesa a los lectores, pero a mí sí me interesa.

¿Dónde estamos? La profecía no es uno de mis talentos, pero no hace falta gran cosa advertir las señales en cientos de películas, miles de programas de TV. *Forrest Gump* implantó algunas de las ideas motoras: el mundo será de los que no se rebelen; hasta los tontos pueden ser felices; las oportunidades están ahí, sólo hay que saber extender la mano, etc. *The Truman Show* consolidó el mensaje. Si algo debe cambiar que sea en el shopping, puertas adentro. Esto es consecuencia directa del pánico febril instalado en aquellos que han empujado (y siguen empujando) a la gente hasta el borde del precipicio. Han armado todo tipo de trampas para mantener a los sujetos peligrosos fuera de la discusión y todo tipo de escenarios para que no aparezcan nuevos sujetos peligrosos. El cine, el video, la TV (aire y cable, según pelo y piel), son los instrumentos elegidos. La publicidad, en sus múltiples variantes (encubierta, subliminal, explosiva, seductora) es su virus más precioso. Cada film que aparece en las pantallas contiene un alto porcentaje de directivas modeladoras de la conducta. La violencia de *Asesinos por Naturaleza, Los Perros de la Calle, Tiempos Violentos* o *Asesino Profesional* es, en ese sentido, catalítica, propiciatoria de un fenómeno de descarga que modera la presión acumulada por las desventuras y frustraciones de la vida cotidiana, pero condicionante de modos de actuar, que a la corta o larga afectan al individuo en formación. La distancia entre *Metrópolis* y *Forrest Gump* queda perfectamente zanjada con la diferente aplicación de los principios de acondicionamiento del individuo. En la década de 1920 el heroísmo consistía en servir a los ideales de Patria, porque los Enemigos (simplificando) eran "los de afuera". En la década de 1990, desaparecido el comunismo de la faz de la Tierra, los enemigos son los fantasmas del fracaso y el no poder acceder a la compra de los objetos ofrecidos - sugeridos - inducidos desde las diversas pantallas.

¿Alguien reparó en el inquietante hecho de que los términos “comunismo” y “consumismo” son casi anagramas? Consumismo tiene una “s” más, una “s” que bien podría interpretarse como plural, una pluralidad interna, porque consumir es el derecho de todos los humanos que habitan el planeta (y algunas privilegiadas mascotas), digo, ubicando la digresión en la ruta del puro delirio. ¿Alguien recuerda cómo era la vida antes de 1990? ¿Antes de que nos atosigáramos de películas de todo corte alquiladas en el video club del barrio y vistas de a docena por fin de semana? ¿Alguien recuerda cómo era la vida antes de que el cable multiplicara las “opciones” hasta el infinito? ¿Antes de Internet? Han sido años y años de drogadicción electrónica, de adicción al más insidioso de los ” cambios” . Y como consecuencia de eso quedamos preparados para la globalización y esa globalización tiene por objetivo vendernos alguno de los productos que genera el Sistema. ¿Dónde, sino en la pantalla, aprendimos qué es drogarse, cómo se consigue, cuánto cuesta, para qué sirve, qué efectos causa? Quizá “salgo poco”, pero nunca tuve ocasión de recibir lección alguna al respecto en la vida cotidiana. Y eso que hablo de la droga (o las armas, da igual) para ejemplificar con una exageración el mecanismo válido para todos y cada uno de los productos que el Sistema induce a comprar y consumir para seguir comprando. ¿Mencionamos el rock? ¿Ya hablamos del fútbol? ¿Dijimos algo de la cultura light? Corto, pero bien orientado, Asimov en *El Sol Desnudo* anticipó el vicio del confundir realidad y pantalla. Con la realidad virtual a la vuelta de la esquina (y nuevas drogas químicas y electrónicas en experimentación, pero muy pronto en las sienes del caballero y la cartera de la dama) el horizonte de las formas de esclavitud del siglo XXI está a la vista. La victoria de La Empresa y el Mercado sobre todas las Utopías delirantes puestas en marcha a principios del siglo XX asegura un sueño de Poder individual al alcance de la mano de cualquiera. Pero sólo un sueño. Los ideólogos de la Tercera Vía (secuaces por izquierda de la globalización, como Blair) afirman que la Utopía no existe, que nunca existió. La pregunta siguiente cae de madura: ¿para qué entonces todo el esfuerzo de aquellos que reflexionaron sobre el Hombre? ¿Recorremos la autopista hacia Ningunaparte?

No me corresponde augurar la morfología de los nuevos rebeldes (y si estuviera en condiciones de hacerlo me callaría, por un mínimo sentido de la seguridad individual y para no poner sobre aviso a los Kapos del Sistema), pero es indiscutible que en alguna parte se está gestando la Resistencia. Una Resistencia basada, en primera instancia, en el rechazo de los mecanismos de dominación en curso: TV, drogas, música, deportes (uno diferente para cada nivel social y cultural), que se ubica, en segunda, en formas activas de participación alternativa, quizá camufladas en los mismos medios en que se desarrollan los primeros, pero con una orientación claramente distinta. Tal vez han visto, como el Ojo, que nos comportamos como lemmings: vamos de cabeza al precipicio; estamos sumidos en una escalada hacia ninguna parte, en medio de un impulso suicida inducido por la globalización mercantilista, las ansias de poder y riqueza de los grupos dominantes y el desprecio por la vida misma de los demás individuos. Ya no se trata simplemente de las heridas que determinadas medidas económicas producen en la gente, se visualiza un proyecto que desprecia al individuo que, al mismo tiempo, dice querer rescatarlo de la gris uniformidad de la colectivización y el estatismo. Todo, simplemente, para abonar la teoría de que ninguna Utopía es posible y que Fukuyama tuvo razón.

El Ojo ve, pero omite los detalles (o se los deja a los lectores, verdaderos cómplices de la Resistencia). Y cuando menciono el término Resistencia hablo de un Resistencia diferente de lo que cualquiera puede imaginar repasando la Historia de la Humanidad. Y así como adhiero (como adherí en el cuarto de siglo largo que llevo publicando lo que escribo) a la especulación como método sistemático para cartografiar el futuro, también adhiero total y enfáticamente a esa Resistencia, aún cuando no comprendo la mayoría de sus códigos y formas, aunque no me corresponda ver la otra orilla. Más allá de la noche oscura que profetiza la ficción contemporánea (con buen Ojo, porque ningún paraíso de cielos azules y aguas transparentes puede salir de la cloaca en la que nos hemos metido) tal vez exista un territorio luminoso, feraz y prometedor.

Para empezar a recorrer ese camino he puesto la Mano en acción, aunque más no sea desde esta cómoda posición de crítico escéptico y anarquista. Supongo que no dejaré de moverla.

Sergio Gaut vel Hartman, noviembre de 1999.

Encuéntrenos en http://axxon.com.ar
Otros números de Axxón Móvil: http://axxon.com.ar/c-Palm.htm
Comentarios y sugerencias: axxonpalm@gmail.com
Twitter: **@axxonmovil**
Facebook: **https://www.facebook.com/AxxonMovil**